

Romántica

Como si fuera real

Megan Marsell

Romántica

Como si fuera real

Megan Marsell

Como si fuera real

Megan Marsell

Autora: Megan Marsell

Editorial: Editorial digital

Portada: Royalty free images and vectors

Este libro es una obra de ficción.

Nombres, personajes, lugares y sucesos ocurridos son producto de la imaginación de la autora o han sido usados de manera ficticia.

Cualquier parecido con eventos de la realidad, lugares o personas vivas o muertas es completamente coincidencia.

Copyright © 2018 Megan Marsell

Todos los derechos reservados, incluyendo el derecho de reproducción de toda o parte de la obra. Ninguna parte de este libro debe ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información AS/RS sin permiso, por escrito, de la autora.

## SINOPSIS

Sin comerlo ni beberlo Edgar Cabot aparece en la revista People como uno de los solteros más codiciados del país, convirtiéndose así en objeto de deseo de miles de mujeres.

Para acabar con esa fama y dejar al fin de ser perseguido insistentemente le hace una sorprendente proposición a Carol Walter, su fiel secretaria: que se haga pasar por su prometida hasta que el ambiente se calme. Sin embargo, Edgar, el hombre más cínico y desconfiado del mundo hacia el sexo opuesto, se sorprenderá a sí mismo al querer convertir esa farsa... en algo real.

## Capítulo 1:

### Lista

Era habitual que Anna Cabot apareciera por el despacho de su querido hermano Edgar. Caroline Walter o Carol como prefería ser llamada, la secretaria de Edgar, la recibió con una calurosa sonrisa. Carol ocupaba una pequeña oficina contigua al lujoso despacho de su jefe.

—Carol, ¡mira esto!—Anna se detuvo sonriendo frente al escritorio de Carol y dejó caer sobre él un ejemplar de la revista People.

Carol miró la portada. En letras de gran tamaño se anunciaba una lista de los 10 solteros más codiciados de los Estados Unidos.

—Es un adelanto de la revista, que sale mañana. Ahora... mira la página quince—dijo Anna con una alegría que puso a Carol inmediatamente en guardia.

Anna era una estrella ascendente en el mundo de la moda siendo sus diseños mundialmente aclamados, pero a veces se entusiasmaba con ideas que terminaban provocándole dolor de cabeza a todo el mundo, sobre todo a su hermano Edgar.

—Es una lista...bastante obvia —comentó Carol mientras leía la lista con alivio.

La lista incluía al hijo del presidente, a un animador de televisión, un cantante ganador de 5 Grammy's, un actor, un senador, un escritor, un jugador de baloncesto y...

—¡Edgar Cabot! —exclamó Carol pegando un grito bastante asombrada.

—¡La revista será un éxito de ventas! Las mujeres de todo el país se volverán locas por mi hermano mayor—Anna soltó una risita mientras saltaba por todos lados—. ¡Edgar se convertirá en un objeto sexual!—Anna estaba contentísima.

Carol por otro lado estaba intranquila. Llevaba 2 años trabajando para Edgar Cabot, tiempo suficiente como para saber que iba a odiar la etiqueta de “objeto sexual”. La vida de Edgar se centraba en los negocios de la familia Cabot, no en su popularidad con las mujeres.

—¿Qué crees que dirá mi hermanito sexy?—preguntó Anna sonriendo.

Carol decidió que lo más prudente era reservarse su opinión. Al fin y al cabo, ¿quién podía saber el papel que había jugado Anna en aquel asunto?

—Yo creo que esta lista... bueno, no creo que lo ilusione mucho —se limitó a decir—Vamos Anna... tú conoces a tu hermano, y ambas sabemos que él habría preferido mil veces aparecer elegido como uno de los diez mejores hombres de negocios del año.

—Negocios —bufó Anna—Eso es en lo único que piensa. Negocios, negocios y más negocios —Anna comenzó a caminar enérgicamente por el despacho.

Carol soltó resignado suspiro. Todos los Cabot a los que había conocido poseían aquella increíble energía. Sobretudo Anna aquí presente y Mark, el mayor de los tres hermanos. Carol ni siquiera se quería imaginar cómo sería una habitación con todos ellos juntos.

—Edgar es un adicto, un verdadero adicto al trabajo —dijo Anna—. No tiene sentimientos. No tiene vida. ¡Está vacío! Estoy segura de que si le abrieran la cabeza encontrarían dentro un archivo o documento. Nada lo conmueve, nadie es capaz de llegar hasta su corazón. ¡Es peor que un Robot! Es más, hasta un robot sentiría más que él.

Se volvió y taladró a Carol con la mirada.

—¿Puedes recordar la última vez que lo viste reaccionar con un mínimo de emoción?

—Bueno, por ejemplo el día que Holly trajo a sus hijas al despacho y las niñas decidieron hacer sus propios diseños en su despacho. Terminaron varios muros rayados incluso ellas mismas. Edgar se quedó pálido al verlas. ¿No crees que esa fue una reacción bastante... uhm... ¿humana?

—Pero está relacionada con el negocio, así que no cuenta. —Anna volvió

a prestar atención a la revista—. Es una buena foto de Edgar, ¿no crees, Carol? Se ve bastante bien. Aunque sea mi hermano y sea un tarado, tengo que admitir que está realmente atractivo.

Carol estudió la foto detenidamente. Era una fotografía de Edgar con unos vaqueros y una polera gris. Aparecía en ella como un hombre seguro de sí mismo, cuya musculatura sería capaz de llamar la atención de cualquier mujer. El verde profundo de su mirada, sus cabellos color bronce desordenados y la forma sensual de sus labios garantizaban una serie de ataques cardiacos femeninos. Carol era consciente del atractivo de su jefe, aunque nunca, aunque su vida dependiera de ello, dejaría que supiera que lo consideraba de esa manera.

Recordaba su entrevista de trabajo con Edgar Cabot. El impacto que causó en ella fue inmediato. Durante las primeras semanas de trabajo el corazón se le aceleraba y no podía evitar sonrojarse. Afortunadamente, había sido muy discreta y ocultó su atracción a todo el mundo. Enamorarse de Edgar sería el peor error que podría cometer, porque sabía que, para él, ella era un mueble más de la oficina. Era útil y eficiente, como un fax o una computadora. Gracias a Dios ella era lo bastante inteligente para darse cuenta de ello.

—¿Qué se siente al trabajar con uno de los hombres más sexy del país, Carol? —Bromeó Anna —Estas en una clara ventaja, ya que pasas prácticamente todos los días con el... uhm... ¿Has pensado en la posibilidad de conquistarlo?

Carol no pudo evitar soltar una carcajada al oírla.

—Muy graciosa Anna—apuntó—definitivamente se te ha caído un tornillo.

—Pero creo... —comenzó a decir Anna, pero se interrumpió al ver aparecer a su hermano.

Este abrió la puerta que conectaba el despacho con la oficina y permaneció allí, observando con mirada atenta y penetrante a su secretaria y a su hermana pequeña.

—Me había parecido oírte, Anna —arqueó las cejas y continuó suspicaz

—Déjame adivinar... Estabas aburrida y no encontraste nada mejor que venir a molestar a tu hermano favorito —puso una mano en su cabeza como si estuviese pensando—. Eso o estas ocupada tramando alguna nueva y espeluznante locura ¿me equivoco?

Anna sonrió de oreja a oreja.

—La verdad es que se me ha ocurrido una idea genial, pero todavía estoy trabajando en los detalles. Aun no es lo suficientemente espeluznante... pero no te preocupes, cuando la tenga preparada, tú serás el primero en conocerla —dijo Anna siguiendo el juego de su hermano.

—Ahora dime... diablillo... ¿a qué has venido?—preguntó Edgar.

—Vine a ver a mi maravilloso novio—dijo soñadora—pero no estaba. Fue a ver unos terrenos... por lo que vine a enseñarle algo a Carol.

—Así que a falta de tu pobre novio, que no sé cómo te soporta —Anna le sacó su lengua infantilmente—estás distrayendo a mi secretaria...

Carol observaba detenidamente a los dos hermanos, asombrada por las diferencias que había entre ellos.

Anna era una joven abierta y extrovertida, mientras que Edgar era un hombre frío y controlador. Aunque su familia lo consideraba como un hombre distante y enigmático, durante el año que llevaba trabajando para él, Carol había aprendido a verlo como una persona intensamente reservada.

Aunque, por supuesto, él no era tan tímido y callado como ella. Edgar destilaba una confianza en sí mismo que a menudo rayaba en la arrogancia. Y no olvidemos lo obstinado y testarudo que podía llegar a ser.

—Bueno, en realidad Carol y yo estábamos como locas, viendo a los hombres que salen en esta revista —dijo Anna riendo mientras le pasaba la revista a su hermano

Antes de fijarse en la revista, Edgar miró a Carol y la vio sonrojarse e inmediatamente rechazó la idea de que Carol Walter estuviese babeando mientras veía a unos hombres en una revista.

Carol era siempre correcta y competente, cualidades que él valoraba porque no las había encontrado en la gran cantidad de secretarias que habían

pasado por el despacho. De modo que había sido un alivio que llegara Carol y pusiera fin a aquel desfile. Cuando se detenía a considerarlo, todavía lo sorprendía lo bien que trabajaban juntos. Carol era una mujer callada y sencilla. No era la típica mujer llamativa que intentaba despertar la atención de los hombres y Edgar eso lo aliviaba.

Entrecerró los ojos mientras observaba cuidadosamente a su secretaria. Tenía un cutis liso, que hacía un bonito contraste con el color marrón de su pelo. Y aunque no era una belleza en el sentido clásico, sus pómulos, su barbilla, y sus ojos color chocolate la convertían en una mujer atractiva.

No para él, obviamente, se aseguró Edgar inmediatamente. Él no tenía ningún interés en mantener una relación sentimental con la mejor secretaria que había tenido nunca.

—¡Vamos Edgar! Echa un vistazo a la revista —le ordenó Anna.

Edgar frunció el ceño.

—¿Y para qué voy a querer echar un vistazo a esos orangutanes?

—Orangutanes ¿eh? —Rió Anna disimuladamente—. Pues, yo creo que podría interesarte ver a esos tipos. Sobretudo... a uno en particular.

Carol se tensó. Era como si estuviese esperando que una bomba explotara cuando de repente lo vio abrir la boca con expresión de incredulidad al ver que aparecía en la lista. La revista se resbaló de entre sus dedos y Carol comprendió que la bomba iba a explotar... ¡y lo iba a hacer catastróficamente!

—¿De quién ha sido la idea? ¿Quién es el responsable?—preguntó Edgar pronunciando cada sílaba con ira.

El verde de sus ojos se volvió de un negro intenso por la inmensa furia que lo recorría.

—¡Es genial! ¿no crees, Edgar?—preguntó valientemente Anna.

—¿Genial?—gritó él—¿¿Genial?! ¿Acaso piensas que lo encuentro GENIAL? ¡Esto es una invasión a mi privacidad! —Contestó Edgar casi rugiendo—¡TU!—de repente exclamó señalando a Anna—¿has tenido tu algo que ver con esto? ¿Es esta otra de tus absurdas ideas?

—¡Claro que no! —replicó Anna ofendida—. Esto está fuera de mis ligas... esto es el trabajo de un profesional —rió bajito.

—¿Pero cómo dieron conmigo? ¿Y quién les ha dado esa fotografía?

—No lo sé. Yo no tengo nada que ver con esto —exclamó Anna—Tú eres el único culpable de que te hayan elegido.

—¡¿Como?!—Rugió furioso—¿Podrías explicarme por qué soy YO el responsable de todo esto?

Carol estaba preocupada. No podía siquiera pronunciar palabra al ver la furia de su jefe.

—Seamos honestos Edgar —respondió Anna, sin dejarse intimidar por la furia de su hermano—. Tienes 26 años, eres soltero, rico, atractivo y tu familia es una de las más importantes del país—Anna hablaba como si le estuviese explicando algo obvio a un niño de 5 años—.Eso te convierte en un hombre... uhm... codiciado... y esa es la razón por la que apareces en la revista. Es obvio. Hasta Mark que no tiene un gramo de inteligencia se daría cuenta—rió escandalosamente.

Edgar no se dejó convencer.

—¿Y la foto? ¿Acaso vas a decir que también la envíe yo?

—Me has pillado—dijo Anna pensando—No sé de dónde han sacado esa foto.

—No pienso seguir perdiendo el tiempo con estas tonterías—dijo calmándose al fin—Tengo mucho trabajo—miró a su secretaria—TENEMOS mucho trabajo.

Dio media vuelta y se metió en su despacho, cerrando la puerta fuertemente tras él.

En el despacho de Carol se hizo un largo silencio que terminó rompiendo Anna con un suspiro de exasperación.

—Trabajo. Es en lo único que piensa. Quizás debería vender su casa y venirse a vivir a su despacho.

Para inmenso alivio de Carol, el teléfono sonó en aquel momento,

interrumpiendo la furia de Anna. Mientras Carol atendía la llamada, Anna agarró la revista y salió del despacho moviendo su mano en señal de despedida a Carol.

Durante el resto de la mañana, Carol estuvo muy ocupada. Y continuaba concentrada en el trabajo cuando Jessica, Holly y Lauren, otras secretarias, fueron a buscarla.

—¡Hora del almuerzo! —Anunció Lauren—. No sabemos si ir a alguna cafetería o al centro comercial, ¿tú qué quieres?—Carol estaba visiblemente sorprendida.

—La verdad es que no sabía que era tan tarde.

—No me extraña, estás enterrada bajo una tonelada de documentos. —Observó Jessica—. Pero hasta los esclavos tienen que comer, así que sal de ahí y ven con nosotras.

Edgar eligió aquel momento para entrar en su oficina.

—Estaba pensando en ir a comer —le explicó Carol a su jefe.

—¿A comer? —repitió Edgar, como si aquella palabra fuera totalmente desconocida para él.

Carol vio que sus amigas intercambiaban miradas.

—Terminaré de revisar los informes cuando vuelva —respondió.

—Entonces supongo que tendré que esperar hasta que vuelvas para pedirte que revises estos ficheros —Edgar colocó una gran cantidad de carpetas encima de la mesa y regresó a su despacho.

—*WOW!* Veo que el mito es cierto. Ese hombre es emocionalmente frío como un cubo de hielo—comentó Holly.

—El hombre de las nieves es NADA comparado con él. Cielos —dijo Jessica entre risas.

—Ni lo digan. Hoy está de un humor de perros —dijo Carol dando un suspiro mientras salían del despacho hacia los ascensores.

Las cuatro mujeres salieron del despacho y se dirigieron hacia los ascensores.

—¿Cómo sabes cuándo está de buen humor o de mal humor? —Preguntó Lauren —. ¿Alguna vez lo has visto... sonreír? ¿Sabe acaso lo que significa... alegría?

—Es muy... reservado —explicó Carol —pero es amable. Aunque cueste creerlo—miró a sus amigas.

—Si tú lo dices —respondió Lauren poco convencida.

No fue hasta mucho más tarde, cuando se dirigía hacia su casa al final de la jornada, cuando Carol tuvo tiempo de pensar en la actitud de su jefe. Aun cuando entendía lo reservado que podía llegar a ser Edgar Cabot, aun no entendía su completa y devota atención y concentración en los negocios dejando su vida familiar y amorosa completamente de lado.

Carol jamás había oído a nadie hablar tan mal del matrimonio como a su jefe, y su opinión no había cambiado ni siquiera al ver a sus dos hermanos cayendo en las redes del matrimonio. Primero su hermano Mark, quien se casó con Meredith, una mujer que además de ser completamente hermosa era encantadora. Y Anna, que estaba comprometida con Jared hace un mes y se casarían el próximo año.

Edgar se había distanciado tanto como le había sido posible de aquellos acontecimientos. Incluso había enviado a Carol a elegir el regalo de bodas de Mark y Meredith.

Carol esperaba no haberse equivocado con los regalos elegidos. La tarjeta de agradecimiento que la pareja había enviado a Edgar le había hecho mucha ilusión y, sinceramente, esperaba que pudieran ser felices para siempre. Pero Edgar no compartía su esperanza y había comentado con sarcasmo:

—Supongo que si esto es lo que realmente quieren... Pero, personalmente, yo preferiría morirme antes que casarme.

—¿Preferirías morir que casarte?—le había preguntado Carol sorprendida.

—¿Mejor morir que casarse? —Pensó Edgar —Humm,

—Mark prefirió casarse con Meredith —musitó Carol—. Le regalaste un par de candelabros antiguos por su boda hace unos meses, ¿no te acuerdas?

—Me acuerdo de haber firmado la tarjeta, pero no de los candelabros.

—Pues a Meredith le encantaron.

—¡Estupendo!

—¿Acaso es imposible que tu hermano y su esposa se hayan casado por que se quieren y desean formar una familia?

—El amor no tiene nada que ver con eso, Carol. Meredith es una gran mujer, no hay duda de eso, pero... —dudó unos segundos—Quizás ella piense que de esa forma Mark se quedará siempre con ella, y con nuestra compañía, por supuesto. Para la compañía, Mark es un gran arquitecto y Meredith es una gran mujer de negocios.

—Creo que te equivocas —repuso Carol. Ella había visto a la pareja y el amor del uno por el otro era evidente.

—Carol, las parejas han utilizado la famosa palabra “AMOR” para sus propios propósitos desde que el hombre existe.

—No siempre es así. ¿No crees que haya gente que ama desinteresadamente?

Edgar había respondido con una inmensa carcajada y había vuelto a concentrarse en los papeles que tenía sobre el escritorio.

No podía comprender como una persona que estaba rodeada por tanto amor pudiera ser tan cínica en cuanto a él. Sus padres, aun cuando llevaban alrededor de 30 años de matrimonio, aun se miraban con inmensa devoción. Y sus hermanos, no podrían haber encontrado mejores parejas. Sus almas gemelas.

Carol creía en el amor, en el matrimonio y en los hijos como fruto de esa unión, y pretendía disfrutar algún día de un matrimonio como el que sus padres habían compartido.

Sus pensamientos volaron a aquellos días en los que estaba toda la familia unida: su madre, su padre, ella y Sean, su hermano pequeño. Se le hizo un nudo en la garganta y pestañeó para contener las lágrimas.

Sus padres habían muerto de forma inesperada cuando ella solo tenía diecisiete años en un accidente de tráfico y el pequeño Sean quedó

completamente herido. Ahora, Sean se encontraba en un centro de recuperación, trabajando para superar las secuelas del accidente

Y hasta que Sean no se recuperara, Carol había decidido postergar sus propios sueños. Su trabajo era muy importante además, porque su salario permitía pagar los gastos del centro de recuperación de Sean. Carol no protestaba por las muchas horas que su jefe la hacía trabajar porque en su vida no había nada más importante que Sean, sus llamadas diarias y las visitas de los fines de semana.

Un feliz matrimonio con un hombre que la amara y al que amara tendría que esperar. Pero Carol sabía que algún día encontraría al hombre de su vida.

## Capítulo 2:

### Cartas

—¡Hola Carol! —Dijo Mark el encargado del correo mientras dejaba un gran saco de cartas en su oficina—. Lo siento... pero aquí traigo más cartas para el soltero... Y no paran de llegar.

—Al jefe le encantará oír eso —musitó Carol con ironía

—Tienes razón —rió Mark— todos comentan que se ha convertido en un ogro debido a todo esto de la lista...pero si te soy honesto, si yo recibiera cientos y cientos de cartas de mujeres que se mueren por estar conmigo... me sentiría en el paraíso.

—Pero... al señor Cabot no le hace ninguna gracia el tipo de atención que esa revista ha provocado sobre él —explicó Carol.

—Pues... hemos tenido que contratar a dos personas más para encargarnos de todas estas cartas. Nos llamamos “Team soltero”—rió.

—¿En serio?

—Así es, nos encargamos de abrir todas las cartas que vienen sin el código de la compañía. Solo abrimos las que vienen dirigidas especialmente a EL.

Carol asintió. Para distinguir la correspondencia habitual de Edgar de la montaña de cartas de sus nuevas admiradoras, Carol había notificado a todos sus colegas y asociados que utilizaran el código de la compañía “Constructora Cabot”.

—Es más... ni te imaginas todas las barbaridades que hemos encontrado en esas cartas —Mark bajó la voz hasta convertirla en un susurro—¡Hay mujeres que incluso envían sus prendas íntimas con su número de teléfono escrito en ellas! ¡Es increíble!

—Espero que estén haciendo algo productivo con todo lo que

encuentran... quizás donar esas prendas a una institución benéfica —repuso Carol, sin dejarlo entrar en detalles.

—Créeme Carol, ninguna institución benéfica aceptaría ese tipo de prendas — dijo Mark riendo estruendosamente—¡Y las fotografías que mandan!

Carol forzó una sonrisa que apenas era capaz de mantener. Miró el reloj.

—Lo siento, pero tengo que ir a entregarle un documento al señor Cabot para que lo firme...

—Bueno, dígame al señor Cabot que estamos haciendo nuestro trabajo. Nos vemos Carol —se despidió y Mark abandonó el despacho.

Casi inmediatamente, se abrió la puerta del despacho de Edgar y este fijó la mirada en los últimos sacos que llegaron.

—¡No puede ser! Es que no se cansan de escribir cartas.

—Bueno... Mark y sus compañeros sacaron todos los... uhm... “regalos” y quedaron solo las cartas.

—Cartas! — Exclamó Edgar y molesto se pasó la mano por el pelo—¿Te haces una idea de lo que dicen esas cartas?

—Pues... tengo mis sospechas —Musitó Carol. Edgar gimió.

—Esto es lo peor que me pudo haber pasado. ¡Es una pesadilla!

Entró en la oficina de Carol y comenzó a pasearse de un lado para otro. Bueno, al menos lo intentaba ya que era bastante difícil debido a los sacos que ocupaban casi toda la oficina.

—Esa revista ha convertido mi vida en un infierno. ¡Ya no tengo paz! Las mujeres me persiguen día y noche. He tenido que pedir que quiten mi número de teléfono de la guía. Tengo que salir a escondidas de mi apartamento, como si fuera un delincuente. No me atrevo a ir a ningún restaurante, ni a ninguna parte. Las mujeres me paran y me dicen cosas increíblemente íntimas, como la talla de su sujetador o lo que harían si yo...

Se interrumpió bruscamente. Carol lo miró divertida. ¿Sería posible que Edgar Cabot se estuviera sonrojando? ¡Otra conducta humana! Tendría que

contarle a Anna cuando la viera.

—Creí que el ser perseguido por todas las mujeres era el sueño de todo hombre.

—No para todos, Carol y menos de esta forma. Quiero decir... ¡es agotador! —dijo Edgar con firmeza— Solo date cuenta de los problemas que esa lista ha causado, no solo a mí, sino también a la empresa. Tu oficina llena de cartas, el sistema computacional saturado de tantos mails... ¿Cómo dirigir una empresa en estas condiciones? ¡Esto es un desastre! —se interrumpió bruscamente y se volvió hacia ella —No lo soporto, Carol. ¿Por qué está sucediendo esto?

—Bueno... la revista dice que ustedes son algo así como “príncipes azules modernos”. Supongo que todas esas mujeres quieren ser sus princesas... vivir un cuento de hadas... no lo se...

—¿Príncipes azules? ¿Cuentos de hadas? —Bufó Edgar con desprecio — Por favor, ¿qué mujer en sus cabales creería algo tan patético como eso?

—Las autoras de esas cartas —dijo Carol señalando los sacos— Ellas solo están deseando convertirse en la señora de Edgar Cabot.

—Pues no va a haber ninguna señora de Edgar Cabot —prometió— además... nunca elegiría a una mujer dejándome llevar por esas cartas. ¿Qué hombre en su sano juicio lo haría? Así que, ¿por qué me bombardean con sus cartas?

—Quizás... la esperanza nunca se pierde.

—Pues donde hay esperanza siempre hay desilusión, Carol.

—Bueno... quizá lo que motive la mayoría de esas cartas no sea la esperanza, sino la ambición—sugirió Carol divertida.

—Así es. —Edgar sonrió cínicamente—esto demuestra lo que siempre he sabido: las mujeres están obsesionadas con el dinero y son capaces de hacer cualquier cosa para conseguirlo. Imagínate ¿Qué mujer no querría ser dueña de “Constructora Cabot”?

—¡Por favor! —suspiró Carol rodando sus ojos— Ese punto de vista es tan absurdo... además... estas generalizado, lo que no es justo.

—Sí, claro —respondió Edgar con una fría risa. Se apoyó contra la pared y se cruzó de brazos —Mi propio hermano es ejemplo de ello. Antes de que conociera a Meredith, una mujer lo destruyó. Él estaba completamente enamorado y ella solo quería su dinero. No sabes la impotencia que sentí al verlo así. Él siempre me protegía... y de un día para otro estaba... derrumbado en su tristeza y yo tuve que asumir su rol. No sabía como sacarlo del agujero en el que se encontraba. ¿como una persona cree tener el derecho de destruir a otra?

—Yo... no lo sabía—susurró Carol—Pero ahora tiene a Meredith, se aman —y luego preguntó—por eso... ¿aun tienes recelo de Meredith? es decir... ¿temes que la historia se repita?

Edgar asintió y clavó su penetrante mirada en Carol. Ella se removió incómoda en su asiento. Edgar nunca se había sincerado de esta forma con ella. Ahora entendía la fuerte aversión de su jefe a cualquier compromiso o relación amorosa. Mark es uno de los grandes pilares de Edgar, siempre juntos, inseparables y verlo en ese estado debe haber sido realmente difícil.

—¿Y tu?—Edgar rompió el silencio—¿no estas interesada en cazar algún millonario?

—No me meta a mí en esto señor Cabot—dijo Carol un tanto molesta y sorprendida por la pregunta—que usted sea un cínico y no crea en nadie... no me convierte a mí en una caza fortuna.

Edgar la miró fijamente notando la molestia de Carol, sin embargo no pudo evitar seguir preguntando.

—¡Vamos! ¿Tu madre no te hablaba de ese tipo de cosas?

—¿De qué cosas?

—¿No te aconsejó sobre la forma de atrapar a un marido rico? ¿Ni de cómo firmar un buen acuerdo prenupcial o de los quilates que debe tener un anillo de compromiso? Yo pensaba que todas las madres enseñaban a sus hijas sobre la necesidad de casarse con un millonario.

—Pues no —musitó fríamente—Cuando era niña mi madre y yo hablábamos de muñecas y de dibujos animados. No recuerdo que me diera ningún consejo sobre... mi futuro financiero.

—Ya veo...

—¿Y su madre? ¿le hablaba de esas cosas a Anna? ¿Le enseñó a atrapar a un hombre rico? —preguntó Carol con curiosidad. Ella sabía que Angelica sería incapaz de hacerlo, y por lo mismo quería saber lo que su jefe diría al respecto.

—Es diferente.

—Claro que es diferente—Carol sonrió triunfante—Porque su madre es una excelente mujer y ama a su padre sinceramente —sonrió dulcemente— así que no todas son iguales señor Cabot.

—Eso no viene al caso—respondió zanjando el tema al verse derrotado —Estoy harto y cansado de sentirme atrapado. ¡Quiero recuperar mi privacidad!

—Bueno... ya saldrá un nuevo número de la revista y en un par de días un nuevo asunto habrá acaparado la atención de las lectoras. Estoy segura de que entonces disminuirá el interés por usted.

—Espero que tengas razón —musitó Edgar—Llama a mantenimiento y pide que despejen la habitación del correo. A partir de ahora, todo el correo dirigido a mí irá directamente a la basura —y sin más, regresó a su despacho, cerrando la puerta de un portazo.

Carol se recostó en la silla, sintiéndose incómoda por la larga conversación personal que había mantenido con su jefe. Aparentemente, su aparición en aquella lista lo había afectado profundamente consiguiendo quebrar sus defensas.

Carol cerró sus ojos y se permitió soñar despierta en el futuro. Un futuro en el que Sean estaría ya perfectamente recuperado y le gustaba imaginarse a su hermano como un futuro estudiante Universitario. Carol se había graduado en psicología y había comenzado a dar los primeros pasos que la conducirían a la meta: una institución de psicología para atender a niños y adolescentes con problemas. Una meta que seguro alcanzaría. Algún día.

Sonó el teléfono en ese momento y Carol contestó rápidamente. De alguna manera, una periodista había conseguido burlar a la recepcionista y llamar directamente a la secretaria de Edgar. Comenzó a hacer preguntas

indiscretas sobre la vida sexual de su jefe y Carol solo pudo gritar una frase.

—¡Ningún comentario! —señaló con firmeza, y colgó bruscamente.

En aquel gesto encontró una gran satisfacción y no pudo evitar sonreír.

Carol compartía un apartamento hace dos años con otra chica, Emily, quien había sido su compañera de universidad. El alquiler no era muy caro ya que al pagarlo entre las dos, le resultaba realmente barato. Eso era justo lo que necesitaba porque casi todo su salario estaba destinado a pagar la rehabilitación de Sean.

Aunque solo tenía 23 años, Carol se sentía décadas mayor que Emily incluso las fiestas de los fines de semana que se celebraban en el vecindario habían perdido para ella todo el encanto. Pero tanto el apartamento como el barrio estaban muy tranquilos cuando Carol llegó a su casa. No sabía dónde estaba su compañera de piso.

Carol se asomó a la ventana, deseando que Emily estuviera allí. Una buena caminata por el parque la ayudaría a olvidarse de las frustraciones del día. Durante unos minutos, permaneció asomada a la ventana, pensando en si debía o no salir a caminar sola. Hacía buen tiempo, pero la oscuridad la preocupaba. ¿Qué mujer no era consciente de los peligros que significaba estar fuera en la noche?

Pero aquella noche necesitaba sentirse libre, pero sobretodo necesitaba olvidarse de las precauciones. Le bastaba pensar en el largo y agotador día de trabajo que había soportado para que el estrés volviera a su cuerpo. Al final, Carol decidió salir a caminar. Necesitaba aire, estaba nerviosa y necesitaba descargar las tensiones del día. De modo que se puso un par de pantalones cortos, una camiseta roja y las zapatillas y salió. La tarde estaba exquisita por lo que decidió ejercitarse un poco y comenzó a trotar.

Necesitó trotar casi dos kilómetros antes de que las tensiones del día comenzaran a abandonarla.

Mientras fijaba la mirada en los hermosos árboles del parque, Carol se preguntó qué estaría haciendo Edgar en aquel momento. Sabía que a veces iba a un gimnasio y que tiempo atrás disfrutaba jugando futbol con su hermano Mark para aliviar el estrés. Pero claro, había otras muchas formas de

aliviar la tensión. Otras clases de actividad física que podían realizarse sin salir del dormitorio. Carol sintió una oleada de calor y supo que no tenía nada que ver con el ejercicio.

Quería evitar a toda costa pensar en Edgar y el sexo, pero le resultaba difícil no hacerlo teniendo en cuenta los cientos de cartas que habían inundado la oficina con ofertas sexuales durante toda la semana. Y él las había despreciado todas. Por supuesto Carol sabía que buscaba compañía femenina de vez en cuando. Cómo no iba a saberlo, si era ella la que reservaba los restaurantes, las entradas del cine y los billetes de avión. Era ella la que pedía las flores que había que enviar, siempre rosas. Y era ella la que debía pasar, o no pasar, las llamadas de la mujer de turno, dependiendo de las instrucciones de Edgar.

Durante su trabajo como secretaria de Edgar, Carol estaba segura de tres cosas sobre el comportamiento de su jefe con las mujeres: Primero, que optaba por lo que él llamaba una “monogamia temporal”. Durante el período en el que estaba saliendo con una mujer, se limitaba estrictamente a ella. Segundo, ninguna de sus relaciones duraba mucho tiempo. Y tercero, en cuanto decidía que una relación había terminado, la relación terminaba para siempre.

Mientras trotaba, se cruzó con un gran número de personas. Al parecer, había mucha gente que había decidido salir a hacer ejercicio aquella noche. Cuando vio a un hombre alto, con un cuerpo que le resultaba extraordinariamente familiar corriendo frente a ella, pestañeó asombrada.

No, era imposible. Su imaginación le estaba jugando una mala pasada.

Había pasado tantas horas trabajando y pensando en él que su mente empezaba a formar la imagen de Edgar Cabot frente a sus ojos.

Pero aquel hombre de pelo desordenado, pantalones azules y camiseta blanca y que además se acercaba a ella no era ninguna ilusión: era Edgar Cabot en persona, y parecía tan asombrado como ella

## Capítulo 3:

### Encuentro

—¿Carol? —Edgar se quedó mirándola fijamente.

Apenas podía creer lo que veían sus ojos. Aquella joven con el rostro resplandeciente y la ropa sudada le parecía era totalmente diferente de la siempre impecable Carol Walter que trabajaba para él.

En la oficina, jamás había visto a Carol con un pelo fuera de lugar, pero en aquel momento los mechones de pelo cubrían su rostro, escapándose de su normalmente tenso peinado y ella pareció darse cuenta de ello, porque rápidamente se apartó los mechones de la cara.

Edgar continuaba mirándola fijamente, un poco desconcertado por su incapacidad para apartar la mirada de ella. Carol comenzó a moverse inquieta al sentir la mirada de su jefe. Edgar frunció el ceño. La ansiedad de la joven era comprensible, la estaba mirando con la firmeza de un vampiro. ¿Qué demonios le pasaba?

Decidió echarle la culpa a la maldita lista. Últimamente, la culpaba a ella de todas sus tensiones.

—Hola, Edgar —Carol sonrió vacilante. El pulso continuaba latiéndole tan rápido como si estuviera trotando. Apenas podía controlar su corazón.

Aquel encuentro era tan extraño como embarazoso para ella. Hasta ese momento, ella y su jefe solo se habían visto, en el lugar de trabajo, donde todo era formal y correcto.

Y su apariencia también era muy distinta aquella noche. Durante los dos años que llevaba trabajando para él, nunca había visto a Edgar con tan poca ropa. Las mangas cortas de su camiseta permitían ver los músculos de sus brazos, que normalmente escondía bajo las camisas y las chaquetas de sus trajes. Luego, sus ojos se clavaron en un par de musculosos muslos que los

pantalones que llevaba a la oficina jamás le habrían permitido imaginar.

Apartó inmediatamente la mirada. Se le secó la boca y deseó haber llevado una botella de agua.

—¿Has venido a correr? —Preguntó Edgar por fin rompiendo el tenso silencio. Inmediatamente se arrepintió de aquella estúpida observación. Se sintió como un tonto, y aquella no era una sensación agradable para un hombre que rara vez se equivocaba.

—Uhm... Sí. Después de un día como hoy, necesitaba un poco de ejercicio para relajarme.

—Créeme, te entiendo perfectamente —contestó Edgar aliviado. Por fin se había roto el hielo. La respuesta de Carol los había llevado al familiar terreno de la oficina.

Sin siquiera acordarlo, reanudaron su trote juntos, a un paso más lento. Comentaron los horrores del día e incluso hicieron algunas bromas sobre los Cabot. Edgar contó varias historias de las locuras de Anna, las bromas de Mark, del amor de sus padres y se podía ver que a pesar de su distancia con ellos, los amaba incondicionalmente. Edgar pasaba la mayor parte del tiempo en la compañía, y aun cuando toda su familia trabajaba ahí, era poco el tiempo que pasaban juntos. Neil, su padre, era Arquitecto y director general de la Constructora. Sus hijos siguieron sus pasos y se convirtieron en grandes arquitectos como su padre con el fin de mantener el negocio familiar. Angelica, su madre, era diseñadora y restauradora por lo que también formaba parte de la compañía, al igual que Meredith, la esposa de Mark. La única que formó un camino diferente fue la pequeña Anna involucrándose en el negocio de la moda. Sin embargo, no pudo escapar completamente ya que su prometido Jared Green es un gran Ingeniero dentro de la compañía.

—Tuve la suerte de coincidir con tu madre algunas veces en el despacho —comentó Carol quedamente —Es una persona encantadora, cariñosa, ingeniosa y dinámica. ¡Y qué memoria tiene! Creo que sabe los nombres de todos los que trabajaban para ella, y siempre tiene una palabra amable que decirnos.

—Sí, así es ella —Edgar sonrió —Yo... eh, quiero disculparme por la conversación del otro día... cuando sugerí lo de cazafortunas... yo debí

disculparme...

—No esperaba que lo hicieras —musitó Carol —Al principio me molesté un poco... pero terminé ganando ¿no crees? —rió.

—Eres bastante astuta —respondió Edgar— Te subestimé Walter.

—Tiendes a hacerlo —sonrió dulcemente— pero creo que ya aprendiste la lección.

—Mi madre también te estima mucho —dijo Edgar retomando el tema— le gusta que siempre tengas una sonrisa para los demás.

—Yo... bueno...—musitó Carol sonrojándose—ella irradia felicidad, ¿Cómo no sonreírle?

—Sé a qué te refieres.

—Claro... una mujer que tiene tantas cosas como tu madre... es imposible que no sea feliz— Carol sonrió.

Edgar curvó los labios en una sonrisa irónica.

—Supongo que habrás oído alguna vez eso de que el dinero no siempre da la felicidad.

—Hay refranes para todo. ¿Nunca has oído decir que el dinero no lo es todo, pero por lo menos ayuda a olvidarse de todo lo demás? —respondió Carol con una sonrisa radiante—además, cuando dije TODO, no me refería al dinero. Tiene una hermosa familia, un marido que la ama por sobre todas las cosas y unos hijos admirables. Debe estar muy orgullosa—sonrió y soltó un gran suspiro.

Edgar se sintió de pronto despistado, como si hubiera perdido la noción del tiempo y del espacio. Por un instante, apenas reconoció a la joven que estaba a su lado. Estaba acostumbrado a la máscara de tranquilidad que Carol llevaba en la oficina. Pero cuando su rostro cobraba vida, era increíblemente atractiva.

Como si tuvieran voluntad propia, sus ojos vagaron por la firme redondez de sus senos, que se mecían suavemente mientras trotaba. Se fijó también en sus piernas, largas, esbeltas, perfectamente torneadas y sintió cómo fluía un nuevo calor por su cuerpo.

El pulso se le aceleró. Para intentar controlarse, acortó su paso, colocándose tras ella, pero aquella táctica solo sirvió para tener una vista completa de su trasero. Tragó saliva y empezó a pensar en algo que lo distrajera... ¡Mark! ¡Mark disfrazado de... bailarina! Sí, eso.

Cuando Carol se dio cuenta de que su jefe había dejado de trotar, se detuvo y lo miró. Para entonces, Edgar ya tenía aquel inesperado ataque de lujuria bajo control.

—He tenido un calambre en la pierna —mintió. Durante unos minutos, continuaron trotando en un cómodo silencio.

—¿Carol? —Preguntó Edgar—¿crees que el asunto de la lista pasará?

—Claro que sí —dijo sinceramente—además... ¿tú crees que las mujeres de este país son tan ciegas?

—¿A qué te refieres?

—Algún día se darán cuenta de lo testarudo, mal genio y arrogante que eres. Así que no te preocupes... eso las alejará —rió—por mientras... podrías decirle a Mark que sea tu guardaespaldas.

Ambos rieron a carcajadas. Carol tenía una risa bonita, pensó Edgar. Cálida, sincera. Siempre le había gustado su risa, aunque rara vez la oía en la oficina.

—Oh, oh —exclamó de pronto Carol—mujeres a la vista

Vio al grupo de jovencitas dirigiéndose hacia ellos. Debían tener entre dieciocho y veinte años y estaban bebidas. Cantaban y reían a carcajadas mientras caminaban y, de pronto, reconocieron a Edgar.

Este se tensó cuando una de ellas gritó:

—¡Oh, Dios mío, es él! El de la revista. Dios. ¡Sí que es atractivo!

El resto de las jóvenes se unió a sus gritos. Carol miró a Edgar, que clavaba los ojos en sus admiradoras completamente horrorizado.

Los instintos de Carol se pusieron inmediatamente en funcionamiento. Así que se enderezó y se acercó a las chicas de manera amigable.

—¿De verdad crees que ese —apuntó a Edgar quien la miraba asustado— es el tipo que aparece en la revista? —le preguntó a la chica que había identificado a Edgar. Antes de que pudiera contestar, se volvió hacia Edgar y le dijo: Tobey, dicen que te pareces a Edgar Cabot, ¿no te parece increíble?

Edgar la miró confundido.

—Este es mi hermano Tobey —continuó Carol —y es camarero.

—¿Camarero? —Repitió una de las jóvenes desilusionada—¿No es Edgar Cabot?

Carol soltó una carcajada. No sabía de donde salía su capacidad para improvisar.

—No, pero es un muy buen camarero, ¿No te parece suficiente?

—Y ni siquiera se parece a Edgar Cabot —comentó otra chica— Edgar Cabot tiene el aspecto de un millonario. Y este tipo....

—Pero Tobey tampoco tiene novia —replicó Carol y les dirigió a las chicas una mirada esperanzada.

No hizo falta nada más. Las chicas no estaban tan borrachas como para no darse cuenta de que no les interesaba un tipo al que tenía que buscarle novia su propia hermana.

—Dile a tu hermano que ponga un anuncio en alguna agencia de citas —dijo una de ellas, provocando la risa de todas las demás —Quizá tenga suerte.

—Nosotras estamos buscando a Edgar Cabot —comentó otra—o a alguien como él.

—Pues yo creo que mi hermano se parece mucho a Edgar Cabot —protestó Carol, mientras las chicas se alejaban corriendo.

—¿Tobey? —preguntó Edgar intentando parecer severo cuando Carol se acercó a él.

—¿Qué tiene?

—¡Es nombre de perro!—dijo fingiendo indignación.

—Lo siento. Ha sido el primer nombre que se me ha ocurrido. No seas

exigente —confesó Carol—Deberías hacerme un monumento. Te acabo de salvar. Soy tu heroína.

Ambos rieron de tal manera que no pudieron seguir corriendo, así que continuaron caminando y compartiendo bromas. Luego de un rato Edgar quedó pensativo recuperando su seriedad.

—Este último tiempo ha sido un tanto difícil.

—¿Difícil?

—Pues sí —dijo serio—las acciones de la compañía han estado bajando de forma incontrolable —Carol asintió, era consciente de ello—Luego Mark se casó con Meredith y Anna se compromete con Jared condenándose.

—Para mí lo de tus hermanos es un final feliz, no una desgracia.

—¿El matrimonio un final feliz? —Edgar arqueó las cejas con expresión irónica —Sí... supongo que tú lo ves así.

Carol tuvo que contenerse para no señalar que para él, según su visión del matrimonio, un final feliz sería un viaje permanente al cementerio.

—Y como si no fuese suficiente —continuó Edgar—aparezco en la lista de los diez solteros más deseables de los Estados Unidos y me convierto en el principal objetivo de mujeres... golosas —Carol no pudo evitar soltar una risa.

—Una auténtica desgracia.

Aunque lo decía muy seria, a Edgar no le pasó desapercibido la risa que su secretaria trataba de aguantar.

—Ya sé que mi aparición en esa lista no parece una gran desgracia Carol, pero puedes estar segura que ha sido un GRAN, GRAN problema —respondió.

—Oh, lo sé, créeme, yo también he tenido que deshacerme de algunas de tus admiradoras.

—Y esta misma noche, he estado a punto de ser atacado. Si esas chicas no hubieran estado tan borrachas, jamás se habrían tragado que yo era un tal... Tobey.

—Probablemente no.

—Estoy desesperado, Carol. ¡No puedo soportar esta molestia!. Salgo a correr por la noche porque me siento como un rehén encerrado en mi propio apartamento.

Comenzó a correr otra vez y Carol lo imitó.

—Hay mujeres merodeando alrededor de mi apartamento cada vez que salgo. Tengo que salir de casa disfrazado con un mono y una gorra que me ha prestado un mecánico de un taller cercano.

—Un mono de mecánico y una gorra es un buen disfraz. ¿No se te ha ocurrido agregar un bigote postizo y unas gafas? ¡Te verías adorable!

La expresión de Carol era tan seria y su tono tan sincero que Edgar no sabía si estaba o no bromeando con él. Como Carol no era muy dada a las bromas, decidió contestar en serio.

—Créeme, si este caos continúa, me veré obligado a hacerlo.

—¡Una peluca! —dijo Carol entusiasmada —¿Qué tal una peluca larga y rubia, como el cabello de Meredith? Seguro que así nadie te reconocería. Incluso tal vez salgas en la lista de las mujeres más atractivas del país—rió fuertemente.

—Así que estás de broma —Edgar la observó atentamente—Se te da muy bien la ironía. ¿Has estado burlándote de mí durante todo este año sin que me diera cuenta?

—¡Por supuesto que no! —Sonrió Carol—el año pasado también.

Edgar soltó una carcajada: Estaba disfrutando, pensó sorprendido. Hacía tanto tiempo que no le ocurría, que casi había olvidado lo que era.

Llegaron hasta un aparcamiento bien iluminado.

—Tengo el coche aquí —comentó Edgar—Iba para mi casa cuando nos encontramos. Si quieres... puedo llevarte.

Carol aceptó su oferta con un tímido «gracias».

—Y tendremos una larga conversación sobre los peligros que enfrenta una mujer al salir de noche sola —bromeó.

Pero no acababa de decirlo cuando comprendió que en realidad tenía ganas de hacerle algunas advertencias al respecto. La idea de que Carol pudiera caer en manos de un maniático lo aterró.

—De todas formas —musitó—no deberías salir sola a estas horas Carol.

—Hace dos años hice un curso de autodefensa —le explicó—quise aprender a defenderme por mí misma así que no hay problema...

—Lo más importante de la autodefensa es no ponerse en una situación peligrosa. —Edgar frunció el ceño—Así que prométeme que no volverás a correr sola.

—Uhm... —musitó Carol, cruzando los dedos.

No tenía intención de hacer promesa alguna. Al fin y al cabo, lo que hiciera ella fuera de las horas de oficina no era asunto de Edgar Cabot.

Edgar bajó la mirada hacia las mejillas sonrojadas de su secretaria y los mechones de pelo que enmarcaban su rostro, dándole un aspecto delicado y extremadamente femenino.

Se aclaró la garganta.

—¿Te gustaría ir a comer algo? —le preguntó de repente, sorprendiéndose a sí mismo. Él no era impulsivo.

—Mmm... creo que asustaría a los otros clientes. Estoy impresentable. Estamos impresentables.

—Sí, supongo que tienes razón. ¿Por qué no vamos a una de esas cafeterías en las que puedes comprar la comida desde el coche? Así no tendremos que salir. Podemos quedarnos en el estacionamiento y comer un sándwich y un refresco.

Carol comprendía que Edgar estaba intentando ser educado, pero realmente no había necesidad.

—Te agradezco la invitación, pero tengo que volver a casa —miró el reloj y se sobresaltó al ver la hora que era—De hecho, tengo que volver ahora mismo.

Era casi la hora de llamar a Sean. Y aquel día era importante que no se

retrasara porque Sean solía ver un programa de televisión junto a otros pacientes. Aquella reunión semanal frente al televisor se había convertido en todo un acontecimiento social en el que no faltaban los refrescos y las palomitas. A Carol le había entusiasmado que su hermano recuperara el interés por la vida social. Sean iba mejorando día a día.

—Tendrás que decirme la dirección de tu casa —comentó Edgar mientras caminaban hacia el coche. Se preguntaba por qué tendría Carol tanta prisa en volver, quizás estaba ansiosa por escapar de su compañía.

Edgar Cabot, al que normalmente perseguían cientos de mujeres dispuestas a hacer cualquier cosa por él, no era capaz de persuadir a Carol Walter para que se tomara un refresco con él en el aparcamiento de un establecimiento de comida rápida. Qué ironía. Tensó los labios en una amarga sonrisa.

Ninguno de ellos habló durante el trayecto a la casa. Y cuando llegaron al edificio de tres pisos en el que se encontraba su apartamento, Carol abrió la puerta antes de que Edgar hubiera podido frenar del todo.

—Gracias por traerme —le dijo, salió del coche y cerró la puerta tras ella.

La brusquedad de su despedida le resultó irritante. Edgar la observó desaparecer en el interior del edificio. Se preguntó en qué apartamento viviría. Y se dio cuenta de que no sabía si vivía sola o con alguien. Y tampoco si ese alguien era un hombre. Carol nunca hablaba de su vida personal en el trabajo. O por lo menos no hablaba de ello con él. Y él tampoco se había molestado en preguntarle.

Edgar condujo hasta su propio apartamento. Llevaba el mono de mecánico en el asiento trasero del coche y gimió al pensar que tendría que ponérselo otra vez. Afortunadamente, sus admiradoras parecían haber renunciado a esperarlo aquella noche y la entrada al edificio estaba despejada y una sonrisa de tranquilidad asomó en su rostro.

## Capítulo 4:

### Plan

Salió un nuevo número de la revista People y la lista de los solteros más deseables poco a poco fue perdiendo importancia. Las diversas llamadas de programas de televisión, periódicos y el número de cartas comenzaron a disminuir considerablemente.

Aun así, algunos medios de comunicación continuaban siendo bastante insistentes pidiendo entrevistas, ya que la presencia de Edgar en sus programas garantizaría la audiencia de un buen número de mujeres.

—Solo una entrevista con Edgar y no volveremos a molestarlo — prometió Laila Bermington, reportera del Canal 7.

Para Carol hablar con Laila se había convertido en una rutina. Había prometido que no renunciaría hasta que consiguiera la entrevista.

—En serio Laila. Has terminado con mi paciencia —confesó Carol, la segunda vez que la reportera llamó aquel día —Incluso le he dicho a Edgar que sería una buena idea que se reuniera contigo y te diera la maldita entrevista de una buena vez.

—¿Y él que ha dicho? —la presionó Laila esperanzada.

—Que no —Carol suspiró —Lo siento, al menos lo he intentado.

—Tu jefe es un necio. Debería darse cuenta que al negarse solo logra mantener el interés en el —Laila estaba frustrada.

—No sé qué más puedo hacer Laila. Yo también estoy agotada con el asunto. Lo único que quiere es que lo dejen en paz.

—Pero eso no va a suceder, Carol. Por cierto, ¿han vuelto a tener problemas con el buzón de voz?

—Afortunadamente no —dijo aliviada—El número de llamadas está disminuyendo y creo que pronto el interés por Edgar Cabot desaparecerá.

—No estés tan segura —respondió Laila y colgó el teléfono.

Carol no volvió a pensar en la llamada de la reportera hasta más tarde, cuando, inesperadamente el buzón de voz volvió a bloquearse por la cantidad de mensajes que llegaron para Edgar. Lo peor de todo fue que todo el sistema computacional de la empresa se vino abajo al mismo tiempo.

Edgar no tardó en llamarla a su despacho. Carol entró, se apoyó contra la pared con los brazos cruzados y clavó la mirada en la alfombra.

—Laila Bermington es la responsable de esto. Estoy segura —musitó— Me ha lanzado una amenaza que no fui capaz de reconocer. Y continuará así hasta que le concedas esa entrevista, Edgar.

—¡Ni lo sueñes! No pienso caer en ese chantaje barato. La...

—¡Vamos Edgar! No es hora de ser testarudo. No eres el único agotado con la situación... yo también estoy harta.

—Maldita sea, Edgar. Ya no puedo soportarlo más. —el rugido de Mark Cabot llegó hasta ellos desde el pasillo.

Carol se quedó helada. Podía oír sus pasos sobre la alfombra que se extendía desde el ascensor hasta el despacho. Miró a Edgar abriendo los ojos como platos. Mark Cabot era una persona muy agradable y graciosa. Carol siempre bromeaba con él, pero cuando se enfadaba... era una persona de temer.

—Podríamos encerrarnos en tu armario —susurró Carol asustada—Quizá así crea que no estamos.

—Pues escóndete tú —Edgar señaló el armario—Yo no voy a esconderme de mi hermano. No le tengo miedo.

Oyeron que Mark entraba en la oficina de Carol. Esta miró el armario con expresión anhelante. Quizá Edgar no tuviera miedo de su hermano, pero en este momento ella sí. Pero ya era demasiado tarde, la puerta del despacho de Edgar se abrió y el gigante Mark Cabot entró como un torbellino.

—¿Eres consciente de los problemas que tus entupidas admiradoras están causando a esta empresa? —comenzó y continuó con su sermón.

Al principio Edgar se mostró paciente, pero Mark continuaba furioso y el

alcance de su furia era inmenso.

Carol permanecía pegada a la pared, demasiado asustada para moverse, observando cómo aquellos dos hombres se aniquilaban verbalmente. Cada uno de ellos parecía culpar al otro de todos los problemas de la empresa. Ella nunca había sufrido dolores de cabeza, pero desde luego aquel era el lugar más indicado para tener el primero. Además era extraño como unos hermanos que se adoraban incondicionalmente pudieran enfrentarse de ese modo.

Afortunadamente, justo cuando pensaba que las cosas iban a empeorar, apareció Jared Green con una expresión conciliadora, como si fuese un padre en camino a reprender a sus hijos.

—¿Pueden dejar de comportarse como unas bestias y callarse? —gritó fuertemente Jared dejando a los hermanos Cabot en un completo silencio.

Carol suspiró con inmenso alivio. Jamás en su vida se había alegrado tanto de ver a alguien. Si no hubiera llegado Jared, seguramente Edgar y Mark habrían terminado a golpes.

—Parecen un par de animales gritándose de esa forma —Jared permanecía entre los dos hombres, con una mano en el pecho de cada uno de ellos.

—Pues sucede que gracias al club de admiradoras de mi sexy hermano, toda la empresa ha tenido que interrumpir su trabajo. Por no hablar de lo que nos costará volver a reparar el maldito sistema informático —gruñó Mark— La primera vez que ocurrió me mostré paciente, comprensivo. La segunda vez también incluso hasta bromeé con él y me reí de la situación. Pero esta ya es la quinta vez. ¡La quinta! ¡Es el colmo!

—Bueno yo...—Edgar estaba sin palabras, después de todo él también estaba furioso por ese asunto y dijo lo primero que se le ocurrió — Yo no tengo la culpa de ser tan atractivo y de que las mujeres me encuentren irresistible.

Mark, Jared y Carol contemplaban atónitos a Edgar quien se encontraba sorprendido por su última declaración. El silencio se prolongó largo rato hasta que Mark, olvidando toda su ira, rompió en carcajadas

—¡No puedo creer que hayas dicho eso! —dijo el mayor de los Cabot

mientras reía sin parar

—Ni yo —susurró Carol uniéndose a las risas de Mark— Lo único que falta es que postules a un concurso de Belleza.

—¡Vamos Edgar! —Dijo Jared que reía con ganas—me has dado el mejor momento de mi vida. Lamento no haber tenido una grabadora.

—¡Callaos ya! —Murmuró Edgar molesto y avergonzado— yo...no quería decir eso...

—No te preocupes hermanito —dijo Mark mientras le daba palmadas en la espalda —Sé que no quisiste decirlo... después de todo ambos sabemos que el más sexy, atractivo, hermoso, galán... soy yo. Ya quisieras tener mi cuerpo.

Ahora que los ánimos estaban más calmados después de la simpática acotación de Edgar y antes de que cualquiera de ellos pudiera hacer un movimiento, una joven alta y esbelta, con exuberante cabello rubio, entró en el despacho.

—¿Me podéis decir que ha sido todo ese escándalo? —preguntó Meredith poniendo sus brazos en jarras.

—¡Mi amor! —Mark se acercó a ella y la beso dulcemente—sucede que te has perdido el momento más memorable de la familia Cabot.

—Mark, ¿quieres callarte?—gruñó Edgar. No le gustaba ser el objetivo de las bromas de su hermano mayor.

—Bueno... luego me cuentas...—dijo al ver la expresión de Edgar ocultando una sonrisa —Tu padre te necesita para ver unos planos, es mejor que vayas.—dijo Meredith a su marido para luego darle una sonrisa de apoyo a Edgar.

—Esta bien cielo —susurró Mark y luego miró a Edgar señalándolo —no creas que las bromas acabaron... tu pesadilla acaba de comenzar Sr-no-me-culpes-por-ser-atractivo — y salió del despacho riendo acompañado de su esposa.

Jared, Edgar y Carol continuaron en el despacho de Edgar.

—Has llegado en el momento más oportuno, Jared —dijo Edgar

sonriendo a su amigo.

—Venía tranquilamente de una reunión cuando de pronto me encuentro con esta pelea en tu despacho —Jared sacudió la cabeza —Fue deprimente verte a ti y a tu hermano a punto de pegarse como un par de adolescentes. Y además, delante de Carol. Es una pena que te hayas visto atrapada en medio de una pelea entre dos osos grises —comentó con una sonrisa.

Carol esbozó una tímida sonrisa y se apartó de la pared. A pesar de que solo había cruzado palabra con Jared unas cuantas veces, Carol sentía una gran simpatía por él.

—Lo bueno es que llegó justo a tiempo... nunca me había alegrado tanto de ver a una persona —dijo Carol riendo nerviosa aun.

—En fin —suspiró Jared— Lo bueno es que así como Mark se enfada rápido, se tranquiliza de la misma manera. Es todo un niño. Y prepárate Edgar porque no va a olvidar lo que dijiste —rió suavemente mientras se acercaba a la puerta —ni siquiera yo lo olvidaré.

—¡Lo se! —masculló Edgar.

—Por cierto —dijo Jared cuando estaba a punto de salir del despacho — Anna quiere hablar contigo. Dijo que es urgente y que estaría aquí en unas dos horas.

—¿Sabes de que se trata?

—La verdad no... pero si es algo proveniente de mi pequeño diablillo —sonrió —lo mejor es que estés en guardia. Nos vemos —salió del despacho sin decir más.

Anna llegó horas después, justo cuando Carol estaba abandonando el despacho de Edgar para volver a su propia oficina.

—No tienes por qué irte, Carol. De hecho, preferiría que te quedaras —dijo Anna —Vengo con instintos homicidas y no me gustaría quedarme a solas con mi hermano.

—¿Y qué debo hacer? ¿Detenerte o prefieres que sea tu cómplice? —bromeó Carol, intentando transformar el ceño de Anna en una sonrisa. No

funcionó y se tensó esperando la próxima discusión Cabot.

—¿Qué ha pasado, Anna? ¿Qué he hecho ahora para que quieras matarme? —preguntó Edgar con recelo.

—Solo quería que supieras que debido a la caída del sistema informático... Mamá ha perdido tres partes de los planos y diseños en los que estaba trabajando para mi nueva casa. La casa en la que viviré cuando me case con Jared. ¡Todo por culpa de tus locas admiradoras!—chilló Anna, fulminando a su hermano con la mirada —¡Tres páginas desaparecidas! Sinceramente, Edgar, estoy más que harta de todo esto.

—¡Oh, pues a mí me encanta! —Respondió Edgar con sarcasmo—Se rompen los ordenadores, mis hermanos me quieren matar, se interrumpe el trabajo. Es tan divertido...

Anna parecía dispuesta a pegarle. Y como había pocas probabilidades de que Jared volviera a aparecer, Carol se sintió en la obligación de intervenir.

—¿Cómo va el negocio Anna? —dijo, intentando distraerla —¿Alguna persona famosa que esté usando tus diseños?

Edgar y Anna la miraron como si se hubiese vuelto loca.

—Uhm, quizá sea mejor que vuelva a mi despacho —sugirió Carol.

—No, quédate aquí —le ordenó Anna aun molesta —Prefiero tratar contigo que con el estúpido de mi hermano. Jared me contó que también se ha vuelto a bloquear el buzón de voz. ¿Qué pasó? Yo pensaba que todo ese lío del soltero estaba quedando atrás...

—Y así era —interrumpió Carol —Ahora todo está mucho más tranquilo. La única que sigue insistiendo es Laila Bermington.

—¿La reportera del Canal 7?

—La misma —contestó Edgar sombrío. Y con Carol le explicó la situación.

—Bueno, estoy de acuerdo con tu secretaria hermanito —dijo Anna— Tendrás que concederle esa entrevista para que deje de molestar de una vez.

—¡Por supuesto que no! No pienso ceder a esa... terrorista de la

televisión.

—¿Y qué ocurrirá si Laila Bermington consigue bloquear la empresa TODOS los días? No solo Mark y yo queremos tu cabeza, se unirán mamá, papá, Jared y Meredith. Tenlo por seguro.

—Pero concederle una entrevista a esa... mujer sería como arrojar fuego a un contenedor de gasolina —gruñó Edgar—Eso solo generaría más llamadas y más cartas. Y lo último que necesitamos es volver a llamar la atención.

—¡Espera! Se me está ocurriendo una idea —Gritó Anna entusiasmada—  
¡Una idea genial!

Se sentó en el escritorio de Edgar y comenzó a mecer las piernas hacia delante y hacia atrás como una niña frente a una juguetería.

—Edgar, vas a concederle una entrevista en exclusiva a Laila. Pero no para decirle lo que ella espera —rió Anna entusiasmada—Esa entrevista resolverá todos tus problemas con tus admiradoras. Si es eso lo que realmente quieres, claro.

—¡Claro que quiero! ¿Cómo puedes pensar que disfruto ser perseguido a todas horas, todos los días por un grupo de locas?

—¿Entonces por qué no anuncias tu compromiso? —sugirió Anna—  
Llama a Laila y dile que quieres concederle una entrevista y aprovechar esa oportunidad para anunciar tu compromiso.

—Vale Anna, ¿Cuál es el chiste? —preguntó Edgar rodando los ojos.

—No es ningún chiste Edgar. Es una solución...

—Es la idea más estúpida que he oído en toda mi vida, y te aseguro que he oído muchas —respondió Edgar con impaciencia y añadió—Estás pasando algo por alto, Anna. No quiero comprometerme con nadie, y mucho menos casarme.

—Eso es cierto —apuntó Carol—. Prefiere morir a casarse. Por lo que... que probablemente también prefiera sufrir una enfermedad terminal a comprometerse.

Anna soltó una carcajada.

—Eres tú el que está pasando por alto algo fundamental, Edgar. El compromiso no sería real. Solo duraría hasta que todo se tranquilice. Piénsalo. Recuperarías la paz... la tranquilidad y la empresa estaría a salvo de tus admiradoras.

Edgar abrió la boca para protestar, pero la cerró como si de pronto estuviera reconsiderando la idea de su hermana.

—Teóricamente podría funcionar. Pero en la realidad no me parece tan probable.

—¿Y por qué no?

—Nuevamente olvidas un punto importante en el plan querida hermanita...

—¿Cuál?

—¿De dónde voy a sacar a una mujer que esté de acuerdo con participar en esta farsa? Además, el compromiso tendrá que parecer sincero para que Laila se trague la historia.

—Exacto —respondió Anna con suficiencia— Tu falsa prometida tendrá que ser alguien en quien confiemos, que esté al tanto de la farsa y quiera comprometerse con el plan. Alguien que lleve algún tiempo en tu vida, pero que haya permanecido en un segundo plano.

Edgar miró a los ojos a su hermana. Esta le sostuvo la mirada, intentando darle la respuesta en silencio.

—Siempre te he considerado un hombre especialmente inteligente, Edgar —bromeó Anna —¿Voy a tener que deletreártelo?

Edgar sintió que su cuello enrojecía.

—Anna... de verdad creo que deberíamos...

—C A R O L —deletreó Anna.

—... concretar algunos detalles antes de decírselo —terminó Edgar, con el rostro rojo como un tomate.

Carol, que había estado intentando pensar cuál de las mujeres que habían

salido con Edgar podría hacer el papel de prometida, se quedó helada cuando Anna deletreó su nombre.

—Felicidades, Carol —exclamó Anna saltando de alegría— ¡Tú vas a ser la prometida de Edgar!

—¿¿Como?!

—¿Lo harás, Carol? —como era habitual en él, cuando Edgar hacía una pregunta en realidad estaba dando una orden.

—¡No pueden estar hablando en serio! ¿Acaso están locos!? —contestó desesperada. Vio que Edgar y Anna intercambiaban miradas y deseó salir huyendo de la oficina.

—Oh, Estamos hablando muy en serio —le aseguró la pequeña —Y no estamos locos. Eres la candidata ideal, Carol. Cumples todos los requisitos.

—Excepto el más importante de todos, que es la credibilidad —Carol comenzó a retroceder lentamente, alejándose de los dos hermanos —¡Nadie se creerá que Edgar está comprometido conmigo! Nunca nos han visto juntos fuera del despacho.

Continuó retrocediendo hasta chocar contra la pared y miró alternativamente a los dos hermanos que la acorralaban.

—Me temo que tiene razón —comentó Edgar frunciendo el ceño — Examinemos objetivamente los hechos: si Carol y yo hubiéramos tenido una relación suficientemente seria como para comprometernos, alguien debería habernos visto juntos, aunque fuera solo una vez.

—Exacto. Si fuéramos pareja, hace tiempo que eso se habría convertido en un tema de conversación en la empresa —añadió Carol.

—Ah, pero se supone que han sido muy discretos —sugirió Anna afinando los detalles de su plan emocionada —Puedes convencerlos, Edgar. La razón por la que a Carol y a ti nunca los han visto juntos es que han mantenido su relación en secreto porque no querían rumores. Y al parecer, han tenido éxito. ¡Nadie de la empresa sabía que estaban enamorados!

—Ni siquiera nosotros —gruñó Carol sombría. Pero a Anna nada la detenía.

—El caso es que han mantenido un romance en secreto y estaban a punto de anunciar oficialmente el compromiso cuando Edgar apareció en esa lista de solteros.

Edgar se sentó, tomó un bolígrafo y comenzó a garabatear.

—Sí, esa historia parece creíble, Anna. Y cuanto más pienso en ello, más seguro estoy de que este es un buen plan —miró pensativo el papel que tenía delante de él —Carol y yo somos personas muy discretas, lo que nos ha decidido a mantener nuestra relación en la intimidad. Además, es lógico que hayamos decidido mantener el romance en secreto hasta que terminara la locura de esa lista.

Carol lo miró fijamente. Se sentía como si estuviera en medio de una lluvia de ideas para la creación de una nueva telenovela.

—Es imposible que funcione. ¿Como no se dan cuenta? —estalló con voz temblorosa —He hablado con Laila diariamente, ¿recuerdas? Se dará cuenta de que hemos inventado todo.

—¿Cómo? —preguntó Edgar—Laila no lo sabe todo, Carol. Y además... se sentirá halagada por haberla elegido a ella para una entrevista.

—Y en la entrevista anunciarás públicamente tu compromiso y dejarán de acosarte ya que estarás oficialmente ocupado —terminó Anna con una sonrisa —Y ahora... ¿puedo felicitaros? ¡Hacéis una muy bonita pareja! —dijo aplaudiendo.

—¡No, no y no! ¡Recapaciten! Yo no sirvo para esto. Yo no soy capaz de sacar esto adelante! —Carol chilló desesperada—Lo siento, Edgar, pero tendrás que encontrar a otra mujer.

Sintió dos pares de ojos estudiándola intensamente y se ruborizó.

—Ahora, si me disculpan, tengo que hacer algunas cosas en mi despacho que...

—Esto sí que es interesante, Edgar —comentó Anna—Has recibido cientos de propuestas de mujeres deseosas por tener una relación íntima contigo, pero tu propia secretaria es incapaz de fingir que está saliendo contigo. Me pregunto porque será.

—Yo también —respondió Edgar pensativo.

—No significa absolutamente nada —les aseguró Carol.

Se sentía como si estuviera andando por la cuerda floja sin ninguna red que la protegiera. Edgar era su jefe por lo que sería mejor suavizar la situación si no quería que terminaran despidiéndola.

—Yo no sé mentir. Si intentara decirle a Laila o mis amigas que voy a casarme con Edgar Cabot se reirían en mi cara.

—¿Por qué? —preguntó Anna —A mí no me parece difícil de creer que mi hermano pudiera enamorarse de ti.

—Pues a mí me parece película de ciencia ficción. Además, todos los que conocen a Edgar saben lo que piensa del matrimonio. Prefería morir a casarse así que, ¿por qué iba a comprometerse?

—Porque tú le hiciste cambiar su opinión sobre el matrimonio, Carol. ¡Es un milagro de amor! —suspiró teatralmente.

—Creo que ves muchas películas Anna...

—Anna está en lo cierto. Ahora quiero casarme y vivir felizmente con mi esposa para siempre —intervino Edgar con sarcasmo.

—Y también tener hijos, supongo —añadió Carol, sin poder disimular su molestia —¿Cómo se supone que voy a fingir que soy la pareja de un hombre que está a punto de casarse cuando no eres capaz de pronunciar la palabra matrimonio sin desprecio?

—¡Buen punto! —dijo Anna —Tienes que cambiar tu actitud, hermanito. Aprende a mirar con ternura a tu prometida. A poner una nota de nostalgia en la voz cuando digas que por fin has encontrado a la mujer adecuada. Tienes que parecer incluso desconcertado cuando menciones lo equivocado que estabas sobre el matrimonio y mostrarte dichoso cuando hables del futuro con la mujer que amas.

—Vamos Anna! Eso es imposible. Jamás será capaz de hacer algo así —exclamó Carol incrédula.

Aquello irritó a Edgar.

—Puedo hacer cualquier cosa por el bien de la empresa, y si tengo que representar el papel de un hombre perdidamente enamorado, lo haré. No subestimes nunca mi fuerza de voluntad y mi entrega a esta empresa, Carol.

Se levantó y comenzó a caminar hacia ella. Carol respiró hondo. Prefería ver a Edgar detrás de su enorme escritorio de caoba.

Carol pestañeó. Estaba tan nerviosa que su mente le estaba jugando malas pasadas. Mentalmente, le quitó aquel traje tan clásico y lo vio con los pantalones cortos y la camiseta que llevaba el día que se habían encontrado corriendo. Vio sus fuertes muslos, brazos, su pecho y la poderosa musculatura que se adivinaba bajo la camiseta.

La joven se tensó alarmada y tragó saliva con fuerza.

—Nunca se me ocurriría subestimar tu entrega a la empresa. Pero tú no eres el único que va a participar en esta... locura. Y a mí me va a resultar muy difícil fingir delante de mis amigos que me he comprometido con un Cabot.

—¿Difícil? —repitió Edgar secamente—¿Es que hay alguien en particular a quien le pueda resultar “difícil” nuestro compromiso? Me estoy refiriendo a un hombre, Carol. ¿Hay algún hombre al que le moleste que participes en esto?

Carol consideró la pregunta. Un simple sí y podría librarse de aquella locura.

—Y no olvides que acabas de confesar que no sabes mentir —dijo Edgar con voz sedosa leyendo sus pensamientos—Además, sería muy imprudente tener una secretaria que miente de forma tan descarada. No podría trabajar con una persona en la que no puedo confiar.

Carol entendió perfectamente el mensaje. Y pensó al instante en Sean. No, no podía arriesgarse a perder su trabajo. Haría cualquier cosa para conservar su empleo. Dejó escapar un ligero suspiro.

—No, no hay ningún hombre en mi vida que pudiera protestar —dijo derrotada agachando la mirada.

—Muy bien —respondió Edgar inmutable. No había ningún hombre en

su vida, pensó con inesperado alivio —Estupendo, un novio celoso habría podido arruinar nuestro plan.

Y esa era la razón por la que sentía aquel alivio, por supuesto.

—Creo que deberíamos comenzar lo antes posible, Carol. Llama a Laila Bermington y fija la entrevista para pasado mañana.

## Capítulo 5:

### Contratos

Carol se sentía como si estuviera al borde del abismo y la llamada a Laila la empujara haciéndola caer hasta el fondo. Y a Anna no le pasó desapercibida su incomodidad.

—Edgar, nadie nunca subestimaría tu entrega a la compañía, pero tampoco debemos subestimar a Carol —se acercó hasta ella —Analicemos la situación desde su punto de vista. En realidad, lo único que va a sacar de este plan son inconvenientes.

Edgar frunció el ceño. La oposición de Carol a participar en el falso compromiso lo irritaba. No se lo tomaba como un rechazo personal, claro que no. Pero él estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para alcanzar sus objetivos y aquella farsa podría acabar con la plaga de mujeres que lo acosaba y con desastre que había en la empresa.

—Carol es empleada de esta compañía —dijo Edgar con suficiencia—Por lo tanto, también debería estar interesada en que el negocio funcione lo mejor posible. ¿Es que eso no es suficiente para ella?

Carol asintió con fuerza, pero Anna negó con la cabeza.

—Edgar, ese compromiso va a significar tiempo extra a su horario de trabajo —le explicó—En cuanto anuncien el compromiso, tendrás que intentar que parezca real. Los tendrán que ver juntos en público, haciendo las cosas que normalmente hace una pareja.

—¿No se supone que somos una pareja que prefiere conservar su intimidad? —replicó Edgar.

Carol sintió de pronto un calor sofocante. Por un momento, se preguntó cómo sería estar comprometida, comprometida de verdad, con Edgar Cabot. Pasar las noches a solas con él...

Alzó los ojos hacia su jefe y lo descubrió observándola intensamente. Rápidamente desvió la mirada.

—Hermano, enfrentate a los hechos —le dijo Anna con firmeza y obstinada —Tendrás que convencer a la gente de que realmente estás comprometido con Carol. Y eso significa que tienen que ir juntos a fiestas, a cenar, al cine... Nadie espera que de pronto tengas una gran vida social, pero es normal que tu prometida y tú salgan de vez en cuando. Ni hablar de estar encerrados.

—Supongo que tienes razón —admitió Edgar con un suspiro —Carol, haz una reserva para que salgamos a cenar un día de esta semana. Y saca entradas para el cine.

—¿También tengo que enviarme rosas? —preguntó Carol educadamente.

—Vaya, parece que conoces la... uhm... rutina —Anna se echó a reír — La cena, el cine y las rosas forman parte del ritual de conquista de Edgar Cabot... Pero nos estamos saliendo del tema... este compromiso va a requerir horas de trabajo extra por parte de Carol. Y creo que sería justo que le pagaras por ello.

Edgar observó el rostro de Carol mientras ella consideraba aquel plan no como un favor que podía hacerle sino como una forma de ganar dinero. Tensó los labios en una cínica sonrisa. ¿Qué mujer resistiría la atracción del frío dinero? ¿Cómo era posible que él hubiera olvidado por un instante que cualquier mujer tenía un precio?

Carol lo miró de reojo y al ver la expresión de su jefe supo exactamente lo que estaba pensando: que el dinero podía borrar todas sus dudas.

Seguramente se sorprendería si ella renunciara a cobrar por aquellas horas extras de trabajo. Curvó los labios en una secreta sonrisa. Sería una gran satisfacción cuestionar los prejuicios de Edgar sobre las mujeres y el dinero.

Pero antes de que hubiera podido decir nada, Edgar comentó:

—Anna tiene razón. Tendré que pagarte las horas que dediques a fingir ser mi prometida. ¿Estás de acuerdo Carol? ¿Qué te parecen cincuenta mil dólares?

—WOW... ¡Eso es mucho dinero! —comentó Anna con incredulidad.

—No te preocupes, no es dinero de la empresa —respondió Edgar con fingido aburrimiento —Pagaré ese dinero personalmente, después de todo, Carol me está haciendo un favor personal.

Carol lo observó atentamente. Vio la expresión burlona de su rostro y advirtió el desprecio que destilaba cada una de sus palabras. Edgar estaba jugando su propio juego y, en el momento en el que ella aceptara su oferta, se declararía ganador.

Lo peor de todo es que ella tenía que aceptar esa oferta. No podía permitirse el lujo de renunciar a ese dinero. Sean necesitaba un año más de rehabilitación intensiva por lo menos.

Sí, Carol sabía que tenía que aceptar esa oferta. Porque sería una egoísta si no lo hiciera.

—¿Aceptas? —Preguntó Edgar en un tono burlón y triunfal —Le diré a Jason McCrown que prepare un acuerdo. Recibirás la mitad del dinero al firmarlo y la otra mitad cuando esta farsa termine. Eso será cuando tengamos que romper nuestro compromiso debido a... diferencias irreconciliables.

Carol era consciente de que la opinión que Edgar tenía sobre ella había empeorado desde que le había demostrado que podía ser comprada. Por un instante, pensó en hablarle de Sean, pero inmediatamente descartó la idea. Se negaba a utilizar a su hermano para quedar bien con él. El cinismo de su jefe era problema de él, no suyo. Aun así, le molestaba que la considerara una mujer sin escrúpulos, capaz de venderse por cincuenta mil dólares.

—Sí, acepto —afirmó Carol —Y gracias por el dinero que vas a pagarme.

—Estoy segura de que vas a ganarte cada centavo, Carol. Para fingir ser la prometida de este tipo se necesita ser una gran actriz —intervino Anna intentando aliviar la tensión casi tangible que vibraba entre su hermano Carol —Y ahora, tendremos que empezar a poner el plan en funcionamiento —añadió, mirándolos pensativa —Recuerden que nadie, salvo nosotros tres, puede saber que este compromiso es una farsa! —hizo una mueca de desagrado.

—¿Qué sucede?—preguntó Edgar.

—Odio mentirle a Jared... bueno... técnicamente es ocultar información —sonrió

—Yo tendré que decírselo a McCrown —repuso Edgar —Quiero que sea un abogado de confianza el que redacte el acuerdo.

—Yo también —Anna se volvió hacia Carol haciéndola participe de la conversación— Jason McCrown es mucho más que el abogado de la familia. En realidad, es como si fuera un pariente más. A veces puede ser un poco cascarrabias, pero es un hombre encantador.

Carol sonrió ligeramente. Había conocido a Jason McCrown brevemente y estaba familiarizada con su malhumor. Sin embargo, jamás había sido testigo de su supuesto encanto.

Mientras Edgar y Anna planificaban los detalles del compromiso, Carol los escuchaba sintiéndose como un peón en el tablero de ajedrez de los Cabot. De modo que intentó olvidarse de ellos y pensó en Sean y en la seguridad que aquel dinero les proporcionaría.

Al día siguiente, durante la reunión con Edgar y Jason McCrown, volvió a experimentar la misma sensación de irrealidad. Se citaron los tres en la sala de reuniones. El abogado llevaba un fajo de papeles que sacó de un maletín y que colocó delante de Carol.

—Supongo que querrá leer esto. Cuando termine, firme en los lugares que le he marcado con una equis —le comentó bruscamente.

—No necesito leerlo —respondió Carol. Estaba hambrienta y quería irse a casa cuanto antes —Solo dígame dónde firmar y firmaré.

—¿Y darte la posibilidad de que nos denuncies por una inadecuada representación legal? —se burló Edgar —¿Por qué clase de tontos nos tomas Carol?

Carol reprimió la casi irresistible necesidad de contestarle. Mientras se mordía la lengua, miró al abogado. Este la observó en silencio y, de pronto, asomó una ligera sonrisa a los labios.

—Yo le aconsejaría que no contestara a eso, señorita Walter.

Edgar había estado así durante todo el día, advirtió irritada. Cuando no le

hablaba con brusquedad, se dedicaba a hacer insinuaciones maliciosas sobre su inteligencia, su capacidad de trabajo o sus valores.

—Yo repasaré el acuerdo con usted, señorita Walter —le ofreció McCrown amablemente.

Por las razones que fueran, el abogado parecía de pronto más amable con ella. Para Carol fue un gran alivio que le ahorrara leer aquel aburrido documento ofreciéndole un resumen de cada hoja. Edgar se levantó y abandonó la sala, dejando a Carol y a McCrown a solas.

—Estuve repasando el documento con Edgar ayer por la noche —le comentó el abogado a Carol cuando Edgar salió —No puedo culparlo por no querer escucharlo dos veces. Es demasiado aburrido.

Carol no se mostró en desacuerdo y cuando el abogado por fin terminó con la última página, comentó:

—Desde luego, es muy detallado.

Según aquel acuerdo, le iban a pagar por hacerse pasar durante algún tiempo por la prometida de Edgar. Pero no tenía derecho a pedir ni un solo centavo más de la cantidad acordada. Si intentaba sacar cualquier cantidad extra de dinero, se quedaría sin la cantidad de dinero que le sería entregada al final. Y en el caso de que revelara alguna vez que el compromiso había sido falso, tendría que devolver todo el dinero ganado, más los intereses acumulados con el tiempo.

Edgar asomó la cabeza por la puerta y al ver que habían terminado se reunió con ellos.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó, dirigiéndole a Carol una dura mirada.

—Que se ha visto cualquier posible eventualidad —respondió ella, un tanto intimidada por aquel exhaustivo contrato.

—La verdad es que he redactado acuerdos de divorcio más sencillos —admitió McCrown —Pero después de la experiencia con Kimberly supongo que Edgar no quiere correr riesgos —el abogado frunció el ceño y miró a Edgar —Aunque tu falta de fe en las mujeres es deprimente, Edgar. Después

de haber hablado con la señorita Walter, puedo asegurarte que no se parece en nada a la arpía que destrozó a Mark ni a Kimberly. Llevas más de un año trabajando con ella, ¿cómo es posible que todavía no te hayas dado cuenta?

Si McCrown esperaba alguna respuesta de Edgar, no la recibió. Un incómodo silencio se hizo en toda la habitación.

—¿Quién es Kimberly? —preguntó Carol, interrumpiendo el silencio.

—Eso no es asunto tuyo —la cortó Edgar.

—Por supuesto que lo es, si se supone que va a ser tu prometida —lo contradujo McCrown —Puesto que Kimberly forma parte de tu... historia amorosa, es posible que alguien haga alguna referencia a ella. Carol tiene que estar al corriente de la historia. Si estuvieras comprometido de verdad con ella se la habrías contado, y puesto que lo que buscas es realismo... —se interrumpió y se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo Edgar muy tenso. Se volvió hacia Carol, pero no la miró mientras hablaba —Estuve brevemente comprometido con una mujer, Kimberly. Es una vieja historia, sin ninguna relevancia.

—Kimberly era una mujer maravillosa, pero en lugar de corazón tenía una caja fuerte. Esa mujer llevaba el signo del dólar grabado en los ojos — exclamó McCrown —El pobre Edgar solo tenía veintiún años, era una pieza fácil para una mujer como Kimberly, cinco años mayor que él, y esta se aseguró de embrujarlo.

—McCrown ¿quieres hacer el favor de callarte? —Gruñó Edgar —Estoy seguro de que a Carol no le interesa lo más mínimo.

Carol estaba fascinada. Aunque minutos antes estaba hambrienta y deseando marcharse de allí, en aquel momento la curiosidad venció al apetito.

—¿Estuviste comprometido cuando solo tenías veintiún años? —preguntó incrédula.

—Fue un compromiso extremadamente corto. Solo duró un mes — respondió Edgar con frío cinismo —La relación fue un desastre desde principio a fin. Pero por lo menos fue un desastre corto.

—Que te costó mucho, sin embargo —le recordó McCrown. Se volvió

hacia Carol —Cuando Edgar descubrió cuál era el verdadero carácter de Kimberly y rompió el compromiso, esta comenzó a hacer todo tipo de demandas. Yo le aconsejé a Edgar que le diera algún dinero y redacté yo mismo un acuerdo. Kimberly se conformó con la suma que le ofrecíamos, firmó y desapareció.

—En aquella época yo no era capaz de darme cuenta —dijo Edgar con amargura —No solo era demasiado joven, sino que también era un ingenuo. Necesitaba creer que no todas las mujeres estaban obsesionadas con el dinero.

—Pero luego ocurrió lo de Mark —acotó McCrown—Él te apoyó en todo momento cuando viviste lo de Kimberly... y al ver a tu hermano pasar por el mismo dolor que pasaste tu, terminó con toda esperanza que podía haber en ti.

Edgar gimió.

—Por favor... podemos dejar este tema —suspiró exasperado —Esto se esta convirtiendo en una sesión de terapia psicológica. Y creo que no hay nada más inútil y aburrido que la psicología.

Carol se sintió ofendida.

—Soy licenciada en psicología.

—Edgar se pone muy susceptible cuando se habla del tema Kimberly — le confió McCrown —Y no se le puede culpar —dio un largo suspiro —Y ahora, acerca del anillo...

—¿Qué anillo? —preguntó Carol confundida.

McCrown sacó otro fajo de papeles de su maletín.

—Supongo que ese es un contrato para el anillo, ¿no? —preguntó Carol, convencida de que ni el Tratado de Versalles debía haber sido tan complicado.

McCrown asintió.

—Sí, lo es. Edgar, ¿has traído el anillo?

—Lo tengo en el despacho. Iré a buscarlo —y abandonó de nuevo la sala

de conferencias.

—No es que Edgar sea un paranoico y piense que todas las mujeres quieren sacarle dinero —explicó McCrown intentando disculparlo—Solo es extremadamente prudente. Y receloso. Y desconfiado.

—¿Paranoico? —Carol sonrió con ironía—Pero no importa, lo comprendo. Señor McCrown, yo también tengo algunos asuntos legales de los que me gustaría hablar con usted. ¿Puedo contratar sus servicios? Puedo pagarle con el dinero que me va a dar Edgar.

McCrown la miró consternado.

—Si es por algo relacionado con este contrato, no puedo representar a las dos partes. Eso significaría un conflicto de intereses.

—No habrá ningún conflicto. Lo único que quiero es que ponga el dinero a nombre de mi hermano —le explicó Carol desesperadamente —En caso de que algo me sucediera, quiero que el dinero sirva para pagar directamente al centro de rehabilitación en el que está ingresado. No conozco a ningún otro abogado al que pueda pedírselo, y como usted conoce la forma en que he obtenido ese dinero, me parece lo más natural.

El abogado la miró perplejo y Carol inmediatamente lo puso al corriente de la situación de Sean.

—Haré esa transferencia gratuitamente —le dijo el abogado cuando terminó —Pero creo que debería hablarle a Edgar de su hermano y de la responsabilidad que ha asumido durante estos años. Créame, no tiene la menor idea.

—Ya lo sé. Piensa que soy una piraña sedienta de dinero. Y teniendo en cuenta la increíble cantidad de dinero que me van a pagar por formar parte de esta farsa, creo que en realidad eso es lo que soy.

—¡Por supuesto que no! —Masculló McCrown —Edgar no debería ser tan duro. Necesita aprender que la mayor parte de las mujeres no son oportunistas. Y creo que no hay nadie mejor que usted para demostrárselo.

—No —Carol alzó la cabeza. Era demasiado orgullosa para utilizar la desgracia de su familia para ganarse la aprobación de su jefe —No hay

ninguna razón para que Edgar sepa lo de Sean. Y a él tampoco pienso contarle nada. Eso solo serviría para confundirlo. Incluso pienso pedirle al personal del centro en el que se encuentra que no le mencionen el compromiso.

—No puede decirle a nadie que el compromiso es falso —le advirtió McCrown.

—Lo sé. Mi abogado me ha informado de todas las penalizaciones que caerán sobre mí si rompo la promesa de mantenerlo en secreto —Carol le sonrió.

—Espero que Edgar llegue a conocerla de verdad —musitó McCrown. Parecía sinceramente inquieto mientras ordenaba sus papeles—Me gustaría que no fuera tan paranoico con las mujeres. Debería saber que usted no es como Kimberly sino que es una joven generosa que...

—Si usted es mi abogado, tendrá que mantener en secreto lo que le he dicho, ¿verdad? —insistió Carol—Necesito que mantenga lo de Sean en secreto, señor McCrown.

—Por supuesto que mantendré el secreto, pero me gustaría no tener que hacerlo —McCrown suspiró —¿Por qué no lo reconsidera y...?

McCrown se interrumpió cuando Edgar volvió a entrar en la sala.

—Aquí está el anillo —Edgar dejó una cajita encima de la mesa, frente a Carol. Como esta no la tocaba, alargó el brazo y sacó el exquisito y antiguo anillo que albergaba en su interior —Mi madre me regaló este anillo para que se lo regalara a la mujer con la que fuera a casarme. Pensé que nunca lo usaría ya que no tengo intención de hacerlo —sonrió sin humor alguno— Es el anillo que le regaló mi padre cuando comenzaron su noviazgo. Toda mi familia sabe que mi madre me lo regaló para que se lo regalara a mi futura esposa, así que esperarán que lo lleves puesto, Carol.

A Carol le temblaron ligeramente los dedos mientras tomaba el anillo. Lo deslizó en el dedo de la mano izquierda. Le quedaba perfectamente.

—¡Es increíble! —Exclamó McCrown con un suspiro —Es como si el anillo estuviese hecho especialmente para ella.

—Estoy seguro de que tiene un tamaño estándar, así que es natural que le quede bien —replicó Edgar fríamente—McCrown el acuerdo, por favor.

El segundo contrato especificaba que el anillo era propiedad exclusiva de Edgar y que ella estaba de acuerdo en devolverlo al final de aquel falso compromiso. En el caso de que intentara quedarse con el o solicitar alguna compensación económica, sería penalizada.

—Quería que ese contrato fuera irrevocable porque no quiero que queden cuestiones pendientes cuando se acabe esta estúpida farsa —respondió, fulminando a Carol y al abogado con la mirada —Mi madre quiere que este anillo quede siempre en la familia y yo pensaba regalárselo a Anna una vez que se casara o a la primera sobrina que tenga, con la condición de que la niña se la pase después a algún miembro de la familia. De esa forma, el anillo siempre pertenecerá a la familia Cabot, como quiere mi madre.

—Lo que Angelica quiere, Edgar, es que le regales ese anillo a la mujer con la que te cases —contestó McCrown con impaciencia— Ella espera que al final encuentres una mujer a la que ames y en la que puedas confiar lo suficiente como para casarte. La menor de sus preocupaciones es que el anillo quede en la familia.

—Bueno, pues a mí sí me preocupa—respondió Edgar.

—Además, si tu madre hubiese querido que Mark o Anna se quedaran con el anillo, se lo habría dado a alguno de ellos —añadió McCrown entre dientes—Ese anillo tiene que ser para tu esposa y, si quieres, más tarde para tu hija.

Carol miró fijamente la dura expresión de Edgar y pensó en Angelica, la madre de Edgar. Debe ser muy optimista para albergar la esperanza de que Edgar se case algún día con una mujer a la que ame. Y Edgar parecía pensar lo mismo que Carol.

—Algunos de los regalos de mi madre son muy significativos, pero no son para la persona adecuada. Como este anillo —se encogió de hombros — Aunque hay que reconocer que con algunas otras cosas dio en el clavo. Como regalándole a Jared un diseño exclusivo de Anna... de esa forma se conocieron.

—Lo que encontró Anna fue el amor que había estado buscando durante toda su vida —lo interrumpió McCrown con dureza —Y tu madre quiere lo mismo para ti.

—No sabía que eras tan romántico, McCrown —replicó Edgar con una cínica sonrisa —Quizá esa sea la razón por la que Carol y tú se llevan tan bien. Ella también cree en el poder del amor, ¿verdad Carol?

Carol sonrió con dulzura.

—Y si el amor no es posible, la terapia de grupo o un buen psiquiatra pueden ser buenas opciones —contestó secamente mirando a Edgar y luego miró a McCrown a los ojos —Si ya está todo firmado, me gustaría retirarme.

El abogado asintió en silencio. Carol se quitó el anillo y lo metió en su caja.

—Solo llevaré este anillo en tu presencia, Edgar. No quiero arriesgarme a que sufra algún daño o a perderlo.

Se levantó, tomó su bolso y salió.

—Claro, Dios la libre de perder un solo centavo de su dinero —comentó Edgar con sarcasmo.

—Ojala fueras tan inteligente como crees —gruñó McCrown—Has convertido todo este asunto en algo extremadamente desagradable.

Tomó la caja del anillo y miró el rubí que le había dado su madre con la esperanza de que encontrara el verdadero amor, gesto que el encontraba tonto e iluso y formó una dura mueca.

—Este asunto no es desagradable, McCrown. Con esos contratos, yo tengo todo el control sobre la situación y Carol es suficientemente inteligente como para darse cuenta.

McCrown guardó los contratos en el maletín.

—Edgar... eres un estúpido —gruñó mientras abandonaba precipitadamente la sala.

## Capítulo 6:

### Entrevista

—¿Carol le ha explicado las razones por las que he decidido aceptar esta entrevista? —preguntó Edgar cuando Laila Bermington y el camarógrafo que la acompañaba llegaron a su apartamento.

—Me dijo que se habían comprometido y querían anunciarlo —Laila lo miró con recelo.

—Así es. Queremos poner fin a esa tontería de la lista de una vez por todas.

—¿Es esa la razón por la que ha decidido anunciar su compromiso con su secretaria? —le preguntó la reportera astutamente.

Edgar la miró horrorizado. Aquella entrevista iba a ser peor de lo que imaginaba.

—¡No! ¡por supuesto que no! —Exclamó desesperado—Nos hemos comprometido por las razones por las que se comprometen normalmente las parejas...Y será de eso de lo que hablemos cuando comience la entrevista.

Laila y el camarógrafo, Paul, fueron preparando el equipo de vídeo. Edgar los observaba en silencio, mientras los minutos iban alargándose de forma insoportable.

—No sé qué pasa con Carol —dijo por fin y comenzó a caminar nervioso por la habitación. Laila y Paul se miraron desconcertados —Suele ser muy puntual —miró el reloj, pero estaba tan nervioso que apenas veía los números.

—No es ella la que llega tarde —le aseguró Laila—Hemos sido nosotros los que hemos llegado más temprano de lo acordado. No intencionalmente —añadió en seguida

—Cuando hago una cita para una determinada hora, espero que comience

a esa hora. Ni antes ni después.

—Siento haber causado tantas molestias —Laila no parecía en absoluto arrepentida, sino más bien enfadada —¿Quiere que nos vayamos y volvamos dentro de diez minutos? Esa será la hora exacta acordada para la entrevista.

—No, pueden quedarse aquí —le respondió Edgar malhumorado —Yo me iré a mi estudio.

Mientras salía del salón, oyó musitar a Laila.

—Tiene una necesidad obsesiva de controlarlo todo.

¿Una necesidad obsesiva?, Edgar se tensó. En silencio, admitió que tenía tendencia a tener todo controlado, pero aquella situación, el compromiso fingido, la entrevista... podría convertir a cualquiera en un histérico.

Carol había establecido la entrevista con Laila Bermington para aquella tarde, pero había sido Anna la que había sugerido que la hicieran en el apartamento, en lugar de en el despacho, que era donde a él le habría preferido.

—Si haces la entrevista en la oficina, no serán capaces de salirse de los roles de jefe y secretaria —le había explicado Anna —pero en otro escenario les resultará mucho más fácil fingir que son... un par de enamorados.

Edgar comprendía que tenía razón, pero no había pensado en lo que eso implicaría hasta que apareció Laila. Él y Carol tendrían que comportarse como amantes mientras una intrusa agresiva y sin piedad presenciaba su actuación. Se sacó el pañuelo del bolsillo y se secó la frente. Además el equipo había llegado veinte minutos antes de su cita lo que empeoró aquella pesadilla. Carol y él no iban a tener ocasión de preparar su actuación. Tendrían que hacer la entrevista improvisando.

Edgar metió la mano en el bolsillo y sacó la caja del anillo. Debería ponérselo a Carol en cuanto llegara al apartamento sin que Laila se diera cuenta. En ese momento sonó el timbre de la puerta y Edgar salió disparado como una bala.

—Es Carol —anunció.

—¿No tiene llave del apartamento? —preguntó Laila con falsa

indiferencia.

Edgar no se dejó engañar. Sabía que Laila no se fiaba de su compromiso. Se obligó a mantener la calma y pensó tranquilamente. Si estuvieran comprometidos realmente, ¿le habría dado a Carol una llave de su apartamento?

—Carol perdió la llave —se felicitó a sí mismo por aquella brillante improvisación —Le estoy haciendo una nueva.

Abrió la puerta y descubrió a Carol en el vestíbulo.

—Hola, cariño —Carol se arrojó a sus brazos. Edgar se quedó tan sorprendido que retrocedió.

—Una auténtica demostración de cariño —comentó Laila burlona al camarógrafo.

—Vi el coche del Canal 7 delante del edificio —le susurró Carol al oído —Ya sabía que estaban aquí. Así que haz tu trabajo y finge que me abrazas.

¿Cómo se podía fingir un abrazo? Edgar no estaba seguro, pero rodeó a Carol con los brazos y la abrazó. Sintió la delicada redondez de sus senos presionando su pecho y la fragancia de su perfume inundó sus sentidos. Los brazos de Carol lo estrechaban con fuerza y él encontró completamente natural posar los labios en la delicada curva de su cuello. Cerró los ojos mientras el deseo crecía en su interior con la fuerza de un volcán. Era tan delicada, tan femenina... Y le gustaba tanto sentirla entre sus brazos. La sangre rugía por sus venas, lo aturdía. Lentamente, comenzó a deslizar las manos por su espalda. Incapaz de detenerse, posó una en la firme curva de su trasero.

Carol se apartó bruscamente de él, dejándolo completamente solo, con los brazos vacíos y el cuerpo tenso.

—¡Laila! —exclamó Carol encantada. Aturdido, Edgar la vio cruzar la habitación y acercarse al sofá en el que Laila estaba sentada —Hemos hablado tantas veces por teléfono que tengo la sensación de que ya somos amigas —dijo Carol alegremente —¿Te ha ofrecido Edgar algo de beber?—le preguntó, asumiendo el papel de anfitriona.

—No. Cometimos el error de llegar veinte minutos antes —señaló Laila —Lo único que nos habría ofrecido sería un buen empujón.

—Pues... —Carol miró a Laila y a Edgar —Siento no haber estado aquí.

—No te preocupes —acotó Laila —Si hubieras estado aquí, probablemente Paul y yo no habríamos visto lo extremadamente puntual que es Edgar Cabot.

—¿Quieres tomar algo? —Preguntó Carol —¿Un café o...? —se volvió hacia Edgar —. ¿Qué otra cosa podemos ofrecerle a Laila y a...? —sonrió, mirando al camarógrafo.

—Paul —contestó él, y le tendió la mano.

Edgar observaba la escena con los ojos abiertos como platos. El inesperado contacto físico con Carol y su respuesta a su cercanía lo habían dejado completamente desconcertado, y lo que estaba viendo en aquel momento lo estaba dejando literalmente sin habla.

La joven brillante y segura que estaba hablando con aquellas dos víboras no tenía nada que ver con la Carol tranquila, callada y recatada que conocía en la oficina. Aquella tarde se había puesto una falda negra, blanca y roja que flotaba alrededor de sus piernas, realzando su perfección. Y la camisa estrecha dibujaba perfectamente la línea de sus senos y de su cintura, mostrando curvas que las almidonadas blusas que llevaba al trabajo nunca permitían ver. Él no era un hombre dado a las fantasías, pero, desde luego, era perfectamente capaz de conjurar todo tipo de fantasías sobre las piernas de Carol alrededor de su cintura...

Una oleada de sensualidad lo golpeó con la fuerza de un huracán. No podía moverse. No podía respirar. Y no podía contestar porque ni siquiera era capaz de recordar lo que Carol le había preguntado.

—¿Algo frío? —Insistió Carol —¿Un té con hielo, un refresco?

Edgar continuaba mirándola fijamente. El pelo también lo tenía diferente. Lo llevaba suelto cayendo por su espalda y enmarcando su rostro.

—Olvidémonos de los refrescos y empecemos con la entrevista —repuso Laila, observándolos atentamente —Para empezar, Paul grabará la

habitación, las vistas, la chimenea... después se centrará en ustedes, que estarán sentados en el sofá... Si es que Edgar quiere reunirse con nosotros...

Carol contuvo la respiración. Edgar continuaba en el marco de la puerta, como si se hubiera convertido en piedra. ¿Por qué no decía nada? Ella estaba intentando ser hospitalaria y él se dedicaba a mirar a Laila y a Paul como si fueran dos extraterrestres que acabaran de aparecer en medio de su salón.

—Supongo que ahora o nunca —musitó Edgar finalmente.

Carol lo observó mientras caminaba hacia ellos. Llevaba el mismo traje azul marino que en la oficina, con una camisa blanca como la nieve y una corbata de seda. Parecía alto, fuerte y poderoso.

Carol desvió la mirada hacia Laila y suspiró angustiada. Iba a ser imposible engañarla. Un hombre como Edgar Cabot no estaba al alcance de una secretaria. Era demasiado atractivo, rico y sofisticado para sentirse atraído por alguien como ella, pensó tristemente.

—Reconozco que estoy un poco nervioso con esto de la entrevista —se disculpó Edgar mientras se sentaba al lado de Carol — Lo siento si he sido un poco brusco

Tomó la mano de Carol, entrelazando los dedos con los suyos.

Carol se tensó. Cuando había abrazado a Edgar en la puerta, estaba demasiado concentrada en el papel que estaba representando para ser consciente de los efectos físicos de aquel abrazo. Pero en aquel momento sentía la fuerza de los dedos de Edgar rodeando los suyos. El corazón parecía darle vueltas en el pecho y se olvidó por completo de respirar.

Edgar, por su parte, estaba demasiado pendiente de ella como para no ser consciente de su reacción. Parecía aterrada, a punto de salir corriendo. Y Laila parecía un gato astuto dispuesto a atacar a su acorralada presa. Pero él tampoco era ningún santo y no iba a dejarse vencer por una periodista manipuladora. Carol y él iban a sacar adelante su engaño. Carol había tenido un comienzo admirable. Había llegado el momento de que él demostrara de lo que era capaz.

—Carol y yo somos personas muy reservadas —Edgar se acercó un poco más a su falsa prometida —Hablar de nosotros mismos, especialmente

delante de una cámara, no nos resulta fácil —sonrió tímidamente y se llevó la mano de Carol a la boca y la besó —¿Verdad, cariño?

Carol hizo un esfuerzo sobrehumano por meterse en el papel. Cualquiera mujer capaz de conquistar a Edgar debía tener una confianza monumental en sí misma. Tomó aire e intentó convencerse de que ella podía llegar a ser esa mujer.

—Sí, nos gusta estar solos y tener tiempo para disfrutar el uno del otro —susurró.

Recordaba haber leído alguna declaración similar en una revista. Pero Laila parecía aburrida.

—¿Por qué no me cuentan cómo se conocieron?

Carol y Edgar se miraron fijamente.

—¿Te gustaría contarlo Carol? —preguntó Edgar.

—Oh, no. Hazlo tú, cariño. Tú lo cuentas mejor que yo —le dirigió una sonrisa de admiración.

—Bueno, como ya sabes, Carol trabaja para mí —empezó a contar Edgar —Nos conocimos el día que le hice la entrevista para ocupar el puesto de secretaria. La entrevista fue muy buena, tenía la preparación adecuada y la contraté. Poco a poco, nuestra relación fue haciéndose... más personal. Y como resultado decidimos comprometernos.

—¿Y eso es todo? —preguntó Laila desilusionada. Por lo que Carol decidió hacer todo lo posible para embellecer su historia.

—Edgar te ha contado la versión corta —dijo, dibujando una sonrisa que esperaba fuera deslumbrante, propia de una mujer enamorada —Seré sincera contigo, Laila. Para mí, fue amor a primera vista. En cuanto vi a Edgar supe que era el hombre que había estado esperando durante toda mi vida. Y cuando me contrató, tuve la certeza de que aquello había sido obra del destino. Estábamos destinados a estar juntos —se acurrucó contra Edgar y lo miró tiernamente.

Edgar estaba pasmado. Carol tenía unos ojos realmente bonitos. Nunca había estado suficientemente cerca de ella como para apreciarlos. Eran de un

marrón misterioso como chocolate y estaban enmarcados por oscuras y espesas pestañas.

—¿Pero para Edgar no fue amor a primera vista? —preguntó Laila.

—No —respondió Carol. Era absurdo pretender que alguien creyera que Edgar pudiera enamorarse de ella a primera vista.

—Sí —respondió Edgar a la vez.

—¿Sí o no? —preguntó Laila.

Carol y Edgar se miraron el uno al otro.

—Sí, me enamoré de ella nada más verla, pero no dejé que lo supiera —contestó Edgar. Deseaba que Carol no pareciera tan incrédula. Estaba seguro de que Laila lo notaría —Esta es la primera vez que lo reconozco —añadió, esperando que aquello pudiera ser la respuesta al recelo de su prometida.

—Eres muy amable, Edgar. Pero no es verdad —insistió Carol, intentando introducir algún elemento verosímil en su falsa historia de amor —Edgar está cambiando inconscientemente sus recuerdos —explicó—En realidad no se enamoró de mí hasta que empezamos a conocernos realmente, al cabo de unos meses.

—No estoy cambiando nada... —Edgar sacudió la cabeza —Carol, creo que yo soy el más indicado para saber cuándo me enamoré, y te digo que fue amor a primera vista —insistió. Estaba frustrado. ¿Por qué Carol no le permitía inventar su propia historia? —Me acuerdo incluso de la ropa que llevabas. Un traje beige, una blusa blanca y unos zapatos bajos. El pelo te lo habías recogido en una trenza, con un peinado de esos que me gustan poco.

Por supuesto, en realidad no se acordaba de cómo iba vestida aquel día. Apenas recordaba su entrevista de trabajo. Se había limitado a describir a Carol tal como solía ir vestida a la oficina.

—¿Así que no te gusta mi trenza? —Carol se enderezó en el sofá. ¿Estaría Edgar hablando en serio o de pronto se habría transformado en un muy buen actor?

—No, no me gusta nada. Prefiero que lleves el pelo suelto.

Con un suave movimiento, le pasó el brazo por la cintura y la estrechó

contra él. Estaban tan cerca que sus muslos y sus hombros se rozaban. Carol se removió incómoda, pero Edgar continuó sujetándola con firmeza.

Carol sentía el calor de su cuerpo y la fuerza de sus dedos mientras él le acariciaba la cintura. Y no pudo evitar ruborizarse.

—La trenza es muy cómoda. Un peinado muy práctico para el trabajo — musitó Carol a la defensiva. Laila parecía divertida.

—Edgar. ¿Estás diciéndonos que te enamoraste de Carol a pesar de que ni su ropa ni su peinado eran especialmente seductores?

—Exacto. De hecho, creo que me enamoré de ella precisamente porque no estaba intentando seducirme con ropas insinuantes o un peinado atractivo. Había conocido a demasiadas mujeres así. Desde el primer día, supe que Carol se tomaba en serio su trabajo y que iba a la oficina a trabajar, no a intentar... deslumbrarme.

—Pero al final terminó deslumbrándote. Tanto que incluso le has pedido que se case contigo.

—Sí —asintió Edgar.

—De modo que Carol ha sido como una especie de Cenicienta encontrando a su príncipe azul...

—¡Oh, por favor! —La interrumpió Carol —El concepto de príncipe azul está completamente agotado.

—¿Entonces no me ves como un príncipe azul? —Se lamentó Edgar como un niño —Estoy destrozado.

—Mmm... No lo creo... eres una versión mejorada, pero no perfecta — sonrió y Edgar sintió entonces una oleada de afecto hacia ella tan repentino como inesperada. Sin soltarle la cintura, buscó su mano y se la colocó sobre la pierna.

¿Aquello era un sueño? Una sensación de fantasía parecía envolverlo todo. Pero sentía la dureza de los músculos de Edgar bajo sus dedos y el ritmo acompasado de su respiración. Todos sus sentidos eran conscientes de su masculinidad.

¿Se estaría metiendo demasiado en el personaje?, se preguntó nerviosa.

Una cosa era hacer una representación creíble y otra muy distinta experimentar las sensaciones físicas que debía sentir su personaje. Aquel dulce calor, el aleteo irregular de su corazón y su respiración temblorosa parecían más propios de una verdadera prometida de Edgar Cabot que de una secretaria a la que le estaban pagando una extraordinaria suma de dinero para que estuviera sentada en aquel momento con él.

Necesitaba cuanto antes un descanso para recuperar la compostura.

—Tengo una sed terrible. Si me disculpan un momento, iré a buscar un vaso de agua —Carol se apartó de Edgar y se levantó rápidamente —  
¿Alguien quiere tomar algo?

Edgar miró a Laila y a Paul y después a Carol, que salía de la habitación.

—Te ayudaré a preparar un refresco para nuestros invitados, cariño —le dijo.

La alcanzó en el comedor, una habitación pequeña comparada con el inmenso salón.

—No hace falta que vengas conmigo —musitó —Puedo encontrar yo sola la cocina. Supongo que está al lado del comedor.

—Exacto, pero no pensaba quedarme solo delante de esos dos. Ven, es por aquí.

La llevó a la cocina, y una vez allí, Carol miró a su alrededor con curiosidad. La cocina estaba amueblada con madera de roble y recubierta con baldosas blancas y azules. Aunque los electrodomésticos eran muy modernos, la decoración era particularmente rústica. Contrastaba violentamente con la sofisticación del comedor y con lo moderno del salón.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Edgar.

—Me sorprende tu elección a la hora de decorar las habitaciones —comentó Carol educadamente.

—No digas más —Edgar suspiró —Viene tan poca gente a mi casa que mi madre y Meredith la usan para probar sus diseños y decoraciones.

—Bueno... a pesar de que no hay relación entre la decoración de una habitación y la otra... cada una luce bien a su manera.

—A mí me parece más un desastre.

—Yo no diría que es un desastre. A mí me parece... interesante.

—Anna dice que mi casa le recuerda a un parque temático —Edgar hizo una mueca.

Carol sonrió.

—Por cierto —observó Edgar como si se diera cuenta por primera vez — Tú conoces a toda mi familia, pero yo no sé nada de la tuya. De hecho, no sé nada de la vida que tienes fuera de la oficina.

En vez de contestar, Carol se dedicó a abrir armarios hasta encontrar un vaso. Lo llenó de agua y lo bebió lentamente.

—Debería tener alguna información sobre tu familia, por si Laila hace alguna pregunta. Y también saber más cosas sobre ti —la presionó Edgar. Era consciente de que sentía auténtica curiosidad sobre ella. Nunca había conocido a una mujer que hablara tan poco de sí misma.

—No hay mucho que contar —Carol clavó la mirada en el cielo —Mis padres murieron y tengo un hermano. Algún día me gustaría llegar a trabajar como psicóloga de niños y adolescentes. Hasta entonces, trabajo para Constructora Cabot

—Ya veo —Edgar estaba desconcertado —Eres muy joven para estar sola en el mundo.

—Tengo veintitrés años, soy una adulta —lo contradijo Carol quedamente —Y no estoy sola. Tengo a mi hermano.

A Edgar que siempre había estado rodeado, incluso a veces agobiado, por una gran familia, le costaba comprender su soledad.

—Siento que hayas perdido a tus padres —susurró —Cuando te he...

—Gracias —lo interrumpió Carol con fría educación.

Edgar comprendió la indirecta: Carol no quería más preguntas. Se miraron el uno al otro durante un largo e incómodo silencio.

—En tu situación, es sensato que pienses en tu posición económica —dijo

Edgar por fin—Quizá deberías pedirle a McCrown que te ayudara a invertir el dinero que vas a ganar. McCrown tiene un don especial para invertir en bolsa.

Carol sonrió.

—Me sorprende que no me presiones para que invierta todo mi dinero en acciones de Constructora Cabot.

—Sería una excelente idea. Ahora están más bajas que nunca y, aunque eso sea una pesadilla para nosotros, es un momento ideal para los inversores...

—¿Todavía están aquí o se han marchado? ¿Dónde están? —la voz de Laila sonó en todo el lugar. Carol miró a Edgar aterrada.

—¡Laila nos está buscando! —exclamó en un susurro —Y parece que está en el comedor. ¿Qué vamos a hacer? No hemos preparado los refrescos.

—No tengo nada que preparar porque ni siquiera he comprado refrescos. No consideraba esta entrevista como un acontecimiento social.

—Pero has dicho que venías a la cocina conmigo para preparar los refrescos... —Carol lo miró nerviosa —¿Cómo vamos a explicarle que llevamos tanto tiempo aquí sin...?

—No tendremos que explicarle nada. Se me ha ocurrido una idea mejor.

Apareció en sus ojos un brillo que Carol conocía perfectamente. Lo había visto cuando Cabot adelantaba a alguno de sus competidores en el mercado. Era la mirada del ganador. Sí, era evidente que tenía un plan en la cabeza. Pero Carol no tenía la menor idea de cuál podía ser.

—Bueno, dejaremos que nos encuentre comportándonos como lo haría cualquier otra pareja de novios —Edgar esbozó una sonrisa seductora —Vamos a convencer a Laila de que estamos tan enamorados que nos hemos olvidado de ellos. ¿Preparada?

Edgar avanzó hacia ella. Aquella rápida y repentina aproximación pilló a Carol completamente desprevenida. La joven retrocedió hasta chocar con el borde de un mostrador.

Edgar continuó caminando y colocó las manos a ambos lados de Carol,

apoyándolas en el mostrador.

—Edgar yo... —Carol se interrumpió e intentó tomar aire.

Y todo pensamiento coherente abandonó su cabeza cuando Edgar cubrió su boca con los labios.

## Capítulo 7:

### Autocontrol.

¡Su jefe la estaba besando! Carol estaba demasiado atónita para reaccionar.

La voz de la reportera sonaba cada vez más cerca. Carol sintió los brazos de Edgar rodeándola, estrechándola contra él.

—Ya viene —susurró Edgar contra sus labios—y estás más tensa que un maniquí. Supongo que sabrás hacerlo mejor ¿no?

—Sí... uhm... supongo que sí —consiguió tartamudear Carol.

Echó la cabeza ligeramente hacia atrás y buscó en las profundidades de sus ojos. La concentrada intensidad que vio en ellos le dio seguridad. Edgar siempre miraba de esa forma cuando estaba en juego algo relacionado con su familia o con su empresa. Sí, aquel abrazo formaba parte del papel de novio enamorado. Y Edgar tenía razón, admitió Carol. Si Laila los encontraba besándose, no tendrían que explicar la falta de refrescos.

—Abrázame —susurró Edgar.

Todo aquello era para que lo viera Laila, se recordó Carol.

—Muy bien, allá voy —Carol le rodeó el cuello con los brazos y elevó su rostro hacia él.

—Relájate —susurró Edgar—Antes de que te des cuenta, todo habrá terminado —añadió y rozó sus labios.

El beso comenzó vacilante. Edgar acariciaba delicadamente su boca con los labios y poco a poco fue prolongando el contacto e incrementando la intensidad. Sus manos vagaban por la espalda de Carol y le gustaba sentir el tacto de la tela bajo sus dedos. Pero, sobre todo, le gustaba sentir sus senos estrechándose contra su pecho mientras la presionaba cada vez más contra él.

Carol le acariciaba el cuello, deslizaba los dedos por su nuca y por el inicio de su pelo. Tocarle no la asustaba tanto como en un principio había temido. Al fin y al cabo, en ese momento, Edgar no era su jefe, era solo un actor. Estaban recreando una escena. Sus labios se unieron, se separaron y comenzaron otra vez. Tras una serie de besos agradables y en absoluto amenazadores, la confianza de Carol creció.

Edgar separó ligeramente la cabeza.

—¿Oyes algo? —su aliento acariciaba la mejilla de Carol mientras seguía acariciando su espalda.

—No ¿Se habrán ido? —Carol se arqueó contra él. La caricia de Edgar le resultaba estimulante y relajante.

—Ojala tuviéramos tanta suerte. Seguramente me están vaciando la casa. Estarán metiendo todos los objetos de valor en la furgoneta del Canal 7 para después venderlos.

Carol reprimió una risa.

—En ese caso, espero que se hayan llevado esa horrible jaula verde que tienes en una esquina. Y a los pájaros que hay dentro.

—Ningún comerciante de objetos robados que se respete a sí mismo aceptaría algo así —musitó Edgar— Fue un fallido regalo de Mark, tenía la esperanza de que no la hubieras visto.

—Es imposible no verla.

—En ese caso, te mereces un premio por haber sido tan discreta. Acabas de ganarte esa preciosa jaula, ¡con pájaros incluidos!

—No, ¡por favor! Esos pájaros parecen obra de un taxidermista perverso — dijo riendo.

Edgar bajó la mirada hacia Carol. La joven tenía las mejillas sonrojadas y la boca húmeda. Los ojos le brillaban. El contacto de las curvas de su cuerpo contra el suyo era de una cálida sensualidad. No era capaz de apartar las manos de ella. Ni de mantenerlas quietas.

Era como si su mente y su cuerpo se hubieran separado y hubiera sido el cuerpo el que tomó las riendas de la situación. Posó la mano en la curva de

sus caderas y la estrechó con firmeza contra él.

Carol sintió su dura excitación contra la parte más vulnerable de su cuerpo y comenzó a gemir, pero fue inmediatamente silenciada por la cálida presión de su boca. Entreabrió los labios automáticamente, dejando que la lengua de Edgar se deslizara en el interior de su boca. Algo se desató dentro de ella y, de pronto, su cuerpo ardió.

El beso fue haciéndose más ardiente, más hambriento. Y a ese beso le siguió otro más largo y salvaje, y después otro, y otro, hasta que resultó imposible distinguir dónde empezaba un beso y dónde terminaba el siguiente. Labios, lenguas, besos se fundían mientras las llamas del deseo bailaban entre ellos.

Carol se retorció sensualmente contra él, dejando que creciera en su interior un deseo cada vez más apasionado. Jamás había experimentado nada parecido. Instintivamente, rodeó con las piernas uno de los muslos de Edgar, aumentando la intimidad de su ya íntima postura. Las piernas le temblaban de tal manera que tenía que abrazarse a Edgar para sostenerse.

Perdida en aquel torbellino sensual, se rindió al deseo que se acumulaba en su interior. Ojala no estuvieran en aquella cocina tan llena de luz. Y ojala no estuviera de pie. Habría sido maravilloso poder estar tumbada con él en la oscuridad de...

—¡Ajá! ¡Aquí están! —declaró Bermington de manera triunfante.

Edgar y Carol se separaron como si fueran un par de adolescentes sorprendidos besuqueándose en el instituto.

Al lado de Laila, Paul continuaba grabando.

—Apaga eso —le ordenó Edgar irritado, pero el camarógrafo no obedeció hasta que Laila le hizo un gesto.

Carol se aferraba al borde del mostrador mientras sentía los golpes de su corazón en los oídos. Las piernas le temblaban. No se atrevía a mirar a Edgar, de modo que fijó la mirada en Laila, que los observaba sin disimular su interés.

—No se preocupen. No mostraremos esto —les prometió alegremente—

No queremos escandalizar a los ancianos y a los niños que puedan ver el programa.

—Bueno... nosotros... —susurró Edgar— Estábamos... estábamos —se le quebró la voz.

¿Qué podía decir? ¿Que todo el cuerpo le temblaba después de aquel apasionado beso con Carol? ¿Que el beso que había comenzado siendo una forma de engañar a Laila se había transformado en otra cosa?

Dirigió una mirada fugaz a su secretaria y sintió una extraña mezcla de miedo y asombro. Había estrechado a Carol Walter entre sus brazos, la había besado y, de pronto, se había producido un cortocircuito. No había nada fingido en la pasión que había estallado entre ellos. ¿Cuándo fue la última vez que había perdido la cabeza besando a una mujer? Su mente voló inmediatamente hasta Kimberly. Sí, pero entonces era muy joven y Kimberly era un genio de la seducción.

Frunció el ceño. Los años le habían convertido en un hombre demasiado cínico y experimentado para creer que un beso podía significar algo especial. Pero ninguno de esos argumentos explicaba la explosiva respuesta de su cuerpo frente a lo compartido con Carol. Se sentía confundido y frustrado. ¡Él no deseaba a Carol! se dijo con firmeza, aunque su cuerpo todavía palpitaba demostrándole precisamente lo contrario. No, no podía deseársela. Se negaba a hacerlo.

—Tómense el tiempo que necesiten para recuperarse —bromeó Laila— no nos importa esperar.

Como Edgar continuaba callado y sombrío, Carol comprendió que iba a tener que llevar las riendas de la situación.

—No sabes cuánto lo siento, Laila —su voz sonaba ronca. Se aclaró la garganta —Nos hemos... distraído y...

—Sí, ya lo he notado, cariño. Escucha, olvídate del café y de los refrescos. ¿Puedo hacerles una pregunta más?

Carol asintió y le dirigió a Edgar una mirada interrogante. Este se limitó a encogerse de hombros.

—¿Cuándo será la boda? —preguntó Laila, y Paul comenzó a grabar otra vez.

Carol miró a Edgar, que continuaba con la mirada perdida, sin prestar la menor atención a la conversación.

—La boda —repitió Carol. Y al ver que Edgar no tenía la menor intención de contestar, lo hizo ella —Todavía no hemos fijado una fecha —se acercó a Edgar y le tocó disimuladamente el zapato con el tacón, intentando llamar su atención —De momento preferimos disfrutar de nuestro compromiso, ¿verdad, Edgar?

Estar cerca de Carol tenía un efecto afrodisíaco. La mente de Edgar volvió a nublarse y su cuerpo latía con un deseo que no podía negar. En un impulso, deslizó el brazo por la cintura de Carol, la estrechó contra él y hundió la cara en su cuello, ignorando a la cámara que lo estaba filmando.

—¿Verdad, Edgar? —repitió Carol un poco más alto.

—Lo que tú digas, cariño —respondió él. No tenía la menor idea de lo que estaban hablando.

Carol sintió la dureza de su excitación contra su trasero. Tomó aire, luchando contra la sensación que la incitaba a recostarse contra él. Aquel juego se les estaba yendo de las manos.

Se obligó a mirar a la cámara y le explicó a Laila:

—Yo creo que la boda debería ser en junio.

—En ese caso, tendrán tiempo suficiente para preparar la boda —respondió Laila—¿Les importaría compartir con nosotros algunos de sus planes?

Carol se dejó llevar por un alocado impulso, completamente impropio de ella.

—Será una boda espectacular —le confió.

Edgar se tensó tras ella. Probablemente se estaba preguntando qué se proponía su secretaria y si aquello formaba o no parte del plan. Pero Carol no vaciló. Si Edgar insistía en que fuera ella la que llevara el peso de la entrevista, tendría que sufrir las consecuencias.

Le dirigió a Laila la más dulce de las sonrisas.

—Conociendo a Edgar como lo conozco, estoy segura de que insistirá en que sea una boda por todo lo alto. Ya sabes, miles de invitados, esculturas de hielo en el jardín, una carpa multicolor y una cena de siete platos.

—¿Alguna otra pregunta, Laila? —musitó Edgar.

—¿Han elegido el anillo de compromiso?

Edgar pareció cobrar vida de repente, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó la caja con el anillo. Explicó el origen del rubí y también que su madre se lo había regalado para que se lo entregara a su futura esposa.

—A Carol le quedaba un poco grande —mintió —pero ya lo he solucionado.

Paul enfocó el anillo mientras Edgar lo deslizaba en el dedo de Carol. Tras unos minutos de conversación, Laila puso fin a la entrevista y Carol acompañó a la periodista y Paul al ascensor. Edgar permaneció en el interior del apartamento, tras haberse despedido fríamente de ambos.

—Esto ya no es para la entrevista —le comentó Laila a Carol mientras esperaban al ascensor—De mujer a mujer ¿vas a venir a vivir aquí cuando Edgar y tú se casen?

—Supongo que sí.

—Bueno, lo primero que tienes que hacer es tirar esa jaula que hay en el salón. De hecho, creo que yo no esperaré a la boda para deshacerme de ella.

—Estoy de acuerdo, pero, desgraciadamente, es uno de los objetos favoritos de Edgar —respondió Carol, incapaz de resistirse.

—Lo que demuestra que el dinero no siempre garantiza un buen gusto.

—Tienes mucha razón —dijo Carol sonriendo.

En ese momento llegó el ascensor.

—El programa se emitirá mañana a las cinco y media. Diles a tus amigos que lo vean —le advirtió Laila antes de que se cerraran las puertas.

La puerta del apartamento de Edgar se abrió en cuanto el ascensor se fue.

¿Habría estado escuchándola?

—Así que la jaula es uno de mis objetos favoritos —le preguntó Edgar, confirmando que había oído todo— Ese ha sido un golpe bajo, Carol.

—No pude evitarlo —se metió en el apartamento—Y como me has dejado a solas con ellos...

—Y no ha sido lo único. “Conociendo a Edgar como lo conozco, estoy segura de que querrá una boda por todo lo alto... miles de invitados, esculturas de hielo en el jardín, carpa multicolor y una cena de siete platos” — imitó sin éxito la voz de Carol—¡Me sorprende que no hayas dicho que también querría elefantes y malabaristas!

—No creo que te gusten —Carol no podía contener la risa.

—Esto no tiene ninguna gracia —replicó Edgar a pesar de sí mismo— Jamás pondría una escultura de hielo en un jardín.

—Estaba a punto de añadir que te gustaría que fueran una representación de los dioses romanos, pero pensé que sería un poco... exagerado.

—¡Exagerado! Después de esto, pasado mañana van a empezar a acosarme escultores de hielo y planificadores de bodas. ¡Todo por culpa tuya!

—Pero por lo menos ya no seguirás siendo uno de los solteros más codiciados de los Estados Unidos —murmuró Carol. El corazón le latía violentamente. Edgar se acercó a ella y fijó la mirada en su boca.

—Siempre te he visto tan seria que no pensé que pudieras llegar a ser tan bromista.

—Yo tampoco. Pero creo que la situación me ha inspirado —lo miró a los ojos. Edgar iba a besarla, lo sabía. Y quería que lo hiciera.

—Sí, a mí también —susurró Edgar.

Cubrió su boca con un beso demandante. Carol respondió al instante, provocada por su propio deseo, un deseo intenso, casi violento. Edgar hundió la lengua en las profundidades de su boca y ella dio la bienvenida a aquella intimidad. Era como si Laila nunca los hubiera interrumpido y estuvieran prolongando lo que minutos antes habían compartido en la cocina.

Edgar la estrechó contra su musculoso cuerpo y Carol se aferró a él, rodeándole el cuello con los brazos y recostándose instintivamente contra él. Parecían encajar perfectamente, pensó Carol aturdida, era como si fueran dos mitades que se complementaban formando un todo indestructible.

Edgar profundizó su beso, acercándola todavía más a ella, deseando más. Bebía de sus suaves gemidos y se sentía embriagado de placer. Podía sentir sus pezones enderezándose y la sutil y sensual presión que ejercían contra su pecho. Un estremecimiento de deseo lo atravesó. Quería verla, quería tocarla, saborearla... Con un apasionado gemido, deslizó la mano hasta su seno, disfrutando de su suavidad.

Las caricias de Edgar eran cada vez más demandantes. Carol era consciente de que su jefe estaba perdiendo el control y la sorprendía darse cuenta de que su propio control era frágil. Se apartó bruscamente de él. Su falta de dominio la asustaba tanto como la rapidez de su excitación.

¿Qué estaba haciendo? ¿Se habría vuelto loca? Clavó la mirada en el suelo, con la respiración jadeante. Si continuaban besándose y acariciándose de esa manera terminarían en la cama. Y lo peor de todo era que una parte de ella deseaba vivir la pasión de aquel momento y acostarse con él. Afortunadamente, prevaleció la parte más sensata y sensible de su personalidad.

Bajó la mirada hacia el anillo que llevaba en el dedo, el símbolo de su situación. Engañar a Laila y al resto del país era una cosa, pero engañarse a sí misma era otra completamente diferente.

Y por si lo olvidaba, tenía unos contratos gigantes para recordarlo. Sus ojos se fijaron en Edgar. Su rostro estaba tenso, sombrío. Sus ojos brillaban y sus pupilas estaban reducidas a unos puntos minúsculos.

—Ven aquí —le dijo, con voz áspera.

La sensualidad de aquella orden estuvo a punto de hacerla obedecer. Si no se iba rápidamente de allí, volvería a sus brazos y cometería una estupidez.

—Debo irme —exclamó Carol y corrió hasta el salón a buscar su bolso.

Edgar la siguió, empujado por sus más primitivos instintos. Su cuerpo palpitaba. En aquella ocasión no tenía ningún sentido convencerse a sí mismo

de que no deseaba a Carol. La observó agarrar su bolso y correr hacia la puerta. Miró su boca, húmeda y roja por sus besos, y volvió a recordar la dulzura de sus labios y el juego tentador de su lengua. La deseaba. Admitirlo lo irritaba, pero no era capaz de engañarse. Y desear a Carol Walter era definitivamente un problema.

Carol ya había salido del apartamento y estaba pulsando frenéticamente el botón del ascensor. Sin necesidad de volverse, supo que Edgar había salido al pequeño vestíbulo.

—El ascensor tiene un código de seguridad. No se abrirá hasta que yo lo marque —le dijo fríamente.

—Te agradecería mucho que lo hicieras ahora mismo —Carol mantenía la mirada fija en la puerta del ascensor.

Edgar no se movió.

—¿Vas a irte en coche? —le preguntó. Carol asintió en silencio —¿Y dónde lo has estacionado?

—En el estacionamiento del edificio —Carol se tensó con impaciencia — Edgar, por favor, el ascensor.

—¿En qué piso?

—¿Qué más da? —se volvió para enfrentarse a él. Estaba a punto de dejarse llevar por los nervios —¿Por qué me estás interrogando? Solo quiero que llegue el ascensor para poder irme de aquí.

—No intentaba interrogarte, solo quería hablar contigo —Edgar la miró fijamente. Y el deseo volvió a sacudirlo con una intensidad que lo dejó estupefacto y preocupado al mismo tiempo.

A Carol se le secó la boca. Tragó saliva. Sus sentimientos eran demasiado confusos en aquel momento como para mantener una conversación coherente. Quería gritar, quería pegarle, pero sobre todo, quería volver a sus brazos.

—Creo que deberíamos hablar de lo que ha pasado —empezó a decir Edgar, pero Carol lo interrumpió rápidamente.

—No hay nada de lo que tengamos que hablar. Hemos hecho lo que

habíamos planeado hacer y creo que hemos engañado a Laila. Ahora, por favor, llama al ascensor.

—¿Por qué tanto apuro? Te estoy pagando muy bien —su tono era mordaz, insultante.

—Pues si crees que estoy dispuesta a hacer algo más a cambio de dinero, estas muy, pero muy equi....

—¡Jamás he dicho eso! —la interrumpió —¡Ni siquiera lo he insinuado!  
—Edgar se sorprendió al oírse gritar.

Carol estaba de nuevo de espaldas a él, muy tensa, mirando fijamente el ascensor, como si le pareciera un objeto fascinante.

—De acuerdo, ya que estás tan desesperada por irte, vete —entró a grandes zancadas en su apartamento y marcó el código de seguridad del ascensor.

Carol oyó que el ascensor se ponía en acción justo cuando Edgar cerraba la puerta de su casa. Un momento después, se abrían las puertas del ascensor. Cuando ya estaba dentro, la joven se dio cuenta de que no se había quitado el anillo de compromiso.

Genial, se dijo. No solo había hecho enfadar a su jefe, sino que se había quedado con el anillo de su madre.

Las puertas del ascensor se abrieron en el piso en el que había dejado su coche. Estaba caminando hacia él cuando oyó pasos procedentes de las escaleras. El corazón se le subió a la garganta. Estaba aterrorizada. La puerta que conducía a las escaleras se abrió y Carol comenzó a correr pensando que talvez era un asaltante.

—Carol, ¡espera! —escuchó la voz de Edgar en el estacionamiento.

Carol se detuvo inmediatamente. Dio media vuelta y lo vio caminando hacia ella. Una oleada de alivio arrastró la adrenalina que corría por sus venas.

—¡Dios, menos mal que eres tú! —corrió hacia Edgar mientras se quitaba el anillo —Me alegro de que te hayas acordado del anillo. Estaba segura de que me lo iban a robar.

Le tendió el anillo pero Edgar le agarró la mano.

—No he venido a buscar el anillo. El panel del ascensor marcaba el piso en el que estaba tu coche y vine para acompañarte.

—No tenías por qué hacerlo. Aunque me alegro de que lo hayas hecho, así puedo devolverte...

—Lo menos que podía hacer era asegurarme de que volvieras sana y salva a tu casa —la interrumpió Edgar.

—Sobre todo teniendo en cuenta que llevo encima una reliquia de la familia —contestó Carol y le sonrió.

Aquella sonrisa afectó a Edgar más de lo que se atrevía a reconocer.

—Es ridículo que tengamos que andar pasándonos el anillo el uno al otro todo el tiempo —se quejó— quédatelo tú.

Carol comenzó a caminar hacia su coche y Edgar la siguió en silencio.

—¿Estás de acuerdo? —le preguntó al ver que Carol no contestaba.

—No puedo correr ese riesgo. Este anillo vale más que mi coche, Edgar. No podría pagarlo si se perdiera o me lo robaran yo... —se interrumpió — Ese es mi coche.

Edgar se quedó mirando el pequeño auto que tenía frente a él. Estaba limpio y cuidado, pero era suficientemente viejo como para ser considerado un coche.

—Veo que no bromeabas al decir que el anillo vale más que tu coche. Pensaba que estabas exagerando. Con lo que vas a ganar haciendo de falsa prometida, podrás comprarte uno nuevo.

—Pienso utilizar ese dinero para hacer un viaje alrededor del mundo —respondió burlona —El coche nuevo tendrá que esperar hasta la próxima vez que me paguen por hacer de prometida de un soltero desesperado por deshacerse de sus admiradoras.

—Supongo que esa es tu forma, no muy sutil, de decirme que me meta en mis asuntos y que piensas gastarte el dinero en lo que quieras.

—Pensaba que estaba siendo sutil —metió la mano en el bolso para

buscar la llave y le dirigió a Edgar una indulgente sonrisa.

Edgar clavó los ojos en Carol mientras abría el coche. Fuera de la oficina, Carol era muy diferente de la servicial secretaria que trabajaba para él. Como secretaria, seguía siempre sus órdenes al pie de la letra. Pero cuando no estaba trabajando, no solo no seguía sus órdenes, sino que ni siquiera parecía dispuesta a aceptar sus consejos. Pero su sonrisa era irresistible. Y por mucho que lo intentó, no pudo evitar devolvérsela.

—¿Así que crees que hemos conseguido engañar a Laila? —preguntó, volviendo a un tema más seguro.

—Sí, creo que sí. Y supongo que mañana cuando veamos la entrevista lo sabremos.

Edgar se pasó la mano por el pelo.

—Tengo que darte una lista de personas a las que deberías llamar para decirles que la entrevista es a las cinco y media. Serán sobre todo familiares y amigos. Así me ahorraré el tener que decírselo personalmente.

—No es una forma muy tradicional de anunciar un compromiso... — Carol se encogió de hombros —Pero, por supuesto, este compromiso no tiene nada de tradicional.

—Cierto —afirmó Edgar mientras la veía colocarse tras el volante.

Si aquel fuera un compromiso tradicional, él no estaría viéndola conducir un coche poco más grande que una lata de atún. Si fuera un compromiso tradicional, Carol llevaría en el dedo el anillo de su madre y no temería tener que pagarle su valor en el caso de que lo perdiera.

Y, sobre todo, si fuera un compromiso tradicional, pasaría la noche en su cama.

Cuanto más lejos estuviera de ella, mejor para su autocontrol el cual aumentó de gran manera mientras Carol se dirigía en su coche a la salida.

Todo estaba funcionando de acuerdo con lo previsto. Se aseguró. Todo estaba saliendo como quería que saliera. Continuó repitiéndose aquellas frases mientras volvía a la soledad de su apartamento.

## Capítulo 8:

### Seguridad

Al día siguiente por la mañana, Carol se puso en contacto con todas las personas que aparecían en la lista de Edgar. Tal como él le había ordenado, no le explicó a nadie lo que iba a pasar y por los comentarios que le hacían, estaba segura de que pensaban que iban a emitir algún anuncio relacionado a la empresa.

Solo Anna y McCrown estaban al tanto del secreto. McCrown se mostraba receloso, pero Anna estaba dichosa e incluso dijo que pensaba grabarlo.

Edgar voló hasta Chicago aquel día, de modo que Carol apenas lo vio. Pasó por el despacho a recoger algunos documentos, acompañado de otro ejecutivo de la empresa, y apenas le prestó atención.

Decírselo a Emily fue tan difícil como Carol se había imaginado. E incluso más.

—¿Que te has comprometido con tu jefe?! —Emily quedó completamente atónita cuando Carol le dio la noticia, poco antes del programa —Pero si nunca hablas de él. ¡Ni siquiera sabía que estabas saliendo con él!

Carol sonrió avergonzada. Odiaba estar engañando a su amiga. Le había resultado mucho más sencillo engañar a Laila. Y cuando miró a Emily, se asustó. Llevaban ya dos años viviendo juntas y sabía que no creía en aquel repentino compromiso de cuento de hadas.

—Quisimos mantener nuestra relación en secreto... —vaciló—Además, no estaba segura de cómo terminarían las cosas —murmuró Carol.

Emily mantuvo su silencio pensativa mirando fijamente a su amiga. Carol sabía que luego de ver el programa Emily diría todo lo que estaba guardando.

Y así fue.

Estaban las dos en la sala tomando un café cuando Emily comentó.

—Laila Bermington ha construido una bonita historia sobre ti y tu prometido. Y tú y Edgar hacen una brillante actuación. Cuando dejes la empresa ¿por qué molestarte en trabajar como psicóloga, Carol? Deberías pedir que te contrataran directamente en alguna academia de cine. Con tu talento, podrías darles clase hasta a los profesores.

—Es imposible engañarte ¿no? ¡Se lo dije! —Dijo Carol quedamente— Siento haberte mentado. Se supone que nadie debe saber que el compromiso es falso. Solo Edgar, su hermana, su abogado y yo estamos al tanto de la situación...

—Te aseguro que mantendré la boca cerrada, aunque creo que has cometido una locura al involucrarte en esto.

Carol sabía que Emily no tenía demasiadas simpatías por la gente de dinero. Siempre decía que tenían tantos problemas como las familias pobres a las que atendía como trabajadora social, pero que el dinero les permitía comprar la solución a sus problemas.

—¿Y qué pretenden arreglar con este falso compromiso? —continuó Emily en tono de desaprobación. Carol sonrió con pesar.

—No es nada ilegal, Emily, en serio.

Le contó a Emily toda la historia, sin pasar por alto el dinero que le habían pagado y los acuerdos que le había hecho firmar.

—No deberías haber firmado ese contrato —la regañó Emily— Así, podrías haber denunciado a ese soltero de oro cuando rompiera su compromiso y haber sacado dinero suficiente para rehabilitar al hospital entero en el que está Sean. Pero supongo que traicionarlos habría sido peligroso. Una llamada y te habrían hecho desaparecer para siempre —añadió sombría.

—¡Emily! ¡Hablas como si fueran unos mafiosos y no lo son! —Protestó Carol riendo con su amiga— Nadie me ha obligado a meterme en esto. Y ahora, prométeme que no le contarás a nadie que este compromiso es falso.

—Te lo prometo, porque no quiero que tengas que pagarle a ese millonario el doble de lo que te pagó. ¿Pero has pensado que todo esto podría volverse en contra tuya? —Emily se puso repentinamente seria— Los vi besándose en televisión y también vi la expresión de Edgar cuando te miraba. Te desea, y los hombres ricos están acostumbrados a conseguir lo que quieren. Ten cuidado por favor.

—No te preocupes Emily, Edgar no es...

—Edgar te desea —la interrumpió Emily con firmeza—La cámara no miente. Y sé lo que he visto.

El modo en el que Laila había presentado la historia y las imágenes que había mostrado de la pareja habían sido tan convincentes que todo el mundo estaba deseando ponerse en contacto con la feliz pareja.

Al día siguiente, en el despacho de Edgar no dejaron de recibir llamadas para felicitarlos, brindarles los mejores deseos y regañarlos incluso por haber mantenido su relación en secreto. Nadie cuestionaba la validez del compromiso.

—Intentar trabajar hoy va a ser inútil —se quejó Edgar entrando en la oficina de Carol —Apenas he tenido tiempo de encender el ordenador.

—Lo sé —Carol lo observó disimuladamente. Aquel día no se parecía nada al hombre apasionado y demandante cuyos besos la habían dejado sin sentido la otra noche—Pero mañana ya habremos recuperado la tranquilidad, te lo aseguro.

—Espero que tengas razón.

Aunque Edgar intentaba desviar la mirada, sus ojos parecían clavarse obligatoriamente en ella. Carol se había dejado el pelo suelto, tal como a él le gustaba. Le encantaba que hubiera abandonado su trenza. No iba a permitirse el placer de alargar el brazo para acariciar aquel pelo marrón y sedoso, pero la necesidad de hacerlo le resultaba tan excitante como inquietante.

Estaba además el recuerdo de sus besos, que no dejaba de acosarlo. El día anterior, durante las reuniones que había mantenido en Chicago, no había sido capaz de dejar de pensar en Carol. Y las ardientes imágenes que su mente invocaba lo habían mantenido despierto durante la mayor parte de la

noche.

—Todas las personas que conozco en la empresa han pasado por aquí esta mañana para ver el anillo —Carol bajó la mirada hacia el rubí —Me resulta muy... uhm... extraño fingir que hemos mantenido una relación en secreto. Además, todavía no estoy segura de que verme convincente.

—Claro que lo eres. Además la única explicación alternativa para este compromiso es que es falso.

Carol esbozó una sonrisa irónica.

—Sí, supongo que eso debe parecerles más improbable todavía que un romance secreto.

—Cierto. Solo Anna es capaz de planear algo así.

Carol soltó una carcajada.

—Es un alivio poder hablar sinceramente con alguien.

—Sí, espero que siempre podamos ser sinceros el uno con el otro, Carol.

Mientras hablaba, Edgar la miraba intensamente, fijándose en los hermosos y expresivos ojos chocolate de su secretaria. Sus labios eran rosados, llenos, suaves... él sabía exactamente lo suaves que eran. Sintió que sus genitales se tensaban.... Algo que no podía permitir que sucediera. Se aclaró la garganta.

—Eh... Nunca te había visto ese vestido. Siempre vienes a trabajar con trajes que parecen más propios de un funeral.

—Odias mi ropa, odias mi trenza y no te importa decírmelo. Mmm, quizá tengamos que olvidar nuestro pacto de honestidad.

—O quizá debería decirte algo positivo —sugirió Edgar—Me gusta tu vestido.

—¿De verdad? —Carol se pasó las manos por la falda de aquel vestido de rayas negras y amarillas, mucho más corto que los trajes que llevaba siempre a la oficina —Me lo compré el año pasado, pero no me parecía muy apropiado para venir al trabajo. Pero mi amiga Emily dijo que hoy debía ponerme algo diferente.

Se mordió el labio, observando las rayas del vestido. De pronto, se sentía inexplicablemente nerviosa y no podía dejar de hablar.

—Pero me he arrepentido en cuanto he salido de casa. ¡Parezco una abeja!

—¿Una abeja? —Edgar fijó la mirada en las rayas negras y amarillas — Bueno, ahora que lo mencionas, quizá tengas cierto... parecido —sonrió.

—¡Lo sabía! No debería haberme comprado nunca este vestido. Por eso era tan barato, porque nadie lo quería.

—Parezcas una abeja o no, ya te he dicho que me gusta —Edgar se acercó hasta ella y posó las manos en su esbelta figura —Te ves bien— deslizó la mano por la curva de sus caderas—Sí, te ves muy bien —añadió.

Carol contuvo la respiración. En un acto reflejo, elevó la mirada hacia sus ojos verdes y distinguió en ellos las llamas del deseo. Antes de que hubiera podido decir nada, Edgar posó la mano en su cuello y la atrajo hacia él.

—Contaré hasta cinco antes de entrar, para que puedan recobrar la compostura —aquella jovial amenaza acababa de salir de los labios de Neil Cabot —Uno, dos...

—Entra, papá —dijo Edgar.

Carol se apartó rápidamente de él y al instante se abrió la puerta del despacho entrando tres miembros de la familia Cabot: Mark, Angelica y Neil.

—Edgar, cariño, felicidades —Angelica abrazó a su hijo con cariño.

Neil se acercó a Carol y le dio un gran abrazo.

—Carol, estoy absolutamente feliz con la noticia de su compromiso — dijo el padre de Edgar sonriendo.

Carol esbozó una sonrisa nerviosa. Estaba desconcertada.

—Carol es una chica maravillosa, Edgar. Tienes suerte de haber encontrado una joven tan guapa, inteligente y trabajadora —exclamó Neil sonriendo —Y es una suerte para la empresa poder contar con ella.

—Gracias, señor Cabot —le respondió educadamente.

—Nada de señor Cabot —Mark envolvió a Carol en un abrazo de oso— Le haces sentir viejo. A partir de ahora, es Neil o tío Neil si lo prefieres — dijo riendo como un niño y añadió— también estoy muy feliz por la noticia Carol... seremos hermanos. Y podré molestarte libremente sin remordimientos.

—Ya la has tenido tiempo suficiente, Mark —Angelica literalmente arrancó a Carol de los brazos de su hijo —Quiero felicitar a mi futura nuera — añadió mientras recibía un tercer abrazo— felicidades hija. Espero que sean muy felices.

—¡No saben cuánto nos alegramos de que vayan a casarse! —exclamó Neil—Disfrutamos mucho viendo el anuncio de su compromiso en el programa. Estaban adorables. Cualquiera podía darse cuenta de lo enamorados que están.

Carol y Edgar se miraron, pero tuvieron que desviar inmediatamente la mirada para no estallar en carcajadas.

Edgar se acercó instintivamente a Carol tomándola por la cintura y anunció llamando inmediatamente la atención de los presentes.

—Como saben, le he regalado a Carol el anillo que me regalaste mamá — tomó la mano de Carol y se lo mostró.

—El anillo —comentó Neil sonriendo quedamente, y fijó su dulce mirada en su esposa quien le sonrió de la misma manera.

—Si, el anillo —luego de besar dulcemente a su marido, Angelica posó sus ojos en Carol— Este anillo me lo dió Neil cuando comenzamos nuestro noviazgo. Significa mucho para nosotros.

—Lo se —Carol sonrió tímidamente— Edgar me lo contó.

—Así es —añadió Neil— y significa mucho más para nosotros el que nuestro hijo te lo haya dado a ti.

Los padres de Edgar contemplaban el anillo, atrapados en los recuerdos. Edgar y Mark permanecían también en silencio, evocando sus propios recuerdos y viendo con una sonrisa el amor aun existente entre sus padres.

Y Carol se sentía como una farsante.

—Cuidaré de este anillo —prometió.

—Lo sabemos, cariño —respondió Edgar, y frunció ligeramente el ceño cuando Carol apartó su mano de la suya —Carol tenía tanto miedo de que le ocurriera algo al anillo que no se atrevía a llevarlo puesto.

Consiguió hacer reír a los demás, pero la preocupación de Carol sobre la seguridad del anillo estaba comenzando a exasperarlo. Quizá debería pedirle a McCrown que añadiera una cláusula a su acuerdo, excusándola de cualquier responsabilidad económica sobre la joya.

—Es lógico que una mujer se preocupe por sus joyas —explicó Mark rodando los ojos — Meredith se vuelve loca si pierde un pendiente o una pulsera —dijo sonriendo y con los ojos brillando como solo lo hacían al hablar de su esposa y preguntó —¿Tienes algún sistema de seguridad en casa, Carol?

—Bueno...con Emily, mi compañera de apartamento, dejamos todas las noches un bate de béisbol en el vestíbulo —como Angelica la miró alarmada, se precipitó a añadir —Pero nunca hemos tenido que usarlo.

Los cuatro Cabot la miraron fijamente. Carol no imaginaba que una conversación sobre el sistema de seguridad de su casa provocara aquel tenso silencio.

—Como precaución, le entregaré a Edgar el anillo cada noche. Él tiene un buen sistema de seguridad.

—¿Y tú, cariño? —Angelica parecía preocupada —Dios mío Carol, nos preocupa mucho más tu seguridad que la del anillo.

—Angelica tiene razón —Neil se dirigió a su hijo—Como tu prometida, Carol va a necesitar más protección que un bate de béisbol.

—El secuestro es una amenaza real, una amenaza que la familia Cabot se toma extremadamente en serio—intervino Angelica.

—¡Nadie va a secuestrarme! —Carol estaba horrorizada—Mi barrio es muy seguro y...

Los Cabot empezaron a hablar al mismo tiempo, gesticulando como si acabara de anunciar que vivía en una guarida de piratas.

—Me cuesta creer que un hermano mío haya sido tan estúpido como para presentar a su prometida en televisión y dejarla después indefensa en un barrio como ese —exclamó Mark— Bueno, la verdad no debería sorprenderme. Siempre has sido así de estúpido— rió por lo bajo y miró a Carol seriamente —Carol ¿te has fijado si te ha seguido algún coche esta mañana?

—No vengo en coche al trabajo. Vengo en autobús, y no, no me ha seguido nadie.

—¡En autobús! —Exclamó Angelica—Dios mío cualquiera puede montarse en un autobús.

Carol que había montado en autobús toda su vida y jamás había tenido ningún problema. Se dio cuenta de las diferencias sociales que los separaban.

—Sé que hay que tener cuidado —comentó, intentando aliviar la tensión — Soy muy consciente de los peligros que existen...

—Eso está muy bien, pero a partir de ahora vas a necesitar más protección — repuso Neil—Todo el mundo sabe que eres la prometida de Edgar Cabot y eso te convierte en un objetivo Carol.

—Carol, cariño, ¿por qué no te vienes a vivir con nosotros hasta el día de la boda? —Angelica le tomó la mano con afecto—Tenemos espacio de sobra y nos encantará poder conocer mejor a nuestra nuera.

—¡Qué buena idea! —Exclamó Mark— así podré bromear con ella las 24 horas del día.

—Oh, no podría —respondió Carol ignorando a Mark— Yo... —sentía una sobrecogedora urgencia de salir corriendo de la oficina y no parar hasta que estuviera en el otro extremo del país.

—¡La estáis asustando! —regañó Edgar a su familia. Carol parecía tan indefensa y alarmada que sintió la necesidad de protegerla —Probablemente esté deseando romper el compromiso en este mismo momento.

¿Sería una señal?, se preguntó Carol. Decidió rápidamente que así era.

—Sí —exclamó, y se quitó el anillo. Para su total consternación, todo el mundo se echó a reír.

—¡Y además tiene un gran sentido del humor! Esta chica si que me gusta. Juntos seremos dinamita. Piénsalo Carol... nadie nos detendrá —Mark rió estruendosamente.

—Sí, he tenido mucha suerte. A Carol le encantan las bromas —deslizó el brazo por su cintura y la atrajo hacia él —Eres muy graciosa, cariño. Ahora vuelve a ponerte el anillo.

Era una orden. Carol volvió a sentirse como la fiel empleada y obedeció inmediatamente su orden.

—No queremos asustarte Carol, solo queremos cuidarte —la tranquilizó Angelica — Además... fuimos un poco exagerados con lo del secuestro —rió suavemente.

—Pero aun así, tienes que proteger a tu prometida, Edgar —Neil intervino con el tono autoritario del director de la compañía—Pero comprendo que Carol y tú no quieran que ella se vaya a vivir a nuestra casa. Recuerdo perfectamente cómo me sentía cuando era joven y estaba enamorado... —se le quebró la voz y miró sonriendo a su esposa.

Angelica le devolvió la mirada tiernamente.

—En ese caso, Carol podría irse a vivir a tu casa hermanito —sugirió Mark.

—De esa manera se solucionaría el problema de la seguridad —se mostró de acuerdo Angelica.

Y crearía muchos más. Carol miró a Edgar con expresión suplicante, deseando que él también la mirara. Pero su jefe evitó cualquier contacto visual con ella.

—Quizá tengan razón —le oyó decir— Carol puede venir a vivir conmigo...

## Capítulo 9:

### Deseo

—¿Es que has perdido el juicio?! ¿Te has vuelto loco?! —Le gritó Carol mientras caminaba nerviosa por el despacho de Edgar— ¡Ni siquiera pienses que voy a vivir contigo! No lo haré. ¿Por qué has tenido que decirle a tu familia que lo iba a hacer?

—Porque los conozco —Edgar se sentó tras su escritorio, se inclinó hacia atrás y apoyó los pies en la mesa —Sabía que no saldrían del despacho hasta que no me hubiera comprometido a protegerte de alguna manera. Si no recuerdo mal, se han ido inmediatamente después.

Carol lo recordaba perfectamente.

—Espero que no les haya molestado que hayamos rechazado su invitación a comer.

Había sido Edgar quien había declinado la invitación argumentando que Carol y él tenían un compromiso anterior. Por supuesto, era mentira. Carol se estremeció al pensar en aquella comida familiar. Ya había tenido bastante vida familiar para un día.

—¿Ahora tendremos que fingir que voy a trasladarme a tu apartamento? —Musitó ansiosa— Dios, mi madre tenía razón. Siempre decía que una mentira llevaba a otra y que lo mejor era decir la verdad desde el principio. Cuántas mentiras más tendremos que inventar...

—Les preocupa mucho tu seguridad. Realmente te estiman —Edgar la miró fijamente y tamborileó con los dedos en la mesa— Quién podría haberse imaginado que iban a pensar en eso.

—¡Ojala lo hubieras hecho tú! ¿Por qué has tenido que decir que estábamos preocupados por la seguridad del anillo?

—Yo no estoy preocupado por la seguridad del anillo y nunca he dicho

que lo estuviera —la contradijo indignado —Has sido tú la que ha comentado lo del bate de béisbol. ¡Con eso terminaste de asustarlos!

—Les dije que nunca habíamos tenido que utilizarlo.

—Con eso no basta, Carol. En eso mis padres tienen razón. Como mi prometida te conviertes en un objetivo muy atractivo para los delincuentes.

—Voy a quedarme en mi casa, Edgar —le informó Carol con firmeza—Y no me pasará nada. Ni siquiera soy tu prometida, ¿recuerdas?

—Pero ninguno de esos locos psicópatas que andan por las calles lo sabe. Hicimos un trabajo tan convincente en la entrevista que hasta mi propia familia cree que estamos enamorados —soltó una carcajada cargada de desprecio.

—Esto no tiene ninguna gracia —Carol lo miró con el ceño fruncido— No me gusta engañar a tu familia. Es decir... —suspiró angustiada— Preparamos todo para evitar las llamadas de tus admiradoras y ayudar a la empresa. Y logramos engañar a Laila. Pero tener que mentir a tus padres... —suspiró—Lo que estamos haciendo es deshonesto y...

—¿Acaso no crees en la teoría de que el fin justifica los medios?

Carol pensó en el dinero que había aceptado por representar aquel papel con el fin de que Sean pudiera recuperarse.

—No, claro que la creo. Aunque hubo otra época en la que era más idealista —añadió sombría.

—Yo también. Pero cambié de idea. Ahora soy más... realista —rió cínicamente—Por cierto, aún falta que la creadora de toda esta farsa nos dé su opinión del programa. No nos ha llamado, así que es probable que venga personalmente para decírnosla.

—¡Eso es lo último que me faltaba! —Gimió Carol —Tener que verme cara a cara con Anna para que comente mi actuación..

Carol se detuvo y miró a Edgar que tenía una sonrisa en el rostro.

—Te veo muy contento.

—Tú también deberías alegrarte un poco, Carol. ¿Dónde está tu sentido

del humor?

—No sé si lo he perdido o es que tu sentido del humor está completamente desfasado, porque a mí esto no me hace ninguna gracia...

Se alteró cuando Edgar se levantó y deslizó el brazo por su cintura. Tiró suavemente de ella y volvió a sentarse con Carol en su regazo.

Sus rostros estaban muy cerca. Carol fijó la mirada en la fuerte línea de su barbilla, en sus ojos verdes oscuros y en sus espesas pestañas.

—¿Estabas diciendo...? —su tono era burlón, pero su voz era ronca y profunda y desencadenó en Carol una fuerte corriente de sensualidad. Edgar estiró las piernas y colocó las manos en las caderas de Carol para sentarla más adecuadamente en su regazo.

Carol sintió la dura presión de su sexo contra ella. Todo su cuerpo comenzó a temblar.

—Edgar —musitó.

Podía ser una súplica o una protesta. O quizá una combinación de ambas cosas. Edgar le estaba acariciando el labio inferior con el pulgar y ella se estremecía, dejando que los últimos vestigios de rigidez abandonaran su cuerpo.

Edgar inclinó la cabeza y buscó su boca. Entreabrió los labios de Carol y deslizó entre ellos la lengua para reclamar la suya. Su beso fue ardiente, demandante y ella respondió salvajemente, deseando más. Necesitando mucho más.

Se aferró a él, arqueó la espalda y apoyó la cabeza en el hombro de Edgar, ofreciéndole un mejor acceso a su cuerpo. Edgar aceptó aquella sensual y silenciosa invitación profundizando su beso y posando la mano sobre su seno. Delicadamente, enmarcó su redondeada suavidad.

El dulce placer que atravesó su cuerpo fue tan intenso que rozaba el dolor. Carol quería que se detuviera; y al mismo tiempo que continuara eternamente. Gimió contra su boca mientras la tensión comenzaba a crecer entre sus piernas.

Con un rugido de pasión, Edgar le desabrochó los botones del vestido y

deslizó la mano en su interior. Hundió los dedos en la copa de encaje negro de su sujetador y acarició el tenso y turgente pezón. Carol sentía el efecto de aquella caricia en todo su cuerpo. Se aferró a él y besó febrilmente la bronceada columna de su cuello, deseándolo con una intensidad que nunca antes había experimentado.

Un fuego sensual ardía entre ellos. Cuando Edgar le hizo cambiar de postura y apartó el corpiño del vestido para besar la parte superior de sus senos, Carol le acarició la cabeza, deslizando los dedos por su pelo, animándolo a continuar. Estaba tan entregada a aquel placer que no fue consciente de que Edgar le había desabrochado el sujetador hasta que sintió sus labios sobre el pezón. Un ronco gemido escapó de su garganta y se retorció entre sus brazos, ofreciéndose a él, exigiéndole casi que hicieran el amor.

Sentía un anhelante vacío en su interior que necesitaba saciar. Y Edgar quería saciarlo. Su sexo palpitaba de forma salvaje, su cuerpo irradiaba un calor abrasador. Lamía los senos de Carol mientras deslizaba la mano por su estómago, buscaba sus caderas y descendía hasta sus muslos.

Miró a Carol con expresión ansiosa. Contempló los senos redondeados y firmes de su falsa prometida. Y también sus muslos abiertos para él mientras deslizaba entre ellos su mano. Bajo las medias, Carol llevaba unas bragas de encaje negro, a juego con el sujetador. Edgar gimió excitado. ¿Cómo iba a haberse imaginado que la recatada Carol fuera aficionada a la lencería de encaje? Después de aquel descubrimiento, cada vez que la viera se preguntaría qué llevaba debajo.

Deslizó los dedos por la cintura de las bragas y Carol gimió su nombre y arqueó las caderas, abriéndose para él. Estaba húmeda y caliente y Edgar sonrió al acariciar sus sedosos pliegues, saboreando la prueba de que Carol lo deseaba tanto como él la deseaba a ella.

No, no tendría que preguntarse por su ropa interior. A partir de aquel momento ella misma le permitiría que la viera. Y después tendría el placer de desnudarla. Quería hacerlo en aquel momento. Quería verla desnuda y dispuesta a recibirlo. Quería hundirse profundamente en ella y.... De pronto Edgar ya no era capaz de pensar en absoluto. Solo podía gemir de placer

mientras sentía la pequeña mano de Carol presionando la parte delantera de sus pantalones, adecuándose a la forma de su sexo y explorándolo hasta llevar a Edgar a la locura.

—Te deseo —jadeó Edgar besándola desesperadamente —Por favor, déjame hacer el amor contigo—volvió a besarla de manera intensa —Por favor..

Carol estrechó delicadamente su sexo. La cabeza le daba vueltas. Apenas podía respirar. Las caricias de Edgar la hacían sentirse indefensa y poderosa al mismo tiempo.

—Yo también te deseo... —se oyó susurrar a sí misma.

Edgar no podía recordar la última vez que había sentido un deseo tan abrasador. Buscó los labios de Carol y la besó profunda y posesivamente. Ella respondió con una pasión que activó todavía más las llamas que ardían entre ellos.

La silla de pronto resultaba agobiante. El sofá de cuero situado en un rincón del despacho parecía llamarlo. Edgar se levantó, llevando a Carol en brazos. Ella le rodeó el cuello con los brazos y se aferró con fuerza a él. Edgar la llevó hasta su destino, pero se detuvo antes de dejarla en el sofá. Carol alzó la mirada y lo miró con ojos soñadores y resplandecientes de pasión.

Estaban tan absortos el uno en el otro que no se dieron cuenta de que se abría la puerta del despacho. Tampoco oyeron entrar a Anna, pero sí escucharon su grito al descubrirlos.

Edgar se volvió con Carol en brazos hacia su hermana, que estaba en el marco de la puerta con los ojos abiertos como platos.

—Edgar, déjame en el suelo —dijo Carol totalmente avergonzada

Su voz sonaba ronca y cargada de deseo. Edgar tensó sus manos sobre ella. Ni siquiera ante la sorprendida mirada de su hermana era capaz de soltarla. La sostenía con fuerza contra su pecho y la frustración lo hacía temblar.

Anna hizo una mueca burlona.

—Perdón... —se tapó la cara con ambas manos—Debería haber llamado. Pero jamás podría haberme imaginado que los encontraría a punto de hacer... eso en el despacho!

—¡Cállate, Anna! Y sal inmediatamente de aquí.

—Deberías haber cerrado la puerta —sugirió Anna riendo y sin obedecer—O poner un guardia de seguridad para que niegue la entrada a los intrusos. Tienen suerte de que haya sido yo la que ha entrado.

—Estoy sintiendo muchas cosas en este momento. Y te aseguro que la última es que haya podido tener suerte.

Carol se retorció tan enérgicamente entre sus brazos que estuvo a punto de caerse. Edgar la soltó con desgana y ella corrió a la intimidad del baño que había al lado del despacho.

Edgar se dejó caer en el sofá, apoyó los codos en las rodillas y posó la cabeza entre las manos.

Anna se sentó a su lado.

—Supongo que soy una auténtica cupido —dijo completamente orgullosa de sí misma —Carol y tú son...

—Todo era parte del engaño, hermanita. Carol y yo te hemos oído llegar y nos hemos puesto a actuar. Estábamos probando nuestra credibilidad como pareja. Pensábamos que si podíamos engañarte a ti, podríamos engañar a cualquiera. Y parece que lo hemos conseguido.

Carol, que estaba en el baño abrochándose el vestido a toda velocidad, escuchó su irónica explicación y deseó que fuera verdad. Pero ella no estaba actuando y sabía que tampoco lo hacía Edgar. Aquella explosión de pasión había sido real y, si Anna no hubiera entrado, en aquel momento estarían en el sofá...

Carol se estremeció y bloqueó las imágenes que inundaban su cerebro. Rápidamente, se miró en el espejo e intentó peinarse con los dedos sin ningún éxito. Tenía las pupilas dilatadas y los labios sensualmente hinchados.

Edgar miró hacia la puerta del baño y Anna le palmeó cariñosamente el brazo.

—Conmigo no tienes por qué fingir, Edgar. Me encanta que estés enamorado de Carol. Así resultará todo más sencillo. Además ella me cae tan bien... Será una cuñada increíble.

—¡No seas ridícula! No estoy enamorado.

En ese momento salió Carol. Edgar la miró con deseo. Le bastaba verla para sentirse estimulado sensualmente. El fuego que parecía estar apagándose en sus entrañas volvió a avivarse con fuerza. Y de pronto sintió una furia irracional contra sí mismo y contra Carol por hacerlo desearla. Definitivamente estaba metido en un problema.

—Me voy a almorzar —dijo Carol y se encaminó hacia la puerta.

—Deberías ir con ella, Edgar —le aconsejó Anna.

—¡No! —exclamaron ambos al mismo tiempo.

—Quiero decir... tengo otras cosas que hacer y... solo comeré un sándwich —mintió Carol. Tenía que alejarse de su jefe inmediatamente — Necesito descansar al menos una hora de mis deberes de prometida.

—Tómate dos horas —respondió Edgar con sarcasmo— Necesitamos descansar un poco de nuestra... agobiante compañía.

—¡Pues me tomaré tres! —chilló Carol y salió del despacho mientras las palabras AGOBIANTE COMPAÑÍA martillaban en su cabeza llenándola de furia.

## Capítulo 10:

### Festival

—Debe de ser muy agradable estar comprometida con el jefe —comentó Chelsea la recepcionista, cuando Carol regresó a la oficina aquella tarde.

Edgar le había dicho que se tomara dos horas libres y ella se había tomado tres. Necesitaba alejarse de él para aclarar sus pensamientos. No comprendía lo que le estaba pasando. Había trabajado para Edgar durante dos años sin que se hubieran rozado siquiera. Pero desde que Edgar la había besado, era como si no pudieran estar a solas sin tocarse. Sin besarse. Y sin desear hacer mucho más.

Carol se sentó tras su mesa, sintiendo que todo su cuerpo se agitaba con una incómoda combinación de vergüenza y excitación. No solo había respondido a Edgar, sino que lo había alentado.

¿Qué iba a ocurrir después de aquello?, se preguntó. Por su forma de actuar, Edgar había dejado muy claro que no le importaría disfrutar de sexo con ella mientras fingían estar prometidos. Y ella le había dado razones para pensar que tampoco tenía ninguna aversión al sexo.

Pero Carol no tenía ninguna duda. Había tardado dos años en aprender que Edgar no tenía intención alguna de comprometerse con ninguna mujer y sería una tonta si pensara que ella podía ser una excepción.

No se había sentido más confundida en toda su vida. Pensaba que se conocía suficientemente bien a sí misma como para saber que nunca haría el amor con un hombre a no ser que estuviera enamorada de él. Pero aquella mañana había estado a punto de olvidarse de todos sus valores para hacer el amor con Edgar

Carol gimió en voz alta y escondió la cara entre las manos. Deseaba a Edgar Cabot y él estaba dispuesto a satisfacer su deseo. Y si ella estaba de acuerdo, podrían llegar a tener una aventura.

Pero había un serio obstáculo. Si ella hubiera sido capaz de vivir una superficial aventura, no se habría mantenido virgen hasta los veintitrés años. Pero lo era. Y no porque fuera reacia a la diversión, sino porque buscaba algo más. Quería una relación permanente.

Carol predijo lo que sucedería si cedía a la atracción que sentía hacia Edgar. Corría el riesgo de enamorarse de un hombre que no la amaba. A Edgar no le importaría lo que ella sintiera, esperaría que continuara trabajando para él como si no hubiera ocurrido nada. Tendría que verlo todos los días... Y encargarse de las rosas para su siguiente amiga... No, Carol sabía que no sería capaz de soportarlo.

Y eso significaba que debía poner punto final a su casi-aventura.

—Qué amable de tu parte al honrarnos con tu presencia —la voz de Edgar la hizo saltar en su asiento. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no lo había oído entrar, pero en aquel momento Edgar caminaba hacia su mesa, con expresión contrariada.

Carol se levantó y se colocó detrás de la silla.

—Te dije que me tomaría tres horas libres... después de todo querías descansar de mi agobiante compañía —le recordó.

—Sabías perfectamente que no lo decía en serio. ¿Qué otra cosa se suponía que debía decir después de que dijeras que necesitabas descansar de tus deberes de prometida?

La miró de tal manera que la hizo estremecerse. La tensión sexual volvía a surgir entre ellos. Carol se sonrojó.

—Lo que creo es que sería un terrible error que volviera a repetirse lo que estábamos haciendo cuando Anna nos ha descubierto —dijo con valor.

—Supongo que te has pasado tres horas intentando convencerte de eso.

—Si —admitió Carol.

Edgar frunció el ceño. Carol tenía razón, por supuesto. Después de la breve visita de su hermana, el tiempo que había pasado separado de Carol le había permitido recobrar el equilibrio. El sexo y el trabajo no combinaban.

Pero, de alguna manera, oír a Carol declararse a sí misma fuera de su

alcance había despertado en él las ganas de levantarla en brazos, llevársela al despacho y tumbarla en el sofá hasta arrancar de sus labios aquellos gemidos de placer que encendían su sangre. Aun así, fue capaz de contestar:

—Sí, estoy de acuerdo contigo. Sería estúpido cometer el mismo error.

—Y como estamos representando nuestros papeles en las oficinas de la empresa, nos será más fácil no mezclar la ficción con la realidad.

—Exactamente. Y continuaremos actuando como hasta ahora, excepto cuando estemos en presencia de otros.

Carol asintió.

—Y ahora, será mejor que volvamos al trabajo.

Edgar volvía a ser un hombre de negocios hablando con la secretaria que había estado trabajando para él desde hacía dos años. Edgar regresó a su despacho, pero antes de entrar se detuvo en el marco de la puerta.

—Lo olvidaba. Reserva una mesa para que salgamos mañana a cenar. Anna cree que deberían vernos juntos después de haber anunciado nuestro compromiso y... estoy de acuerdo con ella.

—¿Algún restaurante en particular? —preguntó Carol con tono profesional.

—Me da igual —se encogió de hombros con indiferencia— elige el que quieras —y se metió en el despacho cerrando la puerta tras él.

Edgar le había dicho que eligiera ella. Por supuesto, no esperaba que se lo tomara en serio. Pero Carol decidió que en vez de reservar una mesa en uno de los mejores restaurantes de la ciudad, buscaría otro lugar para que cenaran juntos.

Edgar llegó a la puerta del apartamento de Carol y esta se abrió apareciendo una joven vestida con unas mallas de color verde y una enorme camiseta de algodón.

—Te vi el otro día en televisión. Eres el señor Cooper, el jefe de Carol.

—Querrás decir Cabot —la corrigió Edgar dirigiéndole la más amistosa de sus sonrisas— Edgar Cabot, el prometido de Carol.

—Sí, claro, eso también —Emily soltó una carcajada burlona, pero no lo invitó a pasar.

Edgar se tensó desagradablemente bajo su mirada.

—Voy a salir con Carol a cenar ¿está en casa?

—¿Y vas a ir así vestido? —preguntó Emily con incredulidad.

Edgar bajó la mirada hacia su traje azul oscuro.

—Pues te vas a morir de calor —observó Emily y se encogió de hombros — Carol, acaba de llegar tu caballero andante.

Edgar imaginó que el tono habría sido el mismo si estuviera anunciando que acababa de llegar un verdugo. La observó alejarse, entró en el salón y miró a su alrededor. Los muebles eran escasos. Un viejo sofá, tres sillas, todas ellas diferentes y una mesa. Solo la televisión y el vídeo parecían nuevos.

¿Por qué Carol viviría allí? El salario que le pagaba era suficiente para que viviera en un apartamento para ella sola. A no ser, claro estaba, que le gustara aquel ambiente...

Se le ocurrió entonces pensar en lo poco que realmente conocía a su secretaria y falsa prometida. Hasta aquella noche, ni siquiera sabía que Carol tenía una compañera de piso.

Carol entró en aquel momento en la sala, vestida con unos vaqueros y una camiseta de manga corta. Se había dejado el pelo suelto y esbozó una radiante sonrisa al verlo.

A Edgar le dio un vuelco el corazón. Tardó algunos segundos en ser completamente consciente de las enormes diferencias de su atuendo.

—Ir con traje al Festival de la Luna —Emily sacudió la cabeza— ¡Gran error!

—Creo que ha habido un malentendido —respondió Edgar confundido.

—Dijiste que fuéramos a donde yo quisiera —respondió Carol con un tono amable —Y he decidido que podíamos ir a cenar al Festival de la Luna. Emily vendrá con nosotros. Le he dicho que no te importaría.

—Por supuesto que no —le aseguró Edgar— Aunque todavía no hemos sido debidamente presentados.

Carol hizo rápidamente las presentaciones.

—Ah, y no tienes que esforzarte en fingir que estamos comprometidos. Emily sabe la verdad.

Edgar renunció a seguir fingiendo una sonrisa.

—Carol, estuvimos de acuerdo en que nadie...

—Tu abogado y tu hermana lo saben —replicó Emily bruscamente— ¿No crees que también Carol tenía derecho a que alguien cercano a ella estuviera al tanto de todo?

Edgar lo veía lógico, pero no le gustaba. Y el hecho de que Carol hubiera necesitado contarle a alguien la verdad lo incomodaba. Eso demostraba que no confiaba completamente en él.

—No te preocupes, Emily sabe guardar un secreto. Es tan digna de confianza como Anna y McCrown, te lo aseguro.

—Me gusta pensar que soy más digna de confianza que esos millonarios —murmuró Emily.

—Emily, por favor —le pidió Carol. Se volvió hacia Edgar, todo sonrisas —Emily y yo tenemos ciertos... desacuerdos en cuanto al compromiso. ¿Nos vamos? Este es el segundo festival que se organiza en el barrio y es dos veces más grande que el del año pasado.

—Nunca había oído hablar de él —le confesó Edgar y aunque lo hubiera hecho, jamás se le habría ocurrido ir —Supongo que podremos encontrar algo de comer.

—¡Claro que sí! —Exclamó Carol entusiasmada —Dicen que hay cientos de puestos de comida...

—Déjame imaginar lo que vamos a encontrar: pasteles de merengue, grasientas patatas fritas y hamburguesas con un queso capaz de eliminar cualquier aporte nutricional.

—¡Se me está haciendo agua la boca! —Exclamó Carol como una niña—

¡Vamos!

—Podrías haberme dicho del cambio de planes, Carol —murmuró Edgar mientras se acercaban a la zona en la que se celebraba el festival.

Iban a pie. Edgar había dejado el Porsche aparcado enfrente de casa de Carol, donde despertaba miradas de admiración de todos los vecinos.

—En ningún momento me has preguntado adonde íbamos —respondió Carol con dulzura—Si lo hubieras hecho, habría estado encantada de decírtelo.

—Pero no tan encantada como estás ahora, disfrutando del espectáculo de verme vestido de traje en medio de un festival de comida —Edgar sintió que una sonrisa asomaba a las comisuras de sus labios. Carol había conseguido engañarlo y, a pesar de su irritación, no podía evitar admirarla. Rara vez conseguían sorprenderlo, pero Carol lo había conseguido.

—El festival de la Luna... no de comida —le recordó Carol con una sonrisa— Solo se realiza de noche y cuando es Luna Llena para que pueda iluminar completamente el lugar. Es hermoso, ya verás, ¡te encantará!

—Por supuesto. Aunque uno tiende a olvidarse de la luna en medio de todas esas calorías.

Emily se adelantó para reunirse con un grupo de amigos.

—Hasta luego, Carol. Espero que disfrutes de la cena, Edgar —gritó.

—¿Sabes que odio este tipo de fiestas? —preguntó Edgar con ironía.

—¿Pero cómo puedes odiarlas? Son maravillosas —se dirigieron hacia un puesto en el que anunciaban algo llamado “Pollo Sabroso” que consistía en pollo con salsa de queso, champiñón, cebolla frita, lechuga y tomate.

—Ni siquiera cuando era niño me gustaba comer en los parques de atracciones —dijo Edgar mientras la observaba dar un mordisco a aquella creación. La salsa se resbalaba por sus dedos. Tomó una servilleta de papel que agarró de entre un puñado del puesto y procedió a limpiárselos —Me acuerdo que mi padre solía comprarnos ese tipo de cosas y a mí se me ponían los pelos de punta nada más ver un perro caliente. Todavía me ocurre.

—¡Que infancia más terrible! Pobre Edgar, no lo sabía —respondió Carol

entre risas.

—¿Ah no? —posó la mano en la cintura de los vaqueros de Carol y la apartó ligeramente para impedir que chocara con un niño que movía un enorme algodón de azúcar como si fuera una espada.

Pero no apartó la mano cuando el niño pasó. Al contrario, la acercó aun más a él. Y la acercó tanto que Carol podía sentir su calor. Sus hombros rozaban la fuerte musculatura de su pecho. Y podía apreciar el olor de su loción. Todos sus sentidos parecieron despertar.

Edgar rozó su espalda con el pulgar. Carol se quedó clavada donde estaba. El roce de su pulgar contra su piel desnuda era increíblemente seductor. Intentó recordar las razones por las que debería guardar las distancias con Edgar, pero su cuerpo tenía sus propias prioridades.

Carol se permitió a sí misma inclinarse contra él. Podía sentir los labios de Edgar contra su sien, su respiración acariciando su pelo... Si en aquel momento volviera la cabeza, sus labios se encontrarían en un beso. Y era un beso lo que ella deseaba. Quería besarlo. Quería recordar lo excitante que era que su boca cubriera sus labios, dando y recibiendo un placer tan intenso que le bastaba pensar en él para temblar de deseo. Edgar estaba tan cerca de ella que percibió su estremecimiento.

—¿Tienes frío? —le susurró al oído. A Carol le pareció tan ridícula la pregunta que soltó una carcajada.

—No —susurró—No tengo frío.

—¿Y calor? —musitó.

El gemido sensual que recibió como respuesta hizo que el corazón le diera un vuelco en el pecho. No, Carol no tenía frío. Tenía tanto calor como él. Pero aquel calor interno no tenía nada que ver con la temperatura. Edgar deseaba desesperadamente alejarse de aquella multitud para poder estar a solas con ella. Quería estar cerca de ella, tocarla...

—Carol... —dijo con voz ronca.

Pero no tuvo oportunidad de terminar lo que estaba diciendo. Porque en ese momento caminaba hacia ellos Kate, una amiga de la familia Cabot.

—¿Edgar? —La expresión de Kate reflejó al mismo tiempo diversión e incredulidad—¿De verdad eres tú?

—Sí, soy yo —contestó Edgar secamente.

—No, tienes que ser un impostor —bromeó Kate—Nadie que conozca a Edgar Cabot esperaría verlo en un lugar como este.

—Pensaba que estabas en Alaska. Es una sorpresa verte por aquí.

—Eso tenía que decirlo yo —sonrió radiante —Este es el último lugar en el que esperaba encontrarte, Edgar. Rodeado de salchichas. Por no mencionar la ofensiva presencia de patatas fritas y helados —se volvió hacia Carol sonriendo —¿Has sido capaz de convencerlo para que viniera? Ahora sí que estoy segura de que está locamente enamorado.

—Bueno, mi influencia tiene un límite —bromeó Carol—Digamos que he conseguido traer su cuerpo, pero... no su espíritu.

—Ya me he enterado de su compromiso, pero no he tenido oportunidad de felicitarlos —exclamó Kate— ¡Edgar! quiero que me presentes inmediatamente a tu prometida!

Edgar hizo rápidamente las presentaciones.

—Carol esta Kate una amiga de la familia. Kate, esta es Carol mi prometida.

—Anna me contó que trabajabas para Edgar. ¿Cuándo empezaste a salir con él? ¿Y cómo conseguiste mantenerlo en secreto? —Kate le dirigía las preguntas a Carol. Conociendo a Edgar, sabía que él no iba a proporcionarle ningún detalle interesante.

Carol intentó recordar lo que le había contado a Laila, pero no era capaz.

—¿Cuándo empezamos a salir, cariño? —se volvió hacia él con los ojos resplandecientes—No soy capaz de recordarlo. Tengo la sensación de que llevamos toda la vida juntos —añadió con un dulce susurro.

—Carol y yo hemos llegado a la conclusión de que lo nuestro fue amor a primera vista. En cuanto a lo de mantener nuestra relación en secreto, ha sido fácil. Hemos sido discretos, muy, muy discretos. Ahora quiero que hables tú. Lo último que supe de ti es que estabas en Alaska. ¿Cuándo has vuelto?

—Ayer —respondió Kate sonriendo—Garrett y yo vinimos a hablar con mis padres porque... ¡Garrett me pidió matrimonio! Así que como puedes ver... no eres el único camino al altar —dijo radiante.

—Felicidades... creo —musitó Edgar irónico—supongo que es lógico. Lleváis bastante tiempo juntos. El siguiente paso era la condena del matrimonio.

Kate lo miró con extrañeza.

—Me parece terrible que un hombre que acaba de comprometerse tenga esa actitud, Edgar —miró a Carol con compasión—Y para ti debe de ser muy difícil escucharlo decir esas cosas.

Edgar y Carol se miraron el uno al otro sin saber muy bien qué decir.

—Es difícil cambiar las viejas costumbres. Antes pensaba así, pero es evidente que he cambiado de opinión —dijo Edgar tratando de sonar convincente.

—A veces Edgar se opone al matrimonio por pura costumbre —continuó Carol —No sé cómo olvida que su padre lleva felizmente casado con Angelica casi un cuarto de siglo, o de que mis padres también estuvieron felizmente casados durante mucho tiempo.

Kate arqueó las cejas.

—Te sugiero que cambies esos pensamientos negativos antes de que puedan llegar a hacerte daño de verdad.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Carol.

—Bueno, creo que ya estoy harto de estar aquí —intervino Edgar con la más encantadora de sus sonrisas—¿Alguien quiere marcharse?

—Lo siento, pero yo he quedado con unos amigos para ir al cine después de cenar —Kate miró a su amigo y sonrió—. Desde luego, Edgar, un traje oscuro es lo último que deberías...

—Lo sé, lo sé, ya me lo han dicho. Pero me temo que había alguien que quería darme una lección, ¿verdad, Carol?

Carol alzó la mirada. Edgar la estaba mirando intensamente. La joven

bajó los ojos para contemplar el perfil perfectamente dibujado de su boca. El recuerdo de sus besos le dejó la mente completamente en blanco.

—Bueno, ya me has demostrado lo que querías, Carol —continuó Edgar. Carol tenía la mirada oscurecida y los labios ligeramente entreabiertos, como si estuviera esperando un beso.

Edgar tomó aire.

—La próxima vez que salgamos a cenar, haré yo mismo las reservas. No volveré a ordenarle a mi secretaria que las haga.

—Creo que me he perdido algo, pero a mí me parece un buen plan — exclamó Kate alegremente—Creo que será mejor que vaya a buscar a mis amigos y a comerme un pastel de queso.

—Preferiría morir a comerme uno de esos pasteles —la contradijo Edgar.

Carol necesitaba a Emily. Ella era su vínculo con la realidad y ya estaba aturdida con la cercanía de Edgar.

—Mi compañera de apartamento está por aquí. Pero no la veo —dijo Carol mirando a la multitud.

—Quizá esté en el puesto de las manzanas de caramelo. Creo que están deliciosas. De hecho, me parece que voy a ir allí en vez de por el pastel de queso —Kate le dio la mano a Carol —Me alegro de que nos hayamos conocido. Creo que eres la persona ideal para mi amigo. Felicidades otra vez, Edgar. Volveré a Alaska en unos cuantos días, pero estaré en casa para la fiesta de compromiso. No me la perdería por nada del mundo.

Se perdió entre la multitud, dejando a Carol y a Edgar mirándose el uno al otro. Por un momento, ninguno de los dos fue capaz de decir una sola palabra. Hasta que los dos preguntaron al mismo tiempo.

—¿Fiesta de compromiso?

## Capítulo 11:

### Fiesta

—Esto es como intentar cancelar una cena de Navidad —se quejó Edgar mientras caminaba nervioso por el despacho —Nunca había visto a Anna y a mi madre tan decididas. La fiesta será el viernes por la noche.

—En ese caso, supongo que tendremos que ir.

Carol estaba sentada en el escritorio de Edgar, y la joven agradecía que este hubiera dejado la silla vacía. Sus zapatos nuevos, de tacón alto, no la animaban a permanecer de pie durante mucho tiempo. Carol volvió a preguntarse por qué había permitido que Anna la convenciera de que se los comprara, y por qué había renunciado a sus cómodos zapatos en favor de aquel calzado.

Habían pasado dos semanas desde que habían anunciado su falso compromiso. Al principio, Carol no era consciente de que la posición de prometida de Edgar Cabot implicaría un cambio de imagen. Pero, según Anna, era inevitable.

—Carol, necesitas ponerte algo... ¿Cómo podría decirlo sin herir tus sentimientos? De acuerdo, seré franca: algo menos aburrido —le había comentado Anna el quinto día de su compromiso.

—Mi ropa no tiene nada de malo —había contestado ella a la defensiva.

—Carol, tu ropa no tendría nada de malo si tuvieras cincuenta años —había replicado Anna sonriendo—No, perdón, estoy siendo injusta con las mujeres que andan por los cincuenta y no se pondrían esa ropa ni muertas. Tu ropa sería perfecta si tuvieras sesenta y cinco años y fueras monja.

Carol soltó una carcajada. Siempre le divertía lo exagerada que era Anna.

—De acuerdo, acepto que mi ropa de trabajo es un poco aburrida, pero creo que es apropiada para venir a la oficina. Pregúntale a Edgar lo que opina

de las secretarias que vienen a trabajar con minifaldas y tops.

—Yo creo que a Edgar le encantaría verte con una minifalda. ¿A qué hombre le gustaría que su prometida se viera como si tuviera sesenta y cinco años?

—Yo no soy su prometida. Nuestro compromiso es falso, ¿recuerdas?

—Sin embargo —había aportado Edgar sorprendiéndola—Anna tiene razón. Solo hay cinco personas que saben que nuestro compromiso es una farsa, de modo que deberías vestirme como si fueras mi prometida. Y mi prometida llevaría ropa mas... —se interrumpió de pronto.

—¡Más sexy! —Había exclamado Anna dando pequeños brincos—¿Y quién puede culpar a Edgar por querer que saques lo mejor de ti misma, Carol? Tienes una cara preciosa y un cuerpo magnífico. Vamos Carol. ¡Vamos de compras!

—Claro que no. No necesito más ropa, tengo un armario lleno.

—Pues creo que ha llegado la hora de revisar tu armario, Carol —Edgar había sacado una tarjeta de crédito de la cartera y se la había tendido a su hermana —Anna, llévatela de compras.

Sentada aquella tarde en la silla de Edgar y observando su irritación por la fiesta de compromiso, Carol miró su nuevo traje verde de dos piezas, uno de los tres modelos más caros y elegantes que había tenido en su vida. Los tres eran de un estilo similar, con las chaquetas ligeramente ajustadas y la falda corta, el tipo de trajes que aparecían en los catálogos presentados por modelos que no habían ido a una oficina en su vida.

Aunque Anna había insistido en que se los comprara, Carol sabía que no eran los más adecuados para una mujer que trabajaba para Edgar Cabot Sin embargo, Edgar había sido todo cumplido y entusiasmo y la había animado a comprarse más. Carol había declinado rápidamente la oferta.

—A ti no parece importarte mucho lo de esa fiesta.

—Probablemente porque todavía faltan tres días para que se celebre y no me parece real —confesó Carol—No puedo imaginarme a mí misma en una fiesta en la mansión Cabot. Es como si me invitaran a cenar en la Casa

Blanca o algo parecido.

—La mansión Cabot. Jamás se me habría ocurrido llamarla así.

—Todos los que no son Cabot lo hacen —le aseguró Carol sonriendo—  
Llevo años oyendo hablar de ese lugar. Parte de mí, está deseando conocerla  
—admitió.

—Podrías haberla visto si hubieras querido. La semana pasada te invité  
en dos ocasiones a conocerla y te negaste —Edgar frunció el ceño, todavía  
disgustado por su rechazo. Carol había dicho con firmeza que durante los  
fines de semana no pensaba representar el papel de prometida y no había  
conseguido convencerla de lo contrario.

—Los fines de semana no estoy libre, Edgar —le había contestado cada  
vez que le extendía una de sus invitaciones.

—¿Por qué no? —la había presionado él.

—No puedo decírtelo.

Edgar la miraba frustrado. ¿Qué clase de deberes podía tener Carol los  
fines de semana? Por supuesto, no se molestó en preguntarse a sí mismo por  
qué tenía tanto interés en pasar los sábados y los domingos con su falsa  
prometida, o por qué quería que confiara en él.

Su irritación y su frustración aumentaban cuando imaginaba lo que Carol  
hacía durante los fines de semana. ¿Estaría viendo a otro hombre? ¿Un  
hombre que no tendría que pagarle para que pasara el tiempo en su  
compañía?

La idea le resultaba tan desagradable que bloqueaba inmediatamente  
aquel tipo de pensamientos.

Hundió las manos en los bolsillos y fijó la mirada en Carol, que estaba  
cómodamente sentada en la silla. Aquel día llevaba un traje verde oscuro que  
marcaba sus curvas de una forma deliciosa. La chaqueta ajustada le permitía  
imaginar el perfil de sus senos, firmes y redondos. Y recordar cómo había  
podido saborearlos durante aquellos minutos de éxtasis que habían  
compartido en su despacho.

Aquel recuerdo incendió su sangre. Sintió que la frente se le empapaba de

sudor y comenzó a caminar otra vez.

Carol, por su parte, parecía fría y tranquila, pensó resentido. Era evidente que no se moría de ganas de acariciarlo, o de ser acariciada por él. De hecho, desde la noche que lo había llevado al festival de la luna, no habían vuelto a tocarse. Carol se había mantenido en todo momento fuera de su alcance. Cada vez que intentaba tocarla, retrocedía. Sus movimientos eran lentos, sutiles, pero conseguía mantener cuidadosamente las distancias. El hecho de que pasaran numerosas tardes juntos empeoraba la situación, porque cuanto más estaba con ella, más ganas tenía de tocarla.

Las cenas y los almuerzos que compartían eran estrictamente platónicos. Hablaban como buenos amigos, pero no había nada ni remotamente parecido al amor entre ellos.

Lo cual era lógico, y conveniente, puesto que no eran amantes y tampoco iban a serlo. Edgar intentaba recordárselo varias veces al día. Y también se decía a sí mismo que se alegraba de que Carol fuera tan sensata. Nada podría haber sido peor que una falsa prometida que hubiera querido borrar las líneas que separaban la realidad de la fantasía.

—Voy a al gimnasio —anunció Edgar de pronto, giró sobre los talones y salió como si estuviera siendo perseguido por el mismísimo diablo.

Carol se quedó mirando la puerta pensativa. Se levantó lentamente y volvió a su propia oficina. Por mucho que Edgar odiara la idea de una fiesta de compromiso, ella disfrutaba de las conversaciones que mantenían diariamente para comentar el acontecimiento.

Le gustaba estar con Edgar admitió Carol en silencio. Le gustaba mucho. Tanto que no confiaba en sí misma lo suficiente como para atreverse a acercarse mucho a él. Dedicaba demasiado tiempo a revivir las veces que la había acariciado.

Pensó en sus últimas citas. Para Edgar, debían formar solamente parte de su acuerdo, pero para ella, estar compartiendo con él una cena a la luz de las velas, disfrutando de una comida deliciosa y un vino excelente, era peligrosamente tentador.

Tenía que ser fuerte. Tenía que ignorar las chispas de deseo que se

encendían cada vez que Edgar estaba cerca de ella. Tenía que recordar que la química y la confianza entre ellos eran tan momentáneas como un sueño.

Edgar estaba compartiendo aquellos momentos con ella para dar credibilidad a la ilusión de su compromiso. Y ella había asumido aquel compromiso por el bien de Sean. Aquella era la fría realidad y no debía olvidarla. Por mucho que deseara hacerlo.

La mansión Cabot resplandecía mientras una continua corriente de invitados llegaba hasta ella para celebrar el compromiso de Edgar Cabot y Carol Walter y había una orquesta tocando en la enorme habitación en la que tendría lugar el baile.

Edgar mantenía el brazo alrededor de la cintura de Carol mientras caminaba con ella entre los invitados, presentándole a personas de las que Carol había oído hablar, pero a las que nunca había llegado a conocer. Y Carol, una vez más, se había convertido en una actriz representando el papel de prometida de Edgar.

Cada vez era más fácil representar aquel papel. Sobre todo delante de un público con el que comenzaba a familiarizarse. Saludó a los anfitriones de la fiesta, Neil y Angelica, con una naturalidad propia de la verdadera prometida de Edgar.

Para Edgar, la fiesta era una repetición de los incontables acontecimientos sociales a los que había asistido durante años. Pero en medio de las presentaciones y las conversaciones, estaban también los sentimientos que experimentaba hacia Carol.

—Odio las fiestas. No soporto tantas conversaciones sin sentido —frunció el ceño— Preferiría tener que cenar algodón de azúcar y patatas fritas grasientas a tener que estar aquí —anunció, mientras rechazaba una tarta de espárragos que le ofreció uno de los camareros que circulaban bandeja en mano por la sala. Pero sí aceptó una copa de champán.

Carol lo observó beberla a pequeños tragos y dejarla después sobre una bandeja. No era la primera copa que Edgar bebía aquella noche. No estaba segura de si era la tercera o la cuarta, pero decidió que, sí prefería estar en el

Festival de la luna que allí, el alcohol lo estaba afectando definitivamente.

—Por lo menos en el festival habían artistas esculpiendo con una motosierra, magos, malabaristas —Edgar le dirigió una sonrisa burlona— Encuétrame aquí algo parecido.

—Bueno, para ti todo esto puede ser normal, pero yo me siento como si estuviera en una película.

Para Carol, aquella no era la vida que ella conocía. Antes de que llegaran los invitados, Edgar la había llevado a recorrer aquella impresionante mansión, en la que había al menos una docena de dormitorios. El apartamento que compartía con Emily debía ser más pequeño que el cuarto de baño del dormitorio principal.

Una vez más, Carol se dijo que aquel falso compromiso era ridículo. Edgar y ella pertenecían a clases sociales diferentes. Pertenecían a dos mundos completamente distintos. ¿Cómo alguien podría creer que se habían comprometido de verdad?

Carol tomó la copa de champan que Edgar le ofrecía. Era la segunda.

—Creo que se me va a romper la cara de tanto sonreír —gruñó Edgar mientras se alejaban de otro grupo de invitados—Y si alguien vuelve a compararnos con el cuento de Cenicienta, no me hago responsable de mis actos.

—Todo el mundo está siendo muy amable. Pero si hay que comparar esta situación con algún cuento de hadas, yo creo que se parecería más a Alicia en el País de las Maravillas. Aunque, pensándolo bien, también nuestra historia tiene algo de Cenicienta. Tu tarjeta de crédito ha sido como la varita mágica que ha sido capaz de conjurar este vestido.

Bajó la mirada hacia el vestido corto de color rubí que llevaba. Edgar había insistido en comprarle un vestido para la fiesta de compromiso a Carol.

—Estás espectacular con ese vestido —dijo con voz ronca, recorriéndola con la mirada como lo había estado haciendo durante toda la noche.

El plan de Anna había sido centrar la atención en el anillo de rubí, realzando su color con el del vestido. Pero a Edgar el color rubí no le

importaba en lo más mínimo. Su mente estaba demasiado llena de Carol. De pensamientos lujuriosos sobre Carol.

—Allí está Jared y Mark —dijo Carol, agarrándolo del brazo. Se alegraba de ver rostros familiares —¿Están allí, los ves?

Edgar sintió una intensa oleada de calor. Aquella era la primera vez que Carol lo tocaba desde hacía semanas y sentir sus dedos sobre la piel le hacía recordar el momento en el que Carol los había posado sobre una parte mucho más íntima de su cuerpo. El deseo se deslizaba peligrosamente en su vientre. En aquel momento, no le apetecía acercarse a hablar con su hermano y cuñado. Lo único que le apetecía era mantener una conversación privada con ella...

Pero Carol ya había hecho contacto visual con Mark y él estaba sonriendo y acercándose a ellos acompañado de Jared quien también sonreía.

—¡Carol! —Exclamó Mark amablemente —Estás tan guapa que...

—Por favor, ninguna referencia a Cenicienta —le advirtió Edgar—Ya hemos tenido suficientes esta noche.

—Jamás se me ocurriría —le prometió Mark riendo—Creo que tu historia se parece más a La Bella y la Bestia.

—Te ves muy bien Carol —dijo Jared educadamente— No habíamos tenido oportunidad de acercarnos a vosotros. ¡Los invitados los retenían! Son las estrellas de la noche.

—Ni me lo digas —musitó Edgar— ¿dónde están las chicas?

—Viendo que todo salga como debe ser. ¡Se han vuelto locas! —exclamó Mark riendo.

Después de intercambiar algunos comentarios con los chicos Carol y Edgar se alejaron lentamente.

—Esta noche no está siendo tan terrible como me imaginaba. Recuerdo una cita terrible, en la que el hombre con el que salí no fue capaz de decir nada en toda la noche —Carol rió divertida—Me saludó cuando vino a buscarme y no volvió a decir una sola palabra durante el resto de la noche. Yo tuve que hablar por los dos y ya sabes que no soy una gran conversadora.

—¿Ah no? Pues conmigo no has tenido nunca ningún problema para hablar.

—Es diferente —Carol se terminó la copa de champan—Tú eres mi jefe. Y esto no es realmente una cita. Así que, bueno, no me siento presionada.

—¿Los tipos con los que te citas, suelen presionarte sexualmente? —aquella idea lo indignó.

—¡No! —las mejillas de Carol se pusieron del mismo color que el vestido —No pretendía insinuar eso. Me refería a una presión social, ya sabes, para mantener la conversación...

—Edgar, ¿cuándo piensas presentarme a la que va a ser tu... esposa? —la inconfundible voz de Jane sonó tras ellos.

—¡Oh no! —Edgar bajó la voz volviéndose junto a Carol hacia Jane con una falsa sonrisa en el rostro.

—Ya conoces a Carol, Jane —dijo Edgar entre dientes—La has visto muchas veces cuando has ido a la oficina.

—Esa chica que trabajaba en la oficina era como un ratón de biblioteca —dijo Jane recorriendo a Carol con la mirada de los pies a la cabeza —Ni siquiera me acuerdo del aspecto que tenía.

Jane continuó recorriendo a Carol con la mirada.

—Hola, Jane —la saludó Carol, manteniendo la sonrisa a una de las tantas ex conquistas de Edgar Cabot—Soy Carol Walter.

Jane inclinó la cabeza hacia atrás y preguntó bruscamente.

—¿Estás embarazada?

—¡Por Dios Jane! —gruñó Edgar.

—No, claro que no —respondió Carol rápidamente manteniendo la calma.

—¡Ja! Todo el mundo lo ha pensado, pero yo soy la única que se atreve a preguntarlo. ¿Por qué se casaría Edgar con su secretaria? No pretendo ser maliciosa, solo quiero saber cuándo va a nacer el bebé.

—No voy a tener ningún bebé. Ni siquiera nos hemos acostado — respondió Carol avergonzada mientras se sonrojaba. Esa mujer la estaba sacando de quicio.

—¿Así que es esa tu estrategia? ¿Hacerte la difícil? Veo que eres mucho más inteligente de lo que pensaba, Carol.

—Jane, ¿puedes cerrar la boca de una buena vez? —le ordenó Edgar con firmeza.

—Así que has mordido el anzuelo, ¿eh? Oh, Edgar... ¿Cómo no te das cuenta de que soy mucho mejor que ella? —Añadió a regañadientes y miró con furia a Carol —Has conseguido integrarte en la familia, ¿verdad, Carol? Incluso llevas el anillo de Angelica sin haber cruzado siquiera la puerta del dormitorio. Y estoy segura de que no la cruzarás hasta que no lleves un anillo de matrimonio en el dedo...

—¡Suficiente! —Dijo Edgar muy tenso—Quiero que le pidas disculpas inmediatamente a Carol porque te juro... que olvidaré que eres una mujer y te sacaré a patadas.

—¿Disculpas por qué?! —Jane elevó la voz—Creo que estoy siendo muy amable con ella. Y desde luego, ella es mucho más astuta que tú, Edgar.

En ese momento, Meredith comenzó a caminar hacia ellos y les guiñó un ojo por encima del hombro de Jane. Había advertido la tensión que había entre ellos y se había acercado furiosa para llevarse a Jane.

—Acompáñame sin siquiera pronunciar una palabra Jane —Meredith llegó con una mirada amenazante y tomó a Jane fuertemente del brazo— te vas de aquí ahora mismo... no eres bienvenida en esta casa ¿me has oído bien? —Se volvió hacia Edgar y Carol—¿Por qué no dais una vuelta por la fiesta mientras yo me encargo de... esto?

—Gracias —agradeció Carol a Meredith solo moviendo los labios sin que saliera sonido de su boca.

—Lo siento. No deberías haber escuchado todo eso... —musitó Edgar mientras se alejaban.

—No te preocupes Edgar. En serio. Solo es una mujer despechada.

Además... —sonrió burlona— ya me parecía raro que de todas tus conquistas... ninguna me enfrentara.

—Aun así... Lo siento.

—No hay problema. Era solo una mujer celosa.

—¿Y tú? —preguntó Edgar bruscamente.

—¿Yo que?

—¿No eres una mujer celosa? ¿No te importaría que otra mujer se me insinuara?

Carol pestañeó sorprendida. Aquella conversación estaba tomando un rumbo muy extraño.

—No tendría por qué importarme —le recordó— Pero supongo que si eso ocurriera esta noche, a los invitados les resultaría de lo más extraño, puesto que esta es nuestra fiesta de compromiso.

Su intento de mejorar el repentinamente sombrío humor de Edgar fue inútil. Edgar frunció el ceño y desvió la mirada. Carol no sabía qué decir.

—¡Vosotros! —Anna se reunió con ellos—Acabo de ver que se han librado de Jane gracias a nuestra Meredith ¿Ha sido desagradable contigo Carol?

—En realidad ha sido muy amable —intentó sonreír—Jane dice que soy mucho más astuta que Edgar.

Anna soltó una carcajada.

—¡Deberías sentirte orgullosa! —Pero Anna advirtió que Edgar continuaba muy serio—¿Qué te pasa, Edgar? Deberías estar encantado de que tu engaño esté funcionando tan bien. Pero parece estar de un humor de perros.

—Odio la música que está tocando la orquesta —la interrumpió Edgar— He oído ladridos de perros que sonaban mejor ¿Quién la ha contratado? ¿Eres consciente de que han tocado esta canción tres veces en menos de una hora? ¡Es una tortura!

Anna elevó las manos al cielo en un exagerado gesto de paciencia.

—De acuerdo, de acuerdo, hermanito, esta noche tus deseos son órdenes. Ahora mismo voy a ir a hablar con la orquesta.

Cuando Anna se fue, Edgar y Carol continuaron lado a lado en completo silencio. Carol lo miró de reojo. Edgar permanecía con la mirada perdida en el espacio, con expresión distante e inescrutable. Carol estaba segura de que su actitud no solamente se debía a la orquesta. Se mordió el labio mientras trataba de encontrar algo que decir.

—Pareciera que estas en una de esas citas incómodas de las que me estabas hablando antes —dijo de pronto Edgar en tono burlón— ¿Es la presión social la que te mantiene callada? ¿Te parece que no soy capaz de mantener una conversación fluida?

—Digamos que es una conversación que me está costando seguir. Creo que estas enfadado conmigo, pero no sé por qué.

No tuvo oportunidad de responder. Porque una voz sonó de pronto desde el micrófono.

—Acaban de decirme que el novio ha hecho una petición especial. Así que, para los novios. Carol y Edgar.

La orquesta comenzó a tocar una melodía lenta y armoniosa. En medio de bromas y palabras de aliento, Carol y Edgar fueron instados a salir a la pista de baile.

—Voy a matar a Anna por hacerme esto —musitó Edgar furioso.

—Podría ser peor —le recordó Carol— Imagínate que hubieran vuelto a tocar la canción que tanto repetían.

Edgar hizo un sonido que estaba a medio camino entre la risa y el gruñido. Condujo a Carol hasta el centro de la pista y la estrechó en sus brazos.

## Capítulo 12:

### Rendición

Anna Cabot permanecía en la terraza, observando bailar a la pareja a través de las ventanas mientras arrancaba de la furia de su hermano. A su lado estaba Jason McCrown el abogado de la familia quien también estaba al tanto de la farsa.

—Hacen una pareja encantadora, ¿verdad McCrown? Nunca había visto a Edgar mirando a una mujer de esa forma. ¡Está enamorado! Y yo estoy encantada.

—Desgraciadamente, tu hermano es un burro.

—Eso no es justo, McCrown —lo regañó Anna— Edgar es extremadamente brillante y...

—No me malinterpretes. Es un genio para los negocios, pero en lo relativo a mujeres, no es capaz de diferenciar entre la escoria y el oro. Sé que tienes muchas esperanzas puestas en esta pareja, pero tendrás que prepararte para sufrir una decepción Anna, porque no creo que eso vaya suceder. Al menos mientras esos contratos sigan existiendo.

Anna suspiró.

—Por lo que me has dicho, tengo que reconocer que el contrato que Edgar te hizo redactar quizá sea... uhm... insultante...

—No, quizá no. Es profundamente insultante. Si lo hubieras leído... Es todo un ejemplo de desconfianza y cinismo y, si yo hubiera sido Carol, jamás lo habría firmado. Pero, por supuesto, ella no tuvo otra opción porque se está haciendo cargo del cuidado de su pobre hermano...

—Me comentaste que habías ido a ese centro de rehabilitación a comprobar cómo estaba la situación —le recordó Anna— ¿No querías comprobar si su historia era cierta? Y eres tú el que acusa a Edgar de cínico y

desconfiado...

—Como abogado, tengo que hacer mi trabajo —se defendió McCrown— Y comprobé que todo lo que dijo Carol es cierto. Su hermano pequeño se rompió prácticamente todos los huesos en ese accidente de coche. Depende únicamente de Carol, que está removiendo cielo y tierra para proporcionarle los mejores cuidados. El personal del hospital no pudo haber hablado mejor de la entrega de Carol hacia su hermano.

—¡Pobres! Han tenido que sufrir tanto —musitó Anna— Carol es una mujer fuerte y encantadora. La mujer perfecta para mi hermano.

—Es un auténtico ángel, pero Edgar la trata como si fuera una mísera combinación de la arpía que dejó a Mark y Kimberly. Quizá con el tiempo se dé cuenta de lo que vale. Quizá incluso admita que la ama, pero ya será demasiado tarde. Además de todas las cualidades que has mencionado, Carol también es muy orgullosa y no permitirá que nadie la lastime.

—¿Pero qué ocurriría si ella estuviera enamorada de él?

—A veces el amor no es suficiente, Anna. Estoy de acuerdo en que Carol podría ser lo mejor que le ha pasado a Edgar, pero él se está comportando como un paranoico receloso y no creo que ella pueda...

—Tienes una muy pobre opinión de Edgar —Anna frunció el ceño— Pero yo pienso que a pesar del daño que le hizo Kimberly, Edgar tiene mucho amor que dar y...

—Estás leyendo demasiadas novelas románticas, Anna. Edgar es un hombre amargado y es muy poco probable que sea sanado por el verdadero amor.

—No pienso oír otra palabra negativa sobre mi hermano, McCrown — Anna se cruzó de brazos y miró hacia Edgar y Carol.

Continuaban bailando muy, muy pegados, y Anna observó con deleite que Carol rodeaba el cuello de Edgar con los brazos, proporcionando a sus cuerpos incluso más intimidad.

—Creo que este compromiso va a ser real antes de que te des cuenta y Edgar te pedirá que rompas ese contrato. Estoy segura —añadió Anna con

una gran determinación.

—Nada me gustaría más, pero...

—Nada de peros. Los dos... Oh —Anna se escondió rápidamente— Creo que Edgar me ha visto.

—¿Y que tiene de malo?

—Lo malo es que tenía la mirada “quiero-matar-a-Anna”—rió nerviosa.

En el interior del salón, Edgar estaba olvidando el enfado con Anna por hacerlo bailar. Además, otras parejas se habían sumado al baile, entre ellos Mark y Meredith, y sus padres. Estaba recuperando la calma cuando vió el rostro de Anna en la ventana. Así que se estaba escondiendo...

—Edgar, ¿qué te ocurre? —le preguntó Carol con voz ronca al ver que Edgar mascullaba algo en voz baja.

Continuaba rodeándole el cuello con los brazos. Los había puesto allí a petición del propio Edgar que, en cuanto había empezado a bailar con Carol, había olvidado su malhumor. Estaba cansado de luchar, cansado de desearla y no tenerla. Y estar tan cerca de ella había resultado tranquilizante y excitante al mismo tiempo. Estimulante y relajante... Pero de pronto había visto a su hermana en la ventana. Observándolo mientras bailaba con Carol.

—Edgar ¿estás bien? —Carol se separó ligeramente de él y lo miró.

—Creo que vi un diablillo en la ventana —Edgar se pasó la mano por el pelo y sacudió la cabeza— Anna se está escondiendo de mi —rió por lo bajo.

—No la culpo —sonrió Carol— cuando te enfadas... eres de temer.

—¡No lo soy! —dijo con fingido enfado mientras sonreía y volvió a mirar a la ventana para ver si su hermana continuaba allí, pero, por supuesto, ya no la vio.

Sorpresivamente una oleada de orgullo lo invadió. Segundos antes, había visto a su pequeña hermana con unos ojos llenos de esperanza mientras lo veía bailar con Carol. Por otro lado su madre Angelica siempre había tenido fe en él, aun cuando él pensaba que no la merecía. Y su padre y su hermano siempre lo apoyaron, incluso en los momentos más difíciles. Edgar pensó en toda su familia llenándose de una profunda alegría y orgullo...

Carol apartó las manos de su cuello, se cruzó de brazos y observó atentamente a Edgar tratando de descifrar los pensamientos de su falso prometido.

—¿Qué ocurre?

—Nada —sacudió la cabeza abrumado por sus pensamientos y esbozó una sonrisa—No puedo seguir aquí, Carol. Necesito un poco de tranquilidad. Hay demasiada gente, demasiado ruido. Vámonos —la agarró de la mano y salió con ella del salón.

Carol pensó al principio que se dirigían hacia la terraza. El frío de la noche seguramente lo ayudaría a despejar la cabeza. Sin embargo, Edgar la condujo hacia una enorme escalera.

Mientras subían agarrados de la mano Edgar miró a Carol fijamente y sonrió de una forma dulce.

—Amo a mi familia Carol... ellos... siempre han tenido fe en mi... pero...

Carol vio el dolor que reflejaban sus ojos y su corazón se estremeció por él.

—¿Pero qué Edgar? ¿Qué es lo que te atormenta?

—No lo merezco —suspiró— no les dedico mucho tiempo, prefiero estar en la compañía. No sé...

—Edgar, claro que lo mereces —sonrió— no hace falta ser un genio para saber que adoras a tu familia, que los respetas y que harías lo que fuera por ellos. Incluso tus ojos brillan de una forma especial cuando hablas de ellos.

Edgar se quedó mirándola fijamente. Llegaron al final de la escalera y caminaron por un largo pasillo.

—¿Sabes adónde vamos? —le preguntó Carol.

—Sí, a la habitación que utilizo cuando me quedo a dormir aquí —la condujo hacia un dormitorio pequeño, decorado en tonos azules, verdes y amarillos.

Carol cruzó la habitación para encender la luz de la mesilla de noche.

Mientras lo hacía, Edgar cerró la puerta tras él.

—¿Sabes? Mientras pensaba en lo que te conté de mi familia — dijo quedamente —he recordado algo más. Una de las cosas más importantes sobre ella, algo que mi madre y padre intentaron infundirnos a todos y cada uno de nosotros.

—¿Y qué es? —le preguntó Carol con delicadeza.

—La forma en que cada uno hace que las cosas sucedan. Cuando quieren algo, luchan por ello. No permiten que las dudas o los miedos los detengan. Es más, en este momento, estarían diciéndome “Edgar, ya sabes lo que quieres, lucha por ello”.

—No creo que tus padres tengan queja sobre ti en ese aspecto —le aseguró Carol —Tú has seguido su ejemplo y eres un ejecutivo de primera.

—Sé que te sorprenderá, pero no estoy hablando de negocios —Edgar se sentó en la cama y se quitó los zapatos—Ni siquiera estaba pensando en ello.

Carol asintió, pero estaba mirando el teléfono que había en la mesilla de noche.

—Mientras te acuestas, voy a llamar a un taxi para que me lleve a casa. Esperaré a que te duermas. Esta noche hay tanta gente que no creo que alguien se dé cuenta de que hemos abandonado la fiesta.

—Considero esta fiesta como un acontecimiento en el que mi presencia es completamente innecesaria, además de una pérdida de tiempo —Edgar se quitó la chaqueta y comenzó a aflojarse el nudo de la corbata.

Los calcetines y el cinturón los siguieron. Carol alargó entonces la mano hacia el teléfono.

—Llamaré a un taxi y... ¡Ay!

Edgar le quitó el auricular de la mano y lo dejó de nuevo en su lugar.

—No te vayas Carol —le dijo con voz ronca. Carol abrió los ojos como platos. Edgar estaba empezando a desabrocharse la camisa.

—Edgar de verdad no pienso que...

—¡Estupendo! Porque yo también estoy harto de pensar. Voy a volverme

loco de tanto pensar —le tomó ambas manos—Hagamos un trato. No pensemos más.

—¿Un trato? ¿Deberíamos llamar a McCrown para que redacte un documento y lo hagamos oficial? —intentaba mantener un tono divertido, pero el corazón le latía a toda velocidad.

—Olvídate de McCrown. Olvídate de todo, salvo de nosotros dos.

Sintió el calor de sus piernas contra ella y un estremecimiento atravesó su cuerpo. Edgar la abrazó y Carol se retorció ligeramente. No lo suficiente como para liberarse. Ni tampoco lo bastante como para persuadirlo de que quería que la soltara. Admitió para sí misma que no quería separarse de Edgar.

—Por favor, Carol —Edgar la estrechó contra él y buscó con los labios su cuello.

Carol sabía lo que Edgar deseaba. Lo miró dejándose arrastrar por el poderoso deseo que reflejaban sus ojos verdes. El problema era que ella quería lo mismo y no sabía qué hacer al respecto.

—Llamaré un taxi... —musitó con la poca cordura que le quedaba—debo irme...

—No importa cuántas veces lo repitas —le rozó los labios— Sabes perfectamente que no quieres irte...

Inclinó la cabeza y la besó con tal cuidado que la dejó sin respiración. Carol posó la mano en su pecho. En su pecho desnudo. Sintió el calor de su piel y la aspereza del vello oscuro que cubría sus músculos. Descubrió sus pezones y los dibujó suavemente con los dedos, impulsada por una sensual y salvaje curiosidad. En aquel momento deseaba explorar todos y cada uno de los rincones de su cuerpo.

Edgar gimió y volvió a besarla otra vez. En aquella ocasión fue un beso maravilloso, rebosante de dulzura y pasión. Edgar deslizaba las manos por su espalda, muy lentamente. Y Carol deseó sentir sus manos sobre su piel desnuda. Como si le hubiera leído el pensamiento, Edgar le desabrochó el vestido y se lo deslizó por los hombros. Besó entonces el hueco de su cuello, siguió la delicada línea de su clavícula y bajó hasta la curva de sus senos.

Carol gimió suavemente mientras él posaba la boca sobre el sujetador, también de color rojo. Con la punta de la lengua acarició el pezón, rodeándolo hasta hacer gemir a Carol de incontenible placer.

Cuando Carol volvió a abrir los ojos, estaban los dos tumbados en la cama, prácticamente desnudos. Ella solo llevaba puesta la ropa interior y las medias; él únicamente los calzoncillos. La cabeza le daba vueltas con una fiera excitación. Estaba tan absorta en el placer de las caricias y los besos, que apenas se acordaba de haberse desprendido de la mayor parte de su ropa. Todo le parecía tan natural, tan normal. Estar allí con Edgar, besándolo, acariciándolo...

—Eres increíblemente hermosa —susurró Edgar.

Carol dejó escapar un gemido ahogado, se arqueó contra él y movió las manos por sus hombros desnudos, aprendiendo la textura de sus músculos, el calor de su piel. Haciendo gala de una audacia impropia de ella, descendió por su pecho hasta su vientre, siguiendo el camino que marcaba su vello.

Edgar sentía el delicado roce de su mano y veía cómo todos sus intentos de controlarse comenzaban desaparecer. Sus emociones se imponían a su razón. Por fin estaban juntos. Por fin podía verla, tocarla, acariciarla tal y como había deseado verla y tocarla durante toda una vida...

Posó la mano lentamente sobre su vientre. Exploraba su ombligo con el pulgar mientras el resto de sus dedos descansaba en el inicio de sus bragas. Carol contuvo la respiración. Esperaba, desesperadamente, que Edgar continuara bajando la mano. Y lo deseaba con una urgencia que la estremecía.

—Así que hoy has optado por un solo color —dijo con voz ronca, jugueteando con el inicio de sus medias —Todo va a juego con el anillo.

—Yo misma me he comprado la lencería —Carol se sonrojó violentamente. Estaba segura de que en aquel momento hasta su piel había adquirido el mismo tono—Ya me pareció mal que me compraras el vestido, pero no habría estado bien que pagaras...

—A mí me apetece comprarte cosas —le dijo—Quiero que tengas cosas bonitas. Quiero darte todo lo que quieras.

—Edgar —los ojos se le llenaron de lágrimas de emoción—Solo te quiero a ti...

Porque estaba enamorada de él. Carol lo comprendió en aquel momento. Deseaba poder decírselo. Quería hacerlo. Pero conociendo a Edgar como lo conocía, sabía que él no querría oírlo. Era demasiado pronto. Sabía que se sentiría agobiado por su amor, atrapado por él. De modo que lo único que podía hacer era demostrárselo. Los hechos siempre eran más elocuentes que las palabras. Lo besó, expresándole en su beso todo lo que no se atrevía a confesarle.

Edgar deslizó la mano por el interior de sus bragas. Carol se estremeció al sentir que sus dedos acariciaban el vello que cubría su sexo y continuaban descendiendo. Aunque la avergonzaba que Edgar la encontrara húmeda y dispuesta para el amor, se retorció contra su mano mientras él la estrechaba contra los pliegues de su feminidad, buscando sus más secretos y sensibles rincones. Y gemía de placer ante la exquisita presión de sus dedos.

—¡Edgar... por favor! —susurró. No sabía si le estaba pidiendo que detuviera aquel delicioso tormento o si le estaba suplicando que no lo hiciera.

Edgar la besó. Hundió la lengua en su boca al mismo tiempo que deslizaba los dedos en el interior de su feminidad. El corazón de Carol irradiaba una tensión, un calor, que se extendía por todo su cuerpo. La joven nunca había sentido nada parecido. Era como si en su interior se estuviera desatando una tormenta de fuego. Y, de pronto, se produjo un estallido. Explotó dentro de ella un placer tan fascinante que lo único que pudo hacer fue aferrarse a Edgar.

Edgar la estrechaba con fuerza, acunándola posesivamente entre sus brazos. Besaba su frente, sus mejillas, su cuello. El placer la sacudía una y otra vez, como si se hubiera desatado una sensación en cadena. Al final, Carol se relajó, flácida y débil contra él. Cerró los ojos y los abrió lentamente, hasta encontrarse con los penetrantes ojos verdes de Edgar.

Carol contuvo la respiración. ¡Había estado mirándola! Ella siempre había sido tan reservada que no se imaginaba capaz de una respuesta tan salvaje....Y Edgar lo había estado viendo todo.

—Oh, Dios mío —volvió la cabeza avergonzada—Nunca me había

pasado nada igual... No sé qué decir.

—No tienes que decir nada, Carol. Y no tienes por qué avergonzarte —la abrazó con fuerza. Se sentía como si estuviera en la cumbre del mundo. La tomó por la barbilla y le hizo alzar la cabeza —Ha sido maravilloso verte, cariño. Eres tan apasionada... —deslizó la mano entre sus piernas con una ardiente caricia.

Carol sintió que comenzaba a quitarle las medias y, aunque parecía absurdo que pudiera sentir vergüenza después de que Edgar presenciara su orgasmo, se sentía expuesta y vulnerable mientras él terminaba de desnudarla.

El cuerpo de Edgar palpitaba de deseo.

—No puedo esperar ni un segundo más, cariño —aun así, fue capaz de esperar el tiempo suficiente para ponerse un preservativo que sacó del cajón de la mesilla de noche.

Carol lo observaba atentamente, demasiado intrigada para desviar la mirada. ¿Debería comentarle a Edgar que él iba a ser su primer amante? Estaba segura de que ella no era la primera mujer con la que Edgar hacía el amor. Cada uno de sus gestos revelaba una gran experiencia.

Carol tomó una decisión mientras le abría los brazos a Edgar, permitiéndole el acceso a su cuerpo. Lo amaba y aquella noche ella no era la vulgar Carol Walter, sino la protagonista de su propio cuento de hadas, que por fin tenía la oportunidad de expresarle su amor al hombre del que estaba enamorada.

—No quiero esperar más, Edgar —susurró— Ven ya, por favor.

No tuvo que pedírselo dos veces. Edgar comenzó a llenarla lentamente al tiempo que le alzaba las caderas para permitir que su cuerpo se encontrara con su fuerte y firme embestida. Carol tomó aire, obligándose a relajarse. La intimidad que compartían era tan física, tan elemental, tan diferente a todo lo que había experimentado hasta entonces... No podía imaginarse aquella unión, aquella entrega con nadie que no fuera Edgar, el hombre al que amaba.

Y aunque no creía posible que Edgar pudiera elevar su deseo al nivel que lo había hecho la vez anterior, pronto comprendió lo equivocada que estaba.

Sus caricias lentas y profundas pronto reavivaron su pasión. Edgar marcaba el ritmo con el que iban bañándola olas de constante placer hasta que una explosión de éxtasis y deseo la sacudió.

Escalaron juntos las ardientes cumbres de la pasión y alcanzaron la cima para terminar flotando en un mundo íntimo y relajante con una total sensación de paz y satisfacción.

Tiempo después, Carol oyó la respiración acompasada de Edgar y supo que se había dormido. No le importó. Ella tampoco tenía ganas de conversar. Asomó en sus labios una pequeña sonrisa.

Aquella noche era especial y no le hacían falta muchos análisis. Aquella noche, Edgar y ella eran amantes y Carol sabía que, ocurriera lo que ocurriera, jamás se arrepentiría de lo que había hecho. De lo que Edgar y ella habían compartido.

## Capítulo 13:

### Sospechas

Carol se había despertado aquella mañana alrededor de las seis y, durante unos frenéticos segundos, se había quedado desconcertada al descubrirse desnuda y en la cama con él. Pero, casi al instante, había recuperado los sensuales recuerdos de la noche anterior y había deseado, como nada en el mundo, volver a hacer el amor con él. Sin embargo, su parte racional le indicaba que lo ocurrido la noche anterior, no debería repetirse si no quería salir lastimada.

—A menos que pienses pasar el resto de tu vida con los ojos cerrados, vas a tener que mirarme, Carol.

Ella se cubrió la cara con las manos. No sabía qué decir. ¿Cómo iba a aparentar que su relación era la misma después de lo que había pasado entre ellos?

—Mírame. Si no abres los ojos en tres segundos, te obligaré a hacerlo.

Respirando profundamente para darse valor, Carol se quitó las manos de la cara.

—Buenos días.

—Eso está mejor. Quiero mirarte mientras hablamos.

—¿De qué?

—De la situación comercial del país —rodó sus ojos— ¡Vamos Carol! Después de lo de anoche, no se me habría ocurrido pensar que pudieras ponerte tímida —sonrió él.

¿Estaba de broma? ¿Ella, angustiada hasta el punto de ahogarse, y él estaba de broma? Pero estaba claro que Edgar había hecho eso muchas veces y no parecía avergonzado en absoluto.

Carol se obligó a sí misma a mirarlo. Estaba apoyado en un hombro, muy cerca, y sonreía de una forma...

—¿Por qué estás tan avergonzada? Anoche no lo estabas.

El recordatorio de lo que habían compartido hizo que se pusiera colorada hasta la raíz del cabello.

—Tú sabes por qué. Porque ahora... ahora no sé qué va a pasar.

—¿Tú qué quieres que pase?

¿Qué quería? Que le dijera: “Te quiero, Carol”. Pero eso no iba a ocurrir. Edgar no podía amarla porque para él, el amor era algo que prácticamente no existe. Pero era un hombre muy listo y si sumaba dos y dos... se daría cuenta de que estaba enamorada de él. Y eso no podía ocurrir.

—Quiero que las cosas sigan tal cual estaban —mintió— Tu eres mi jefe... yo tu secretaria. Fin del asunto.

Edgar levantó una ceja. Obviamente, no la creía.

—¿Estas segura?

Carol tragó saliva. No había sonado muy convincente.

—¿Qué otra cosa podemos ser? —preguntó, intentando levantarse.

Pero Edgar tiró de su brazo y volvió a tumbarla sobre la cama.

—Tú no vas a ninguna parte. No hemos terminado de hablar.

Carol cerró los ojos, con el corazón acelerado. Aquello era una tortura.

Edgar no podía creer lo testaruda que podía llegar a ser esa mujer. ¿Cómo podía creer que las cosas permanecerían igual que antes? Para él las cosas habían cambiado de una forma drástica. Ella había sido suya y haría lo que fuera para repetir todo lo vivido durante esa noche.

—No hay nada que decir, Edgar —dijo Carol mientras cerraba sus ojos para huir de la mirada penetrante de su “prometido”.

—Si vuelves a cerrar los ojos...

—Olvídalo, por favor. Nada ha cambiado entre nosotros.

Él la miró largamente a los ojos, como si quisiera leer sus pensamientos.

—¿Lo dices en serio? ¿Quieres que olvide lo que pasó anoche?

—Sí —contestó Carol, tragando saliva.

—¿De verdad es eso lo que quieres?

—Solo quiero que las cosas sean como antes.

—No te creo —dijo él sonriendo con suficiencia— Nos deseamos Carol. Y es algo que simplemente no podemos evitar.

—Sí, sí se puede. Lo de anoche... se nos fue de las manos, eso es todo.

—Acaso... ¿lo lamentas?

—Sí —mintió Carol. Debería lamentarlo, pero no era así. Guardaría ese recuerdo para siempre—. No deberíamos haberlo hecho.

—¿Hecho qué? Dilo —ordenó Edgar molesto por las palabras de Carol.

—No deberíamos haber tenido... relaciones sexuales.

—Ya veo —dijo mirándola a los ojos. Después, saltó de la cama y tomó los calzoncillos, que estaban en el suelo—Me alegro de haber aclarado el asunto.

Carol lo miró, ansiosa.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo?

—Claro que sí —contestó Edgar, poniéndose una camiseta con tal violencia que Carol pensó que iba a romperla—¿Por qué una noche de... relaciones sexuales iba a cambiar las cosas?

—Claro que no. Pero si los dos estamos de acuerdo... ¿por qué estás tan enfadado?

—¡No estoy enfadado! —Gritó él, tomando su reloj de la mesilla—¿Por qué demonios iba a estar enfadado?

—No lo sé. Solo quiero que las cosas sigan igual.

Edgar se quedó en silencio, mirándola. Después, se pasó una mano por el pelo.

—Pues... Haz lo que quieras —murmuró enfadado mientras salía de la habitación cerrando con un portazo.

Carol se quedó mirando la puerta con los ojos llenos de lágrimas. Las cosas tenían que seguir igual. No podría soportar convertirse en solo una amante más para él. Definitivamente era la mejor decisión. Además, era sábado. Tenía que volver a su apartamento, ducharse e ir al hospital para pasar el día con Sean. No podía desilusionar a su hermano. De modo que, a pesar de las protestas de su cuerpo y de sus lágrimas, se había levantado y se había vestido rápidamente para volver a su casa.

El teléfono sonó cuando Carol estaba sirviéndose un sabroso trozo de lasaña.

—Debe ser para ti, Carol —predijo Emily— Edgar Cabot ha estado llamándote cada dos horas desde las diez de esta mañana. Y no, no pienso decirle que no estás.

A Carol se le aceleró el pulso. Había estado deseando hablar con Edgar durante todo el día. Pero no estaba segura de cómo iba a recibirla. En aquel momento eran las nueve de la noche y acababa de volver a su apartamento después del largo día que había pasado en el hospital. Y Edgar estaba al teléfono. Tomó el auricular y musitó un tembloroso «hola».

Incluso en la distancia, la voz de Carol lo afectaba de forma profunda. Desde que se había despertado aquella mañana y se había descubierto solo en la cama, no podía pensar en otra cosa que en Carol. A lo largo del día, había pasado por una serie de sentimientos: desde la preocupación al enfado. Y en aquel momento, cuando por fin la tenía al teléfono, tenía que contenerse para no gritarle cientos de preguntas.

—Me preguntaba si te gustaría salir a tomar algo —comentó Edgar con una naturalidad completamente ajena a la tensión que azotaba su cuerpo.

—¿Esta noche?

—Sí, puedo pasar a buscarte dentro de un cuarto de hora.

Carol bajó la mirada hacia sus viejos vaqueros y su sudadera. No se había

maquillado y llevaba el pelo recogido en una cola de caballo.

—¿Podrían ser veinte?

A Edgar le habría gustado que fueran diez.

—Pasaré a buscarte dentro de media hora —contestó tratando de sonar lo más indiferente posible.

No quería que Carol pensara que se moría de ganas de verla. Si ella había sido capaz de desaparecer durante todo el día sin darle ningún tipo de explicación, él podía mostrarse igual de frío.

Media hora más tarde, Edgar estaba llamando a la puerta del apartamento. Carol se había puesto una minifalda y un jersey y se había dejado el pelo suelto. Al ver a Edgar, deseó abalanzarse a sus brazos. Pero él parecía demasiado distante para tal recibimiento, así que se limitó a sonreír y a saludarlo con su tono más profesional.

Mientras Edgar conducía, estuvieron hablando de banalidades.

—¿Adónde vamos? —preguntó Carol cuando agotaron el tema del clima.

—A mi casa —Edgar tensó las manos sobre el volante—¿Alguna objeción?

Carol tragó saliva.

—Yo... mañana por la mañana tengo que estar en casa a las diez —susurró. Los domingos, el horario de visitas del hospital era de doce a seis.

Edgar alargó la mano hasta su rodilla.

—Estarás a tiempo, lo prometo.

Carol esperaba que le preguntara por qué tenía que regresar a esa hora, o que se interesara por dónde había pasado el día. Había decidido que si se lo preguntaba le diría la verdad. Sean era una parte muy importante en su vida y el hecho de que Edgar no supiera de su existencia limitaba seriamente su relación con él. Pero Edgar no hizo preguntas y Carol no iba a ofrecerle voluntariamente la información. No quería utilizar a Sean para fortalecer su relación con él. En cuanto llegaron a su destino, Edgar sirvió un par de copas de vino. Carol bebió un sorbo, pero él dejó la copa sobre la mesa del café sin

llevársela siquiera a los labios.

—¿Porque niegas lo que sentimos Carol? —Dijo acercándose a ella— Somos un hombre y una mujer que se desean...

—Yo...—Carol suspiró nerviosa—yo no soy una mujer de aventuras Edgar. Deberás buscarte a otra para ese trabajo...

—Te deseo Carol...

—Edgar...—dijo sin poder evitar estremecerse mientras él tomaba su cintura.

—Lo de la copa era una excusa —dijo con voz ronca— Tenía ganas de estar contigo. Y ahora estás aquí.

Carol dejó la copa en la mesa y al sentir el dulce aliento y cuerpo de Edgar cerca suyo, todas las barreras se derrumbaron. Toda duda e inseguridad fue reemplazada por el deseo y el amor.

—Pues... aquí estoy —dijo con la mirada resplandeciente.

Se miraron el uno al otro en silencio. Hasta que ambos se abrazaron simultáneamente y se besaron hasta quedarse sin respiración. Se acariciaban desesperadamente, alimentando el fuego de la pasión que los abrasaba.

La primera vez, ni siquiera llegaron al dormitorio. Se desprendieron precipitadamente de su ropa e hicieron el amor en el sofá prácticamente sin preliminares. Llevaban horas pensando el uno en el otro, deseándose, así que sus cuerpos estaban preparados para la consumación de aquel mutuo deseo.

Edgar se colocó entre sus muslos y Carol se abrió a él, arqueando las caderas y abrazándolo con sus piernas. Edgar gimió de placer mientras se hundía en su tenso y húmedo calor. Ella se movía con él, adaptándose a su ritmo mientras dejaban que las dulces llamas del deseo los envolvieran. Estallaron juntos en un tumultuoso orgasmo que los dejó gozosamente agotados y satisfechos. Con los cuerpos todavía unidos, Edgar se derrumbó sobre ella y enterró el rostro en su hombro. Carol lo abrazó con fuerza.

—En este momento solo importan el aquí y el ahora —musitó Edgar— Ni el falso compromiso, ni la compañía, ni mi familia... nada de eso tiene que ver con nosotros.

Pasaron el resto de la noche en aquel universo privado, tan absortos el uno en el otro que a la mañana siguiente la vuelta al mundo real fue mucho más dura de lo que ninguno de ellos había anticipado.

Mientras Edgar llevaba a Carol de vuelta a casa, iban en completo silencio. Edgar la miraba de reojo, preguntándose cómo iba a pasar el día y deseando que se quedara con él. Pero no hizo preguntas. Su relación con Carol estaba yendo demasiado lejos. Estaba convencido de que en realidad ella quería que se lo preguntara para poder acceder a una nueva fase de su plan de conquista. Pero Edgar conocía demasiado bien las tácticas manipuladoras de las mujeres para dejarse atrapar por ellas.

Carol miraba las calles a través de los cristales empapados por la lluvia. Su alegría iba disipándose a medida que se acercaba el momento de la separación. Si al menos Edgar le hiciera alguna pregunta... Ella quería hablarle de Sean. Después de la intimidad que habían compartido, le parecía absurdo seguir ocultárselo.

Pero Edgar no hizo preguntas porque en realidad no le importaba lo que hacía cuando no estaba con él. Habían mantenido relaciones sexuales, pero su compromiso continuaba siendo una farsa. Y cometería el error de su vida si se engañaba pensando que Edgar se había enamorado de ella. Muchas mujeres confundían el amor con el sexo, pero Carol decidió que no iba a ser una de ellas.

Amaba a Edgar, pero sabía que él no la amaba. Y fingir lo contrario era mucho más peligroso que su falso compromiso. Carol nunca se había engañado a sí misma y no estaba dispuesta a comenzar a hacerlo. Pero quienquiera que hubiera creado la antigua expresión «la verdad es dolorosa», comprendía perfectamente lo que estaba sintiendo.

Aquella noche Emily ocupó el salón con algunos de sus amigos y Carol se retiró a leer a su dormitorio.

Poco después de las nueve, una llamada a la puerta las sacó de su concentración. Antes de que hubieran podido levantarse a abrir, la voz de Edgar las sobresaltó.

—Emily me dijo que estabas aquí —entró en el dormitorio sin esperar a que lo invitaran a pasar.

Carol estaba tan sorprendida de verlo allí que no fue capaz de articular palabra.

—Lo siento —musitó Edgar con los ojos fijos en Carol. Cruzó la habitación, levantó el libro que Carol tenía entre las manos y leyó en voz alta — “¿Quién soy? *Comprensión de la psicología adolescente*”. Muy bueno, ¿eh?

—Pues la verdad es que sí —contestó Carol sonriente.

Se alegraba de ver a Edgar. Y por su forma de mirarla, estaba segura que él también se alegraba de verla, aunque jamás lo admitiría.

—¿Por qué no te vienes a pasar la noche a mi casa?

—De acuerdo —Carol dejó el libro a un lado y comenzó preparar una bolsa. Emily quien había entrado en la habitación no dijo nada, pero la miró con abierta desaprobación.

Ni a Carol ni a Edgar les importó. Acababan de entrar otra vez en su mundo privado. Estaban solo ellos dos, deseándose el uno al otro.

Aquel patrón se repitió durante las siguientes semanas. Carol pasaba los sábados y los domingos visitando a su hermano y Edgar no hacía preguntas al respecto. Pero todos los sábados y los domingos iba a buscarla a su casa para llevársela a dormir a su casa.

A medida que iba pasando el tiempo, Carol y Edgar iban descubriendo nuevas dimensiones de su relación. Pasaban prácticamente todas las tardes juntos. Salían a cenar, al cine, al cine o a conciertos, y de vez en cuando se reunían con otros miembros de la familia Cabot.

Pero tanto Carol como Edgar preferían las veladas tranquilas que pasaban leyendo o hablando en su apartamento.

Las noches que pasaban juntos tenían el aura de una luna de miel. Ninguna pareja de recién casados habría sido tan atenta y apasionada como lo eran Edgar y su falsa prometida.

A veces les preguntaban por sus planes de boda y Carol contestaba que no tenían ninguno, que de momento estaban disfrutando de su compromiso. Pero aquella pregunta la devolvía a la cruda realidad que ella olvidaba la mayor parte de las veces: que estaba formando parte de una farsa. La vida que llevaba con Edgar era maravillosa, pero estaba basada en una mentira.

En el caso de Edgar, la atracción que sentía hacia Carol se había hecho cada vez más fuerte. Había descubierto en Carol a una mujer interesante, fascinante incluso. Y aunque no le gustaba que pasara los sábados y los domingos sin él, incluso había sido capaz de no pensar en ello.

Pero eso no significaba que estuviera dispuesto a aceptar más ausencias sin justificar. De modo que cuando la invitó a pasar unos días con su familia para celebrar el aniversario de sus padres y Carol se negó, decidió que aquel no era momento para mostrarse comprensivo.

—¿Por qué no puedes pasar unos días con nosotros? —le preguntó, enfadado y sorprendido por su negativa.

—Le prometí a mi hermano que lo pasaría con él.

—¡Tu hermano! —exclamó Edgar con desprecio—Nunca lo ves, ni siquiera lo mencionas, ¿y esperas que me crea que vas a estar con él?

—¡Que no haya mencionado a mi hermano no significa que no esté en contacto con él!

Hablaba con él todas las noches, aunque claro, Edgar no lo sabía. Y no porque ella mantuviera aquellas llamadas en secreto. No, simplemente, porque Edgar nunca le preguntaba con quién estaba hablando. Era evidente que ni siquiera le importaba.

—Toda mi familia espera que vengas a comer con nosotros —respondió Edgar cortante —Así que basta con que le digas a tu hermano que tienes otros planes.

—¿Y por qué no le dices tú a tu familia que yo tengo otros planes? —Carol pestañeó para apartar las lágrimas que empañaban sus ojos— De hecho, probablemente haya llegado el momento de que... preparemos el terreno para nuestra ruptura —el dolor la hacía castigarlo—. Tu familia

debería tener pistas de que han comenzado a surgir problemas entre nosotros, para que cuando pongamos fin al compromiso no les pille de sorpresa.

«Nuestra ruptura». Aquellas palabras se repetían una y otra vez en su cabeza. Hasta entonces, no había pensado en ningún momento en romper su falso compromiso y se daba cuenta de lo mucho que odiaba esa idea. Se había acostumbrado a tener a Carol cerca de él. Hacer el amor con ella se había convertido casi en una adicción y de pronto Carol lo amenazaba con alejarse para siempre. Estaba seguro de que Carol sabía el efecto que tenía en él y estaba utilizando su deseo por ella en su propio beneficio.

—Sí, tienes razón. Habría que empezar a insinuar que han surgido problemas entre nosotros —había orgullo en su tono de voz, tan fría e indiferente— Haz lo que quieras. Yo intentaré fingir que estoy molesto.

Fingiría estar molesto. A Carol no le pasó desapercibida aquella frase. En realidad, a Edgar no le importaba nada acerca de ella. Ni siquiera le había preguntado cómo se llamaba su hermano.

Cuando Edgar anunció aquella tarde que se iba de la oficina, Carol le dijo que no iba a ir a su casa con él, que quería estar en su apartamento. Aquella era la primera vez desde hacía semanas que no se iban juntos. Edgar tensó los labios en una dura línea.

—Estupendo. Puedes enfurrñarte todo lo que quieras en tu apartamento. Y si más tarde quieres que nos veamos, llámame y pasaré a buscarte.

Carol decidió que preferiría morir a llamarlo. Levantó la barbilla y no se dignó a contestar. Edgar se quedó mirándola en silencio y salió de la oficina.

## Capítulo 14:

### Complicación

En cuanto abrió la puerta, reconoció a uno de los amigos de Emily apoyándose levemente en el marco de esta. Tenía los ojos muy brillantes y parecía a punto de caerse.

—Hola, Carol —la saludó, entrando y dejándose caer sobre la silla.

—¿Qué ha pasado, Jared?

—¡Nada! ¿Que podría haberme pasado? ¡Eh! —exclamó el chico riendo socarronamente cuando ella se paró frente a él.

Carol dio un paso atrás, con el corazón acelerado nerviosa por la respuesta agresiva de Jared. El chico estaba borracho, pero no tenía por qué hacerle nada.

—Jared, Emily no está...uhmm, salió y...

El chico se levantó, intentando no tambalearse. Olía a alcohol y parecía tener problemas para fijar la mirada.

—Necesito... —empezó a decir sujetándose a la silla— Necesito...

Carol se obligó a sí misma a sonreír, intentando tranquilizarlo cuando vio que este tenía una herida sangrando en el brazo. No iba a pasar nada. Debía mantener la calma. Pero estaba sola con aquel chico. Un chico completamente borracho.

—Tienes el brazo herido ¿Cómo te la has hecho? —Intentaba hablar con calma.

—Con una botella... —empezó a decir Jared, dando un paso hacia ella — Solo necesito limpiarla...

Carol dio un paso atrás y abrió levemente la puerta para indicarle la salida.

—Es mejor que vayas a un hospital y busques a un médico...

—No quiero un médico —replicó él, tomándola del brazo fuertemente haciéndole daño —Tú me sirves. Eres muy guapa, Carol—acotó tratando de tocarla y besarla.

—¡Suéltame imbécil! —Exclamó Carol, aterrada— ¡No me toques!

La puerta se abrió entonces y Edgar entró al apartamento. De una zancada, se acercó al chico y lo puso contra la pared. Había visto a Edgar enfadado otras veces, pero la furia que había en sus ojos era aterradora.

—¡No vuelvas a tocarla! Ni siquiera te acerques a ella ¿Me oyes?

—¡Suéltame! —Exclamó Jared— Te denunciaré.

—Hazlo. Pero no vuelvas a tocar a mi prometida o tendrás algo serio por lo que denunciarme —le soltó Edgar, furioso.

—Yo no sabía que era tu novia —se disculpó Jared entonces.

—Pues ya lo sabes —replicó él, apretando los dientes y luego miró a Carol—¿Te ha hecho daño?

—No —contestó ella con su voz quebrada.

—Carol, espérame en el coche.

Ella no discutió. Quería marcharse de allí tan rápido como fuera posible.

Una vez dentro del coche cerró los ojos, respirando profundamente para calmarse. Edgar se reunió con ella quince minutos después, con expresión tensa.

—¿Qué sucedió?

—No volverá a molestarte. Estaba demasiado borracho —replicó él y la miró son ternura. Una ternura que ella nunca había visto excepto con su familia —Sigues temblando. ¿Estás bien?

—Sí —contestó Carol, sin mirarlo— No me ha hecho nada, Edgar. He sido yo. Me he asustado.

—Te agarró del brazo e intentó... Lo he visto con mis propios ojos. Maldito infeliz.

Ella se miró las manos durante un rato, nerviosa.

—Edgar, yo... —suspiró— gracias. Llegaste justo a tiempo...y... siento mucho la discusión que tuvimos.

—Yo también. Lo siento —suspiró sonriendo tiernamente— Vamos a casa.

Cuando llegaron a casa de Edgar, él la llevó al salón y la sentó cariñosamente en uno de los sofás.

—Voy a servirte una copa —dijo, quitándose la chaqueta. Pero cuando se dirigía a la cocina, Carol tomó su mano.

—No necesito una copa. Siéntate. Se me pasará enseguida.

Tenía que calmarse y el sentir a Edgar cerca era lo único que necesitaba para volver a sentir paz y tranquilidad. Por su parte, él solo quería calmar su miedo, su temor y protegerla de cualquier daño o peligro al que se enfrentara. Quería cuidarla.

—¿Quieres algo, cariño?

La evidente preocupación del Edgar hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—Solo abrázame.

Edgar la abrazó con todas sus fuerzas y le dio pequeños besos en la frente, mejillas, nariz hasta que cayó profundamente dormida en sus brazos. Allí, mientras la contemplaba admitió que con Carol todo era distinto. Experimentó placer en brazos de otras mujeres, pero sólo con ella sentía una sensación de que todo estaba en su lugar. Edgar tomó aliento, tratando de recuperar el control de sus sentimientos desbocados. Eso no era lo que él había planeado. No quería que su lujuria tuviera ninguna implicación emocional, pero allí estaba, prácticamente ahogado por ese repentino sentimiento. Tenía que hacer algo al respecto. Las cosas no podían llegar más lejos. No lo permitiría.

Una pesadilla la despertó. Con un gemido de horror, Carol se incorporó, sin saber dónde estaba. Y unos fuertes brazos la obligaron a tumbarse de

nuevo.

—Solo era una pesadilla —escuchó la voz de Edgar—Estoy aquí, Carol. Nadie va a hacerte daño.

—¿No podemos encender la luz?

—¿Eso te ayudaría?

—Sí.

Edgar alargó la mano para encender la lámpara y pudo notar que él la había llevado al dormitorio cuando se quedó dormida.

—¿Mejor? —preguntó, con la voz cargada de sueño.

—Sí. Duérmete. Ya se me ha pasado.

—Entonces, ¿por qué estás temblando? Cálmate, cariño. Solo ha sido una pesadilla.

—Lo siento.

—¿Quieres un vaso de agua?

—No quiero que me sueltes.

—No voy a soltarte —dijo él, mirándola con los ojos encendidos.

—Edgar... —susurró Carol.

¿Lo había mirado alguna vez tan de cerca? ¿Se había fijado alguna vez en aquellas largas pestañas? Y su forma de mirarla hacía que sintiera un cosquilleo en el vientre... La miraba como la había mirado en la fiesta de compromiso.

De repente, en lo único que podía pensar era en sus besos. En sus increíbles besos. Y estar tan cerca era muy tentador. Solo tendría que levantar la cabeza un centímetro para tocar su boca. Y quería hacerlo. Sin pensar entreabrió los labios, esperando, deseando...

—Carol...

Sin pensar, Carol lo besó en los labios, siendo esta la primera vez que ella tomaba la iniciativa. Al principio, era un beso tentativo, suave, pero después,

Edgar tomó el control. Y el beso se volvió fiero, salvaje, absolutamente sexual. Jadeando, Carol se apretaba contra el cuerpo del hombre, deseándolo más cerca. La fuerza de su deseo la sorprendía.

Era un juego sincero y apasionado que penetró en el alma de Edgar. La abrazó con fuerza, estremecido por la fuerza e intensidad de sus propias emociones. Era aterrador sentir de ese modo; ninguna mujer lo había poseído de esa manera, y una parte de su personalidad lo sentía. Nunca pudo controlar las emociones que Carol despertaba en su interior desde que la había besado por primera vez. Asumir la realidad del poder que esa mujer ejercía sobre él, no era fácil para un hombre como él, acostumbrado a dominar y controlar.

Con un suave movimiento, Edgar se colocó encima y entonces Carol descubrió que él sentía lo mismo. Se quedó inmóvil cuando él le abrió las piernas, abrumada de deseo y de sorpresa.

Y entonces él hizo el beso más profundo, más íntimo, más seductor si eso era posible, despertando un incendio en su interior. No quería pensar más. Estaba en brazos de Edgar, donde debía estar. No podía haber nada más hermoso.

El empezó a acariciar uno de sus pechos, mientras la mantenía prisionera. Con un suspiro ronco, deslizó la mano hacia abajo y empezó a acariciarla íntimamente, sus largos dedos explorándola de tal forma que Carol lanzó un gemido.

—Edgar...

Abrumada por un deseo abrumador, temblaba de anticipación.

Desde que comenzó a tener relaciones con Edgar, Carol entendía por qué las mujeres se volvían locas por un hombre, cómo el deseo sexual podía derrotar al sentido común, pero para ella era mucho más que eso. Para ella, era amor. Su amor por Edgar era profundo y auténtico.

—Carol... —murmuró él, deslizando los labios por su cuello y su escote. Cuando empezó a lamer uno de sus pezones con la punta de la lengua, Carol creyó volverse loca.

Pero de repente, él levantó la cabeza, respirando con dificultad. ¿Iba a apartarse?, se preguntó, angustiada. Con un gemido de protesta, ella puso la

mano sobre su corazón y después la bajó para acariciarlo íntimamente por primera vez. Su corazón estuvo a punto de detenerse cuando lo envolvió en su mano. Era tan grande, tan potente... Lo deseaba tanto que no hubiera podido parar por nada del mundo.

Él dejó caer la cabeza sobre su hombro, el gesto delatando cuánto lo afectaba la caricia. Y el fuego de sus ojos reflejaba la fuerza de su pasión.

Con mano temblorosa, él sacó algo del cajón de la mesilla, sin dejar de mirarla a los ojos. Con un rápido movimiento, Edgar se puso el preservativo mientras se colocaba encima, incapaz de esperar un segundo más. Con mucho cuidado, la penetró, dándole tiempo para acomodarse a aquella invasión.

—Edgar...

—Mi Carol... —murmuró él.

Carol no podía pensar. Dejándose llevar por el poder de aquellas sensaciones, empezó a moverse al ritmo que él marcaba, levantando las caderas instintivamente para recibirlo mejor. De repente, le costaba trabajo respirar. Nunca habría imaginado que hacer el amor con un hombre fuera una experiencia tan... sobrecogedora. Se sentía parte de él, como si fueran uno solo.

Conmovida, levantó una mano para acariciar su cara y él la besó, con los ojos cerrados. Una potente embestida la hizo experimentar una espiral de sensaciones que la envolvía por completo, obligándola a cerrar los ojos y apretarse contra él como si se le fuera la vida. Gritó su nombre y, en ese momento, escuchó el gemido agónico de Edgar. Los dos habían sentido lo mismo.

La desinhibida respuesta de Carol liberó una pasión arrolladora dentro de Edgar. Carol seguía excitándolo más rápido y con más intensidad que cualquier mujer y aquel descubrimiento activó una alarma dentro de su cerebro enfebrecido. En el pasado perdió la cabeza por Kimberly y fue su obsesión, y nunca, antes ni después, nadie tuvo tanto poder sobre él. Sólo pensar en aquellos días sombríos sin ella después de su ruptura lo deprimía. Necesitó mucho tiempo para superarlo y se había jurado que ninguna mujer volvería a ponerlo en esa situación. Ninguna mujer consiguió atravesar su coraza protectora de reserva, ninguna le hizo perder el control. Pero allí

estaba Carol una vez más, amenazando con hacer justo eso. Jadeando, Carol apoyó la cabeza en su pecho, y Edgar se tumbó de espaldas llevándola con él. Tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad. Era tan hermosa en aquel momento...

No dijeron nada, se quedaron allí, en silencio, apretados el uno contra el otro. Carol de alguna manera sabía que era la última vez. Que al día siguiente... Al día siguiente, los dos tendrían que enfrentarse con la realidad.

Al día siguiente, el trayecto de la oficina a casa en autobús era mucho peor de lo que Carol recordaba, pero trataba de relajarse pensando en la maravillosa noche que había pasado junto a Edgar. Nunca se había comportado de esa manera con ella. Tan dulce, tan preocupado. Sin embargo, luego de haber pasado la noche juntos y haberse ido juntos a la empresa, no volvió a ver a su falso prometido durante el resto del día. El autobús estaba lleno, hacía calor y los continuos frenazos la hicieron marearse. Achacó su mareo a la falta de costumbre, pero se sintió igual durante el resto de la noche y a la mañana siguiente, cuando se levantó, las náuseas la obligaron a correr hasta el baño.

Estaba sentada en el suelo del cuarto de baño, demasiado débil para poder siquiera moverse, cuando entró Emily.

—No tienes buen aspecto, cariño. Estás verde —se arrodilló a su lado y le puso la mano en la mejilla.

—Me siento fatal —gimió Carol. Emily la miró fijamente.

—No te he visto mucho durante estos últimos dos meses, pero tu cara parece diferente... He visto cambios parecidos en el rostro de otras mujeres... embarazadas —Emily tomó aire— Carol ¿lo estás?

Carol se enderezó tan rápidamente que todo comenzó a darle vueltas. Volvió a apoyarse contra la pared.

—¡Por supuesto que no! Yo... él... siempre hemos utilizado algún método anticonceptivo. Además... ¡vamos! Que hayamos tenido relaciones antes de ayer no significa que quede embarazada de un día para otro.

—No hay ningún método que sea completamente infalible y obviamente no quedaste embarazada de un día para otro... —bufó— recuerda que no es la primera vez que tienen relaciones Carol, pudiste haber quedado embarazada antes. Dime, ¿cuándo tuviste la regla por última vez?

Carol tragó saliva. Se sentía como una adolescente.

—Pues... uhm... En realidad... desde la primera vez que me quedé a dormir en casa de Edgar. Pero jamás habría imaginado... siempre hemos utilizado algún método anticonceptivo... incluso la noche anterior utilizamos... digo... ¡Dios! ¡Soy una estúpida!

—El único método completamente infalible contra el embarazo es la abstinencia o la esterilización, Carol. En fin, el tiempo nos dirá si estás o no embarazada. Ahora, métete en la cama y descansa.

Minutos después, Carol llamaba a la oficina para decir que estaba enferma.

Edgar se acercó al apartamento de Carol después del trabajo. Aquel día había sido una auténtica pérdida de tiempo. No había hecho nada productivo porque no podía dejar de pensar en Carol. ¿Estaría realmente enferma? Y si no, ¿sería alguna táctica para atrapararlo?

Cuando llegó en el coche a su edificio, la vio en la calle, junto a Emily y algunos amigos. Al verla, se emocionó. La había echado terriblemente de menos. Recorrió su rostro con admiración. Se estaba riendo, parecía animada e increíblemente hermosa. Tuvo que poner en juego toda su fuerza de voluntad para no correr a su lado a abrazarla.

Pero la desconfianza controló su impulso inicial. ¡Claro que no estaba enferma! Paró un momento y observó al grupo de jóvenes durante algunos furiosos segundos, antes de pisar el acelerador y salir a toda velocidad.

—¡Eh! ¿Ese no era Edgar? —preguntó Emily. Carol sintió que el corazón se le subía a la garganta.

—No sé, no lo he visto —había salido a tanta velocidad, que si hubiera sido Edgar tampoco habría podido verlo.

Al día siguiente, a pesar de las náuseas, fue capaz de arrastrarse hasta el

trabajo, pero el viaje en autobús la afectó de tal manera que tuvo que ir dos veces al baño antes de que Edgar llegara a la oficina.

Este la miró de reojo al llegar. Carol se había puesto uno de sus antiguos trajes. Estaba seguro de que lo había hecho para castigarlo, pero, aun así, al verla no pudo menos que decir:

—No tienes buen aspecto. Estás muy pálida y tienes ojeras —sintió una punzada de culpabilidad—¿Quieres que te lleve a tu casa?

—No, estoy bien. No quería perder otro día de trabajo —contestó ella, sin apartar la mirada de la pantalla del ordenador.

—Carol, si estás enferma no deberías estar aquí. Podrías contagiar a todo el mundo.

—No te preocupes, lo que tengo no es contagioso.

—Bueno, ¿entonces qué te pasa? ¿Has comido algo que te ha sentado mal?

Carol rió con ironía. ¡Ojala hubiera sido así! No respondió y evitó mirar a Edgar.

La frustración estaba matando a Edgar. Tenía los nervios al límite. Ya habían pasado dos noches sin ella y estaba a punto de convertirse en una fiera. Algo que seguramente ella sabía perfectamente. Pensando que quizá todo aquello formara parte de un plan para que su compromiso se convirtiera en algo real, Edgar se metió en su despacho.

Horas después, entró Neil Cabot en la oficina para concretar algunos detalles de la empresa con su hijo y aprovechó la oportunidad para invitarlos a él y a Carol a un viaje familiar.

—Papá, la verdad no creo que sea el momento indicado —lo interrumpió Edgar —Para serte sincero, Carol y yo estamos empezando a cuestionarnos nuestro compromiso.

—¡Pero no es posible! ¡Si estáis hechos el uno para el otro! Edgar, hijo, nunca te había visto tan tranquilo y tan feliz como ahora.

—A veces solo basta con fingir —fue la respuesta de Edgar.

Durante el resto del día estuvieron pasando otros miembros de la familia Cabot por el despacho de Edgar. Carol permaneció tras su mesa, sin unirse a la conversación, pero estaba convencida de que Edgar aprovechó la ocasión para mencionar los problemas de pareja y sus dudas sobre el compromiso. Las miradas de compasión que los miembros de la familia le dirigían al salir lo decían todo. Se marchaban pensando que Edgar iba a abandonarla. Carol estaba segura.

A última hora del día, la prueba de embarazo le dio la respuesta definitiva. Carol y Emily se quedaron mirando el resultado fijamente.

—Estoy embarazada —a pesar de sus propias palabras, Carol apenas podía creerlo. ¿Estaba embarazada? ¡Estaba embarazada! Estalló en lágrimas —Dios mío, Emily, ¿qué voy a hacer?

## Capítulo 15:

### Acusaciones

Emily sugirió que se lo dijera inmediatamente a Edgar y Carol sabía que tenía razón. Todas las mañanas llegaba a la oficina decidida a soltarle a Edgar el discurso que había ensayado una y otra vez en la cabeza.

Pero él se mostraba muy distante y frío con ella. En esas condiciones, ¿cómo iba a decirle que estaba embarazada?

El fin de semana llegó y se fue. Carol pasó el día con Sean en el hospital, Edgar con su familia.

—Todo el mundo me ha preguntado dónde has pasado el fin de semana —le comentó Edgar fríamente el lunes siguiente

—Estaban todos reunidos, incluso viejas amistades de la familia — continuó—Querían conocer a mi prometida y se encontraron con la sorpresa de no poder verla durante todo el fin de semana. Te llamé, pero no contestaste el teléfono.

—No estaba en mi apartamento.

—¿Pero dónde demonios estabas Carol?

—Fuera.

—Fuera. ¿Eso es todo lo que piensas decirme?

A los labios de Carol asomó una triste sonrisa.

—Créeme, estoy segura de que no te gustaría oír lo que tengo que decirte —se interrumpió antes de que escapara otra palabra de sus labios— Tengo muchas cosas que hacer esta mañana, Edgar. Así que me gustaría poner fin al interrogatorio para comenzar a trabajar.

—¿Estás diciéndome que me largue porque tienes trabajo que hacer? — Edgar estaba atónito. Y tenía la sensación de que estaba empezando a perder

el control. Sabía que posiblemente Carol lo tenía todo planeado, pero no pudo evitar preguntar—¿Cómo es posible que de pronto nos hayamos convertido en enemigos, Carol? ¿A qué viene todo esto?

¿Es que no era capaz de recordarlo? Carol apretó los puños. Jamás olvidaría lo rápida y cruelmente que había cambiado su actitud hacia ella una y otra vez. Primero se molestó por no querer pasar los fines de semana con él, luego se comportó tan tierno la noche que la salvó de Jared y finalmente volvió a su frialdad de siempre.

—Desde que te dije que iba a pasar el fin de semana con mi hermano has estado odioso conmigo —le recordó con voz glacial— y cambias una y otra vez de actitud conmigo. Ya no te entiendo eres un ser completamente... Bipolar.

—¡No es cierto! Has sido tú la que has estado increíblemente fría conmigo.

—Bueno, si he estado fría ha sido porque... —cerró la boca bruscamente.

—¿Por qué, Carol? ¿Porque tu plan no está saliendo tal como pensabas?

—No sé de qué estás hablando. Y ahora, si no te importa, me gustaría empezar a trabajar.

—Perdona, pero como eres mi empleada, soy yo el que tiene que decidir lo que tienes que hacer. ¿Por qué no admites la verdad, Carol? Lo sé todo.

Carol sintió que el color abandonaba su rostro.

—¿Lo... sabes? ¿Pero...cómo?

—Soy un hombre con experiencia, Carol. Por lo menos concédeme eso.

Carol tragó saliva.

—¿Estás enfadado? —susurró.

—Sí. Estoy enfadado. ¡Por supuesto que estoy enfadado! No me gusta que me manipulen. Durante toda mi vida he visto a mujeres maniobrar para conseguir lo que quieren y me prometí a mí mismo que nunca sería suficientemente estúpido como para...

—¡¿Qué?! ¡No lo había planeado y lo sabes!

—Por supuesto que lo planeaste. Desde el momento en el que decidiste transformar nuestro falso compromiso en un compromiso real, lo has planificado todo para que así fuera —dijo Edgar levantando la voz.

—No lo hice y nunca lo haría. ¿Cómo puedes pensar eso siquiera?

—Vamos Carol, No me subestimes. Todo lo que querías era atraparme con tu maldito plan.

—Estás loco —dijo Carol exasperada—. Además, no te hagas el inocente. Esto también es tu culpa.

—¡Mi culpa! ¿Y porque tengo yo la culpa? No tienes idea de lo que hablas.

—¡Una mujer no se queda embarazada ella sola! Ha sucedido a pesar de las precauciones que hemos tomado. Asumo mi parte de responsabilidad, ¡pero no soy la única culpable! —gritó Carol sin siquiera pensarlo.

Carol y Edgar se miraron el uno al otro en un tenso silencio. Edgar se aferró al borde de la mesa, como si de pronto necesitara apoyarse.

—¿Estás... embarazada?

—Pero... has dicho que lo sabías.

—Yo estaba hablando de que pensaba que habías diseñado un plan para atraparme. Has utilizado unas tácticas muy inteligentes para hacerme desear tanto que al final decidiera hacer real nuestro compromiso.

—¿Tácticas inteligentes? No es posible que pienses que he estado siguiendo algún tipo de estrategia para...

—Oh, claro que sí. De hecho, has sido tan inteligente que incluso has decidido dar un paso más para asegurarte de que me casara contigo en el caso de que tu plan no funcionara. Has recurrido al más antiguo de los trucos para atraparme.

Carol apenas podía respirar.

—¿Estás diciendo que me he quedado embarazada a propósito? ¿Y cómo crees que lo he conseguido, Edgar? ¿Pinchando los preservativos? ¿Utilizando un espermicida caducado?

—Ambas son sugerencias válidas —señaló Edgar con una frialdad glacial —Aunque quizá no haya sido estando conmigo cuando te has quedado embarazada. ¿Con quién pasas los fines de semana, Carol? ¿Con un amante secreto? Quizá él sea el padre de ese hijo y quieres hacerlo pasar por mío...

No había terminado de decirlo cuando comprendió que había ido demasiado lejos. Durante unos terribles segundos, aquella cruel acusación quedó flotando entre ellos.

Carol se quitó el anillo y lo dejó lentamente encima de la mesa, reprimiendo la necesidad de arrojárselo a la cabeza y aguantando las lágrimas con toda la fuerza posible.

—Si crees que soy capaz de hacer algo así... Si de verdad piensas que soy tan despreciable, es que no me conoces en absoluto. Y yo tampoco te conozco. Ni quiero conocerte. Eres un maldito imbécil Edgar Cabot! — agarró su bolso y salió corriendo de la oficina.

Edgar se quedó completamente pasmado en su despacho porque no podía hacer otra cosa. Pero en el momento en que Carol se fue, una terrible desolación se apoderó de él. ¿Qué acababa de ocurrir? ¿Y cómo ocurrió? ¿Qué había tratado de probar? ¿Y a quién? No se sintió tan confuso en toda su vida.

Edgar esperó, debatiéndose entre la confusión y la furia. Una profunda tristeza lo invadió. De pronto, tomó el anillo y salió corriendo al pasillo.

Pero para entonces Carol ya estaba metiéndose en el ascensor.

—¡Carol, espera! —gritó.

Pero las puertas se cerraron y el ascensor comenzó a bajar. Permaneció allí, consciente de las miradas de curiosidad de los empleados que por allí pasaban.

Una vez más, en su mente apareció el rostro de Carol cuando la acusó de tener un amante, que el bebé no era de él. Edgar lo vio todo: sus grandes ojos marrones llenos de dolor, las lágrimas que ella se esforzaba por eliminar, sus labios temblorosos. Un intenso dolor lo atravesó.

“Felicidades”, dijo una voz en su interior. “Edgar Cabot, ganas de nuevo.

Vuelves a tener el control”. Sin embargo, no se había sentido peor en toda su vida.

Edgar se volvió lentamente y caminó hacia el despacho. Carol tenía derecho a estar enfadada con él, admitió. Y estaba dispuesto a decírselo en cuanto ella se tranquilizara. Podía llamarla esa noche... O quizá ir a su apartamento.

Admitiría que no había reaccionado bien al oír la noticia. Todavía retumbaban en su cabeza sus duras acusaciones. ¿Por qué habría tenido que decir que Carol se encontraba todos los fines de semana con un amante secreto?

Minutos después, Jason McCrown entraba en su despacho.

—Carol no estaba en su mesa, así que he entrado directamente —dijo el abogado, mirando fijamente a Edgar— Todos comentan que discutieron y que se ha marchado de la oficina después de que le montaras una escena.

—¿Una escena? Vaya, qué pronto corren las noticias. Lo único que he hecho ha sido llamarla. Y una sola vez. No creo que eso sea montar una escena.

—¿Por qué discutieron?

—McCrown, es... una cuestión personal, ¿de acuerdo?

—Me han contado que no llevaba puesta el anillo de compromiso.

—¡Maldita sea! ¿Es que la gente no tiene suficientes cosas que hacer como para andar espionando y especulando sobre cosas que no les importan? — Edgar se levantó y comenzó a caminar.

—Así que es cierto. Ha terminado todo entre ustedes.

—No, no ha terminado, McCrown. ¡Claro que no! —Edgar elevó la voz —¿Para eso has venido? ¿Para comprobar si son ciertos los rumores que corren por la empresa?

—No —McCrown se inclinó hacia delante y lo miró intensamente— Tengo nuevas noticias, bastante preocupantes, por cierto. Eres consciente que las acciones de la compañía han caído todavía más. Durante los últimos meses, la publicidad sobre la empresa está siendo muy negativa. Y a los

inversores no les gusta la inestabilidad...

Los pensamientos de Edgar estaban fijos en Carol una y otra vez. Veía ante sus ojos la expresión de su rostro cuando la había acusado de tener un amante secreto y de intentar adjudicarle el hijo de otro hombre. No podía quitar de su mente ese recuerdo. Hizo una mueca. Aquel había sido un golpe bajo, injustificado e injusto.

Los eróticos recuerdos de cómo pasaban las noches poblaron su mente. Y esa mañana después de haber hecho el amor por primera vez, la fiesta de compromiso, el festival de la luna. Cuánto había disfrutado a su lado hablando, riendo, simplemente estando con ella.

De repente su acusación le pareció absurda. En realidad, estaban muy bien haciendo cualquier cosa juntos; debían estar juntos, ¿Por qué no habría podido admitirlo antes, sin herir a Carol de ese modo? ¿Por qué siempre hacía las cosas así? De la forma más dura. Con rigidez. Con frialdad. ¿Tan cínico era? Carol lo conocía bien, lo comprendía. El pulso le latió en las sienes.

Por fin Edgar se obligó a afrontar la realidad. Las cosas habían cambiado. Hace tiempo lo habían hecho. Ahora era él quien estaba dispuesto a aceptar los términos que Carol quisiera dictar, con tal de que lo perdonara. Hasta firmaría los contratos que ella quisiera si fuera necesario. Porque estaba irremediabilmente enamorado de ella

—¿Qué crees que podemos hacer, Edgar? —le preguntó McCrown

—Eh... ¿Podrías repetir lo que me has dicho, McCrown?

—No has oído una sola palabra de lo que he dicho, ¿verdad? Estás demasiado afectado por tu pelea con Carol, ¿eh? Es lógico, porque si la perdieras...

—No voy a perderla, McCrown —respondió con determinación.

—Eso espero, Edgar.

Por primera vez en su vida, no era capaz de concentrarse en el negocio; sus necesidades personales eran más importantes. Necesitaba, sobre todo, que Carol le perdonara y le amara. Su compromiso tenía que llegar a ser algo real,

terminar en una boda. No tenía tiempo que perder. Carol iba a tener un hijo suyo...

Se levantó bruscamente.

—Siento interrumpirte, McCrown, pero tengo que marcharme...

—Ve a buscar a Carol —McCrown sonrió satisfecho— Y humíllate si tienes que hacerlo. Pero no te permitas el lujo de perderla.

Carol conducía en aquel momento hacia el hospital, aunque su hermano no la esperaba. Necesitaba ver a Sean. No se había sentido más sola desde la muerte de sus padres.

Bruscamente, el dolor de Carol se transformó en rabia. Edgar pensaba que tenía un amante secreto. La había acusado de intentar cazarle con el hijo de otro hombre. Sí, había dejado muy claro lo mucho que la despreciaba. Carol reprimió un sollozo mientras el dolor la lastimaba.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Pensó en Emily y en la lista de posibles opciones que le había hecho considerar. Esa era una de las ventajas de vivir con una trabajadora social. Pero para Carol solo había una opción: tener ese hijo. Para ella, ese hijo era mucho más que un error de Edgar Cabot. Ese hijo era suyo también, una parte de ella. Ese niño era un Walter, un eslabón más de su familia.

De pronto, la envolvió una repentina paz. La familia Walter iba a perpetuarse. Su padre, su madre y el maravilloso poder de su amor continuarían viviendo en su primer nieto. Sean sería tío, tendría un papel que jugar en su familia. Carol sonrió a través de las lágrimas. A Sean le encantaban los bebés.

Y ella amaría a su hijo con locura para compensar la falta de entusiasmo de Edgar. Sería una buena madre porque había sido educada por la mejor madre del mundo. Y convertir a su hijo en una persona amada y feliz sería su principal objetivo.

Edgar estaba esperando en el coche cuando Emily por fin llegó a su apartamento aquella tarde. Salió y tuvo que correr para alcanzarla.

—Carol no está en casa, ¿sabes dónde puede estar?

Emily lo miró fríamente.

—¿Qué ha pasado, señor Cabot? Aunque me temo que puedo imaginármelo

—Sabes... lo del bebé, ¿verdad?

—Sí, y supongo que usted acaba de averiguar que se ha comportado como un auténtico canalla. Pobre Carol. Ella no se merece eso. Y seguramente tampoco se merece tener que soportar a un tipo como usted.

Edgar no dijo nada. Se merecía todo lo que Emily pudiera decirle y mucho más. Pero lo peor llegó cuando Emily le mostró el misterioso destino de Carol durante los fines de semana. Le explicó furiosa todo lo relativo a Sean y a su recuperación, y el inmenso precio que Carol estaba pagando por ello.

—Sean es la única razón por la que Carol se mostró de acuerdo en aceptar el dinero que le dio a cambio de su compromiso.

—¿Y por qué no me lo dijo? —Edgar estaba destrozado.

—¿Por qué no se lo preguntó? ¿Por qué no le facilitó que le hiciera ese tipo de confidencias?

¿Por qué? Porque pensaba que estaba intentando manipularlo y él había intentado dominar en todo momento la situación. Sin duda era el idiota más grande del mundo.

—Emily, he convertido todo esto en un desastre.

—Desde luego que sí. Es usted rico, pero también es un gran estúpido y mimado —contestó, pero le permitió entrar en el apartamento, donde Carol había dejado una nota— Está en el hospital, viendo a su hermano —anunció —¿Va a ir a buscarla o piensa volver a su lujoso apartamento para lamentarse de lo mal que lo trata la vida?

—Voy a ir a buscarla —respondió él con determinación.

## Capítulo 16:

### Solo

Una hora después, Edgar llegaba al centro de rehabilitación. La recepcionista le indicó directamente la habitación de Sean Walter. El corazón parecía habersele subido permanentemente a la garganta y el pulso le latía a toda velocidad cuando se acercaba a la habitación, pero la encontró vacía.

—Sean está en el auditorio, participando en una obra —le indicó una enfermera.

Carol permanecía sentada en el auditorio, observando a Sean y a otros jóvenes pacientes. Carol observó a su hermano mientras este iba levantando y haciendo sonar las campanillas de distintos colores. Sus movimientos eran lentos e inseguros, pero conseguía levantar la campanilla adecuada y hacerla sonar siempre en el momento preciso.

A Carol se le llenaron los ojos de lágrimas mientras observaba el ensayo. Aquello significaba un gran avance para Sean.

Edgar permanecía al final del auditorio, escondido, observando. Sabía que aquel no era el momento adecuado para acercarse a Carol.

Para cuando Carol se despidió de Sean, en la calle había empezado a lloviznar. Los faros del estacionamiento iluminaban las gotas de agua que caían lentamente sobre el coche. Las horas que había pasado con Sean le habían permitido olvidarse de sus problemas con Cabot, pero de pronto volvían a golpearla con todas sus fuerzas. ¿Qué iba a hacer? Ni siquiera sabía si tenía que ir al día siguiente al trabajo. Su anterior optimismo le pareció de pronto completamente absurdo. ¿Cómo iba a poder mantener a Sean y al bebé cuando...?

—¡Carol!

Al reconocer la voz de Edgar se detuvo en seco. Por un instante, se

preguntó si no habría sido una alucinación.

—Carol, espera.

Se volvió lentamente y vio a Edgar corriendo hacia ella en medio de la llovizna. Una compleja combinación de furia y amor se desató en su interior. Tenía tantas ganas de abofetearlo como de correr a sus brazos y suplicarle que la amara. Pero no cedió a sus impulsos. Permaneció donde estaba y esperó a que la alcanzara.

—Cariño, yo... —comenzó a decir Edgar.

—¿Cariño? Debes haberme confundido con otra. Yo solo soy una manipuladora que está intentando colgarte el hijo de mi amante secreto...

Edgar tuvo al menos la decencia de mostrarse avergonzado.

—Carol, quiero que sepas cuánto lo siento... yo...

—Ahórratelo, Edgar. No quiero oírlo —se volvió y comenzó a caminar hacia su coche. Edgar caminó a su lado.

—No espero que me perdones fácilmente, Carol. Sé que merezco todo lo que tengas que decirme. Dios mío, Carol...—se detuvo y se tocó el pelo nervioso y avergonzado—te amo. Me ha costado mucho reconocerlo, pero es verdad. Te amo y quiero casarme contigo. Tengo aquí el anillo de mi madre y quiero volver a entregártelo. A partir de este momento, nuestro compromiso es real —bajó la voz— Tan real como nuestro hijo.

—No quiero ese anillo Edgar. ¿Es que no lo entiendes? Ya no quiero seguir comprometida contigo, ni siquiera de mentira.

—Entonces casémonos. Esta misma noche, Carol. Vayamos a Las Vegas y...

—¿Casarnos en una de esas iglesias que abren toda la noche y con un sacerdote disfrazado de Elvis? No, gracias.

—De acuerdo, entonces, sacaremos la licencia de boda y después de un tiempo celebraremos la ceremonia más elegante y lujosa que Angelica, Anna y Meredith sean capaces de organizar.

—Jamás. Sé lo que piensas del matrimonio. Para ti es una institución

parecida a la prisión. Así que solo cállate y vete de una buena vez Edgar Cabot. ¡Sal de mi vida!

—Te equivocas, Carol. Yo... estaba tan equivocado en cuanto al matrimonio como en muchas otras cosas. Dios, he sido un verdadero estúpido. Por favor, déjame...

—Preferirías morir a casarte, ¿eso te resulta familiar? —Habían llegado al coche y estaba buscando las llaves en el bolso—Un matrimonio entre nosotros no tendría ninguna posibilidad de durar, así que, ¿por qué molestarse? Estoy harta de farsas y me niego a participar en otra más.

—Nuestro matrimonio no sería una farsa, Carol. Vamos a ser felices y nuestro matrimonio va a durar eternamente. No pienses en lo que ha pasado durante esta última semana... Piensa solo en cómo ha sido nuestro compromiso y en lo mucho...

—¡Un compromiso falso! Y déjame recordarte algunas cosas de las que pareces haberte olvidado completamente. Como, por ejemplo, de lo mucho que desconfías de mí.

—No, no desconfío. Admito que dije algunas cosas...

—Aunque te perdonara las cosas que dijiste, tú desconfiarías de mis motivos para hacerlo. Y yo no quiero vivir en ese ambiente envenenado. No, Edgar. No vas a poder acusarme de haberme casado contigo por dinero. Y además está el bebé. Sé que pensarás que es otro niño nacido por motivos equivocados. Estoy segura de que odiarías verte obligado a casarte por su culpa, y que si me casara contigo me odiarías por hacerte... ¡oh, maldita sea!

Estaba tan nerviosa que se le habían caído las llaves al suelo. Edgar se agachó a recogerlas y se las metió en el bolsillo.

—Edgar... mis llaves, devuélvemelas.

—No, vamos a ir a casa en mi coche. Mañana enviaré a alguien a buscar el tuyo.

—¡Edgar! Estoy hablando en serio. No tenemos más de que hablar. No tenemos futuro, ni ahora ni nunca... solo déjame ir... por favor —sus fuerzas estaban decayendo lentamente.

—No puedo dejarte ir ¿Es que no lo ves? No puedo alejarme de ti Carol. Ven conmigo... por favor...

—Pienso marcharme en mi coche. Dame las llaves, Edgar.

—Ni lo sueñes, cariño. Y ahora, ¿irás andando hasta mi coche o prefieres que te lleve en brazos?

Pero ella no iba a ceder tan fácilmente. Carol arremetió contra él, intentando recuperar las llaves, pero Edgar reaccionó inmediatamente, la abrazó y la sostuvo con firmeza contra él.

—¡Suéltame! —le gritó Carol.

—Nunca. No puedo —enterró su rostro en el hueco de su cuello e inhaló su dulce y familiar fragancia—Te amo, Carol. Sé que he sido un canalla, un estúpido y todo insulto que se te ocurra. Y sé que estoy lleno de desconfianza y cinismo. Pero contigo todo es diferente. Esto es algo nuevo para mí Carol. No había estado enamorado hasta que te conocí. Ni siquiera de Kimberly... ahora lo sé. Y ahora sé que nunca podré dejar de amarte.

—Es imposible que me ames cuando me has acusado de...

—El amor es algo nuevo para mí, cariño. No podía confiar en algo que no comprendía.

—Pero de pronto has visto la luz y has decidido que podremos ser felices para siempre, ¿no? —rió irónica.

—No dejes que te contagie mi cinismo, Carol. Sé lo mucho que te he herido, pero no dejes que destruya tus sueños. Vuelve a hablarme otra vez de los matrimonios felices, como el de tus padres, o el de mis padres.

Carol pestañeó para contener las lágrimas.

—Deja de intentar manipularme, Edgar. No es justo que menciones a mis padres cuando acabo de estar con Sean.

—Lo sé, amor. Pero estoy utilizando todos los recursos que tengo a mi alcance. Por favor, tienes que darme una oportunidad. No sabes cuánto te necesito.

Se miraron el uno al otro en silencio mientras la lluvia caía a su alrededor.

El rostro de Edgar reflejaba una determinación que indicaba que estaba dispuesto a quedarse allí durante horas. Carol tenía frío, estaba empapada y comenzaba a sentir el cansancio acumulado del día. Sabía que no tenía fuerza de voluntad para resistirse ni un minuto más.

—Como siempre, termino cediendo —se quejó, pero permitió que Edgar la condujera hasta su coche.

Hicieron el trayecto en silencio. Carol apoyada contra el reposacabezas y con los ojos cerrados.

—Tengo la sensación de que este día ha durado más de cien horas —dijo por fin mientras soltaba un gran suspiro.

—Podrás acostarte en cuanto llegemos a casa —respondió Edgar atento.

—Pienso dormir en mi cama, en mi apartamento Edgar. Solo acepté que me llevaras a mi casa —anunció ella.

—No cariño, claro que no.

—Edgar, te exijo....

—Carol, me dijiste que en algún momento me perdonarías —la interrumpió él con una mirada de profunda desesperanza— Y que yo desconfiaría de tus motivos. ¿Qué motivos tendrías para perdonarme?

—Qué más da —respondió Carol, cruzándose de brazos.

—¿Me perdonarás porque me amas?

—Aunque lo hiciera, tú no me creerías. Por lo que recuerdo, además de no creer en el matrimonio, tampoco crees en el amor. Para ti el amor es solo una palabra de la que puedes servirte para conseguir tus objetivos, como has intentado hacer esta noche.

—Carol, yo...—suspiró.

—Carol nada, Edgar. Solo llévame a casa. No quiero nada de ti. Nada, excepto unas buenas referencias para que pueda conseguir otro trabajo.

—Lo siento, cariño. Pero no vas a trabajar para nadie, salvo para mí. De la misma forma que tampoco vas a comprometerte ni casarte con nadie que no sea yo. Y además, nos vamos a casar en cuanto sea posible y vamos a

tener los niños más amados del planeta.

—No me hagas esto Edgar —comenzó a llorar— Cuando eres así... tan amable conmigo no soy capaz de resistirme.

—Pienso pasar el resto de mi vida siendo amable contigo, Carol —le tomó la mano— Siento mucho haberte hecho daño, amor.

—Me acusaste de tener un amante secreto. ¡Y tú eres el único hombre con el que me he acostado! —Sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz —Eso tampoco lo sabías, ¿verdad, Edgar? Era virgen la primera vez que hicimos el amor. Pero estoy segura de que no me crees... ¡ni siquiera lo notaste! Para ti este debe de ser otro de mis trucos, ¿verdad?

—Te creo —respondió Edgar quedamente— Pero me gustaría que me hubieras dicho la verdad.

—Temía que te quedaras paralizado por el horror.

—Estar contigo ha sido lo mejor que me ha pasado en mi vida, Carol. Y no pienso apartarme de ti durante el resto de mi vida.

—No digas eso...

—Es solo la verdad, Carol. Confía en mí —pidió dulcemente.

Para cuando llegaron a casa de Edgar, la lluvia estaba cayendo copiosamente.

—Llueva o no llueva, mañana nos tomaremos el día libre —comentó Edgar mientras se montaban en el ascensor —Y lo pasaremos juntos, en la cama.

Esperaba las protestas de Carol pero esta no dijo una sola palabra.

—¿No... volverás a... hablarme? —le preguntó Edgar tristemente mientras entraban en su apartamento y Carol permanecía en silencio sin mirarlo.

—Carol... por favor —dijo soltando un suspiro— créeme. Se acabó el cinismo, se acabó la desconfianza, mis ganas de querer controlar todo —dijo mirándola desesperado— Te amo. Háblame. Di algo.

Carol permaneció rígida y tensa, sin mover un solo músculo. Tragó el

nudo que de repente se le formó en la garganta. Estaba horrorizada por lo mucho que deseaba creerlo. Su credulidad y vulnerabilidad respecto a ese hombre la enfurecían. Era tan susceptible a Edgar Cabot, como una persona con insuficiencia inmunológica lo era a los gérmenes.

—Carol, sé que debe ser difícil para ti escuchar y creerme...

—Por favor... déjame sola —se alejó de él rápidamente y entro en la habitación cerrando la puerta con llave dejando a Edgar en la sala completamente solo.

El dolor que atravesó a Edgar era tan terrible que por un instante no pudo moverse ni emitir sonido alguno. El la echó de su vida al desconfiar de ella y había perdido así la oportunidad de ser feliz. Al caminar por la casa atisbó su imagen en el espejo de pared. Tenía el mismo aspecto que Carol horas antes, cuando él le dijo todas esas cosas que provocaron su rechazo. Desolado. Destrozado, perdido y solo.

## Capítulo 17:

### Real

—El desayuno está listo —Carol se despertó en el acto y sus ojos descubrieron a Edgar, de pie junto a su cama sosteniendo una bandeja.

—Recién hecho por mí —agregó Edgar ofreciéndole la bandeja un tanto nervioso—Quería... bueno... servirte un desayuno casero en la cama y...

—¿Cómo has entrado? —Preguntó Carol interrumpiéndolo—¿Qué hora es?

Edgar colocó la bandeja sobre la mesilla.

—Bueno... como es mi apartamento... tengo llave —sonrió— y son las 6 de la mañana. Pareces cansada. ¿Por qué no tomas el desayuno ahora que está caliente y vuelves a dormir?

Ella sacudió la cabeza.

—Lo mejor es que me vaya. Emily debe estar preocupada. Debo irme.

—No te preocupes. La llamé anoche, y le dije que pasaste la noche aquí para que no se preocupara —Repuso Edgar—Supongo que rechazarías mi ofrecimiento de llevarte ¿verdad? —dijo en voz baja, con la mirada fija en el suelo.

Carol se puso nerviosa. Nunca había visto a Edgar así... tan vulnerable. Pero no iba a caer en ese juego. No debía.

—Sí, lo rechazaría —respondió inquieta.

Edgar posó sus tristes ojos verdes en ella y le acercó la bandeja con una leche caliente y unas tostadas. En ese momento, Carol recordó que no había comido desde hacía horas.

No había hecho más que empezar, cuando sonó el timbre de la puerta.

—Vuelvo en un momento. Tú sigue comiendo —dijo Edgar y salió de la habitación.

Minutos después estaba de vuelta con una caja blanca alargada adornada con vistosos lazos.

—Para ti —dijo dejándola sobre la cama.

—Flores —dijo Carol mirándolo a los ojos—Rosas. De tu parte.

Carol lo sabía antes de abrir la caja.

—¿Soy tan previsible? —se avergonzó Edgar.

Carol desató el lazo, abrió la caja y miró la docena de rosas rojas que contenía. Había un pequeño sobre y lo abrió con cierto nerviosismo. “Te amo”, decía la tarjeta manuscrita.

—¿Que viene ahora? ¿Una cita al cine? ¿Un viaje al caribe?

Carol trató de hablar con frialdad, pero al hacerlo, la voz le tembló. Incluso a sus oídos su tono sonó herido y vulnerable.

—No —Edgar le tomó una mano y se llevó la palma a los labios.

—No, cariño. Solo quería... darte un regalo.

Carol retiró la mano.

—¡No! No quiero que me rodees de regalos caros, Edgar. No quiero las obligaciones que conllevan.

—No hay ninguna obligación, Carol. Quiero regalarte cosas...

—Edgar... por favor...ayer yo...

—Voy a darte todo el tiempo y el espacio que necesites para estar segura de mí, Carol. Esta vez serás tú quien dicte las normas.

—Edgar, ayer te dije que todo había terminado y...

—Excepto esa —le interrumpió Edgar de nuevo—Esa es la única norma que no te dejaré dictar, Carol. Entre nosotros nunca acabará nada.

—Bien, mi reinado no duró mucho —dijo Carol sonriendo a pesar de sí misma

—Casi cinco segundos. Parece que has vuelto a tomar el mando ¿Me harás firmar nuevos contratos? —acotó irónicamente.

—No te dejaré marchar —dijo Edgar con suavidad, y sus ojos brillaron con intensidad—Ni a ti, ni a nuestro hijo. No lo haré, Carol. Hazte a la idea. Siento de verdad haberte herido y quiero otra oportunidad. Te amo y nunca dejaré de amarte.

Carol lo miró con amargura y luego clavó los ojos en el suelo.

—No quiero oírlo, Edgar. No te creo. Entre nosotros todo ha acabado... es más... nunca hemos sido “algo”, fue todo una farsa ¿recuerdas? y está bien, porque como pareja no servimos... somos un desastre.

Carol esperó, tensa y expectante su respuesta. Sabía muy bien que cuando Edgar Cabot se proponía algo, era como un cohete dirigido, avanzando implacable hacia su objetivo. No soportaba que nada ni nadie le desviase de su camino. Carol vio que apretaba los dientes y temió que Edgar perdiera los estribos.

—Lo nuestro no ha sido fácil, con todo esto del falso compromiso... —dijo con calma—Algunas parejas se conocen, se enamoran y se casan sin problemas. Nosotros hemos seguido un curso diferente, pero... quiero que sepas que siento mucho lo que pasó ayer. Fue todo culpa mía y tengo que pagar el precio de mi propia estupidez. Pero eso no significa que vaya a renunciar, Carol. Porque...—dudó— sé o sospecho que tras tu furia y tu dolor, me amas.

Mientras hablaba, su mano acariciaba la nuca de Carol y ésta sintió un escalofrío. En seguida se puso de pie y se apartó de él.

—No funcionará. Esta vez no vas a nublarne el juicio con el sexo.

—No trataba de hacerlo —repuso él— Has sido tú quien ha respondido de ese modo. Así es lo que hay entre nosotros. Lo único que tengo que hacer es tocarte y tú respondes. A mí me pasa lo mismo contigo.

—¡No voy a acostarme contigo! —Exclamó Carol

—He hecho muchas estupideces en el pasado, pero eso no significa que sea tonto. Me ha costado tiempo, pero por fin empiezo a aprender de mis

errores. No voy a seducirte, Carol, por mucho que lo desee.

Se inclinó y depositó un beso en su frente.

—Sólo una cosa más. Te amo. Yo he sido el estúpido, pensando en que podía negar mis verdaderos sentimientos hacia ti, Carol. Te amo y acompañaré esas palabras con actos para demostrártelo. No volveré a perderte.

Se dio la vuelta y salió de la habitación a toda velocidad.

Carol no podía creer que hubiera sido tan estúpida, tan vulnerable como para haberse enamorado perdidamente de Edgar. Sabía con certeza que lo que sentía por él iba mucho más allá de la mera atracción física. Lo amaba profundamente, tanto física como espiritual y emocionalmente. Era todo lo que siempre había querido en un hombre, y sabía que nunca lo tendría, después de todo una relación basada en la desconfianza y en la mentira estaba destinada al fracaso. Pensando en todo lo que había escuchado de Edgar, Carol se quedó profundamente dormida. El día anterior había sido demasiado agotador.

—Ven a dar un paseo conmigo —la invitó Edgar después de unas horas.

—¿Qué?

—Vamos. Solo es un paseo. Ha parado de llover y hay algo que quiero enseñarte —Edgar alargó una mano hacia ella.

—¿Qué quieres enseñarme? —Carol quería gritarle, patear el suelo y rogarle que la dejara en paz, pero por otro lado quería arrojarle a sus brazos y rogarle que la abrazara fuerte.

—Por favor, ven conmigo —la vulnerabilidad de la mirada de Edgar atravesó las defensas que Carol había levantado contra él.

A pesar de sí misma, aceptó la mano que le ofrecía y dejó que la llevara fuera del apartamento hacia el coche. Sabía que era una locura pasar un solo minuto en su presencia.

Una vez en el coche hizo acopio de todas sus fuerzas, sabiendo que iba a necesitarlas para contrarrestar el nuevo asalto que sin duda se avecinaba.

Edgar le sonrió mientras ponía el coche en marcha.

—¿Adónde vamos? —preguntó Carol y, sin esperar a que Edgar respondiera, añadió—No importa adonde me lleves. Aunque me llevaras a la luna, nada cambiaría.

—Sé paciente conmigo, Carol —dijo Edgar suavemente—esta es la primera vez que estoy tan enamorado, y desconozco las reglas.

Carol miró por la ventanilla para que Edgar no viera las lágrimas que ardían en sus ojos. No debería haberse ido con él. Estaba a punto de desmoronarse, y no quería hacerlo delante de él.

Unos minutos después, Edgar entró en una carretera por la que Carol no había circulado nunca. Tras hacer un giro a la izquierda y otro a la derecha, tomaron un camino que no parecía conducir a ningún sitio. Carol se movió en el asiento, tratando de imaginar qué se traería entre manos Edgar. Pero no importaba. Nada importaba. Nada de lo que Edgar Cabot dijera o hiciera la haría cambiar de opinión. Nunca había creído que la amara de verdad. Nunca se había permitido esperar... o soñar, porque la realidad siempre era demasiado dolorosa.

Edgar se había quedado sin ideas. Cortejar a las mujeres que no le preocupaban había sido fácil. Conquistar a la mujer que amaba era lo más difícil que había hecho en su vida.

Hace algún tiempo había estado con un agente inmobiliario visitando algunas casas cercanas para pasar durante las vacaciones. En cuanto vio la tercera supo que aquel era el lugar de sus sueños, donde se hallaba su futuro. Todo lo que tenía que hacer era convencer a Carol de que ella y su hijo formaban parte de su futuro.

La miró de reojo, con el corazón latiéndole tan fuerte que se preguntó si ella podría oírlo. Sabía que había llegado el momento de la verdad. Si Carol lo rechazaba tras su declaración final, tendría que encontrar el modo de vivir sin ella. Y esa idea le aterrorizaba.

No dijo nada mientras giraba en el camino de tierra que llevaba a la casa. Detuvo el coche ante el lugar, apagó el motor y se volvió hacia Carol.

Ella miró la casa a través de la ventanilla, sin que su expresión revelara la más mínima emoción.

—Esta casa bueno... bueno —dijo Edgar nervioso —Es una bonita casa para formar una familia. Nuestra familia.

—¿Por qué estás haciendo esto? —Preguntó Carol, con sus preciosos ojos chocolate llenos de lágrimas—¿Por qué me estás torturando de este modo? —abrió la puerta y salió rápidamente del coche.

Edgar la siguió hasta donde se había detenido. Carol miraba la casa mientras las lágrimas se deslizaban lentamente por sus mejillas. No lo quería. No lo amaba. De lo contrario, no sería tan infeliz pensaba Edgar una y otra vez.

Edgar caminó hasta la casa y se sentó en el porche, frente a ella. Respiró profundamente y se pasó una mano por el pelo, sintiendo un terrible vacío en su corazón.

—No sé qué hacer —dijo—No sé cómo hacerte comprender cuánto te necesito, cuánto te quiero.

El dolor que había sentido cuando Kimberly lo dejó no era nada comparado con el que desgarraba su corazón en aquel momento, mientras Carol permanecía donde estaba, manifestando con sus lágrimas una infelicidad que no podía significar nada bueno para él.

—Dime que no te importo y te dejaré en paz, Carol —se levantó y caminó hasta ella. Sintió el impulso de estrecharla contra su corazón para que pudiera oír el amor que desprendía cada uno de sus latidos. Pero no la tocó— Dime que no sientes nada por mí y no volveré a molestarte. Pero tienes que mirarme a los ojos y decirme que quieres que me vaya. Tienes que mirarme a los ojos y decirme que no hay esperanza —su voz se rompió mientras susurraba la última frase.

Carol cerró los ojos. Tras respirar temblorosamente, volvió a abrirlos y miró a Edgar.

—Desde que empezó el asunto del compromiso... todo fue increíble... pero fue una farsa —se secó las lágrimas con una mano—Nada de lo que sucedió durante ese tiempo fue real, y tampoco lo es lo que estás sintiendo

ahora.

Edgar la tomó por los hombros, esforzándose por contener su enfado.

—No me digas que lo que siento no es real. Puedo distinguir entre lo que es real y lo que no —su enfado se esfumó, dando paso a un insoportable dolor—Te quiero, Carol. Quiero despertar cada mañana contigo entre mis brazos, y acostarme cada noche sabiendo que vas a estar a mi lado. Ahora dime que no me amas. Dime que no te importo.

Carol se apartó de él.

—No puedo decirte eso. ¿Es que acaso no entiendes? No puedo decirte que no me importas. No puedo decirte que no te amo.

Sus palabras fueron como un bálsamo para Edgar, aunque seguía sin ver el más mínimo destello de felicidad en los ojos de Carol. Apoyó ambas manos sobre sus mejillas, preguntándose qué estaría pasando por su cabeza.

—Tengo miedo —aquellas palabras surgieron con evidente esfuerzo de los labios de Carol.

—¿Miedo de qué? —preguntó Edgar.

Carol volvió a apartarse de él y se abrazó a sí misma, como protegiéndose.

—No...—dijo tratando de controlar los sollozos—No podría soportar entregarte mi corazón y que, al cabo de un tiempo, me lo devolvieras. Que tarde o temprano tu desconfianza vuelva, de que tu fe en el matrimonio se acabe...

—Ven aquí —dijo, alargando una mano hacia Carol— Ven, vamos a sentarnos a hablar en el porche.

Carol dudó un momento, buscando algún tipo de seguridad en la mirada de Edgar. Él asintió, sonrió, y ella tomó su mano. Luego caminaron hasta el porche y se sentaron en uno de los escalones.

—Te quiero, Carol. Y cuando te miro, mi corazón late más deprisa y mi pulso se acelera. Eres más bella de lo que nunca imaginaste... y eres la mujer que amo. Todo esto... nunca lo había vivido, pero sé que si me acompañas, que si permaneces conmigo seré el hombre más feliz del mundo. Tú y nuestro

hijo sois lo más importante para mí. Solo dame una oportunidad. Solo una. No te arrepentirás.

Un gemido escapó de la garganta de Carol, no de dolor, sino más bien de liberación del dolor... dejando espacio para que surgiera una nueva emoción. Sin embargo el silencio permaneció entre ellos largo rato. Edgar estaba impaciente y ansioso por saber que estaba rondando en la mente de Carol hasta que ella al fin habló después de varios minutos.

—He estado pensando en todo lo que has dicho... —susurró Carol y lo miró dulcemente a los ojos—Te amo, Edgar.

El corazón de Edgar se llenó de gozo al oír aquellas palabras. Era asombroso que aquellas meras palabras bastaran para hacerle creer que cualquier cosa era posible, que había sido agraciado con el tesoro más precioso de la tierra.

Se levantó, tirando de Carol con suavidad para que lo siguiera.

—Te he hablado completamente en serio, Carol —la abrazó—Nunca dejaré de demostrarte cuánto te quiero —rozó sus labios con un beso rebotante de ternura—. Seremos felices, tú, yo y nuestro hijo —volvió a rozar sus labios.

—Te amo, Edgar —susurró Carol cuando Edgar apartó la boca de sus labios —Te amo desde hace mucho tiempo, pero jamás se me ocurrió pensar que tú podías sentir lo mismo.

—Cariño, ¿cómo no iba a hacerlo? Eres todo lo que siempre he deseado, lo que siempre he necesitado. Te adoro, aunque, lamentablemente, me ha costado mucho darme cuenta de ello...

—Lamentablemente —respondió Carol, acurrucándose entre sus brazos.

Edgar la levantó en brazos y entró a la casa llevándola al dormitorio. Allí la dejó delicadamente sobre una hermosa cama.

—Antes de todo, tengo una llamada que hacer —dijo de pronto, y alargó la mano hacia el teléfono. Carol lo observó mientras él hablaba —McCrown, soy Edgar Cabot. Quiero que rompas inmediatamente el acuerdo que firmamos Carol y yo. Y me gustaría que supieras que Carol y yo queremos

conseguir la licencia de matrimonio esta misma semana —se inclinó hacia delante y le dio un beso en la cabeza mientras sonreía—No, no va a haber acuerdo prenupcial, McCrown. No hace falta porque este matrimonio va a durar para siempre.

Después de colgar el teléfono estrechó a Carol entre sus brazos.

—¿No va a haber acuerdo prenupcial? —Carol retrocedió y lo miró nerviosa —Edgar, te arrepentirás, lo sabes tan bien como yo. Yo... no puedo casarme contigo si no firmamos un acuerdo. Llama a McCrown y dile que yo insisto en firmar uno.

—No —Edgar se tumbó a su lado—Lo siento, pequeña. Nada de acuerdos prenupciales. Quiero que tengas la misma fe que yo en nuestro matrimonio.

Carol le rodeó el cuello con los brazos.

—Edgar, no quiero que nada se interponga entre nosotros. No quiero que sospeches que puedo tener motivaciones económicas, que solo quiero tu dinero. Yo... no soportaría que algún día te arrepientas de no haber firmado uno.

—No me arrepentiré, cariño —dijo Edgar sonriendo—. Confío en ti, confío en nuestro matrimonio. O acaso ¿Temes que intente quedarme con tu coche?

—Solo tú podrías encontrar divertido algo así —Carol deslizó las manos por la piel de su espalda y sintió que fluía un agradable calor dentro de ella.

Estaba tan enamorada de él. Y el poder del amor le permitiría perdonarlo, antes o después. Edgar había dado el primer paso al abandonar su cinismo y su desconfianza y ella estaba segura de que no dudaría en continuar cambiando. La amaba y siempre la amaría.

—Por cierto, McCrown dijo que nos felicitaba —Edgar la miró a los ojos sonriente—. Dice que se alegra de que al final no haya demostrado ser un idiota estúpido.

Riendo y amándose, Carol y Edgar comenzaron una apasionada

celebración durante la primera noche de un compromiso completamente real.

## **Epilogo:**

### **Felicidad**

Carol se miró en el espejo del dormitorio en que Edgar y ella habían hecho el amor por primera vez durante su falso compromiso. Pero ahora, no usaba un vestido cualquiera. Vestida con un vestido de novia con botones de perla y velo de delicado encaje, era la viva representación de su fantasía favorita. Solo que aquello era real, y en unos minutos iba a convertirse en la esposa de Edgar Cabot

Se estremeció de placer, pensando en los tres meses anteriores. Hacía tres meses desde que Edgar y ella se habían declarado su amor ante la casa que sería su hogar. Los días previos habían sido un remolino de excitación. Anna, Meredith y Angelica eran verdaderos torbellinos a la hora de planificar la boda, alegando que era un evento único. Al fin Edgar daba su brazo a torcer en cuanto al matrimonio. Fue idea de Angelica que se casaran en la mansión Cabot y ellos aceptaron, decidiendo que lo que querían precisamente era una ceremonia pequeña e íntima. Nada de esculturas de hielo, malabaristas ni elefantes. Aunque Mark había sugerido contorsionistas y payasos. Edgar dio un rotundo no como respuesta a la sugerencia de su hermano.

Apartó la mirada del espejo al ver que Anna entraba en la habitación. Los ojos de su cuñada brillaron con orgullo mientras miraba a Carol

—Estás deslumbrante.

Carol se ruborizó antes de echar un último vistazo al espejo.

—No está mal —dijo, con sencillez— esto es solo el fruto de tu trabajo. Gracias Anna.

—Me han enviado para decirte que ya es la hora — Anna se acercó y la besó en la mejilla —Me alegro tanto por ti, Carol y por mi hermano... Este es uno de los días más felices de mi vida. Al fin veo a Edgar dichoso.

Carol abrazó a Anna afectuosamente.

—Todo esto es gracias a ti Anna... después de todo —sonrió— fue tuya la idea del... “falso compromiso”.

—Pues que quieres que te diga cuñadita —sonrió orgullosa— soy toda una cupido.

En ese momento Meredith entró apresurada y se dirigió a Carol sonriendo.

—Hay un hombre abajo que lleva quince minutos caminando de un lado a otro como un león enjaulado, deseando demostrarte cuánto te quiere. Así que mejor... os dais prisa.

—Está bien. Ya estoy lista.

Carol, Anna y Meredith salieron de la habitación. Cuando se acercaban a la puerta de la biblioteca, todas las luces se apagaron y Sean llegó caminando con cierta dificultad al lado de Carol y le ofreció a su hermana su brazo.

—Sean...

—No te preocupes, Carol —susurró su hermano dulcemente mientras se abrían las puertas— este es tu momento. Es hora de que te concentres solo... en ser feliz.

Carol tomó el brazo de su hermano, orgullosa de verlo tan recuperado y feliz de que estuviera con ella compartiendo este momento.

Se quedó sin aliento al mirar al interior de la biblioteca. Velas. Cientos de velas iluminaban la habitación, y un intenso aroma a rosas invadía el aire. Velas y rosas. Recordó el día en que había hablado con Laila, la reportera de canal 7, sobre cómo habría sido la supuesta boda. La escena que había ante ella no era como la que le había descrito aquel día. Era mucho, mucho mejor.

Edgar estaba junto a la chimenea, increíblemente elegante con un esmoquin negro. Al verla una sonrisa de satisfacción, felicidad y orgullo iluminó su cara. Avanzó hacia Edgar, impulsada por su amor y atraída por el que brillaba en los ojos de él mientras la miraba. Aquel hombre la amaba, y ella sabía en el fondo de su corazón que nunca la abandonaría. Lo que habían encontrado juntos era especial... La magia que surgía cuando todo estaba

bien. La magia que surgía cuando todo... era real.

Cuando abandonaron la celebración, que había tenido lugar también en casa de los padres de Edgar, se dirigieron a su nuevo hogar.

Carol se encontraba agotada y no pudo ocultar el gran bostezo que soltó cuando llegaron a su habitación.

—Pareces cansada —comentó dulcemente Edgar mientras Carol se sentaba en el borde de la cama.

—¿Por qué no te echas una siesta?

Lo cierto era que Carol podría haberse quedado dormida fácilmente porque el día había sido realmente estresante, pero era el día de su boda. Bueno, su noche de bodas. Carol miró el reloj que había sobre la mesilla de noche y vio que eran solamente las ocho de la tarde.

Al no obtener contestación, Edgar se irguió, se metió las manos en los bolsillos, avanzó hacia la puerta y se fue.

¿Qué ocurrió? Carol se dejó caer en la cama boca arriba con un gemido de frustración. Habían pasado tres meses desde que Carol y Edgar no tenían intimidad. Fue algo de mutuo acuerdo para fortalecer otros aspectos de su relación y así también conocerse más. Pero lo necesitaba y extrañaba de una manera irracional, y ahora, que ya estaban casados, ¿resultaba que le iba a negar su noche de bodas?

Bueno, eso habría que verlo.

Carol se puso en pie y buscó en una de las bolsas.

—Aquí está —exclamó al encontrar lo que estaba buscando.

Entre las manos tenía un sexy camisón de seda que le había regalado Anna para su noche de bodas. Carol abrió la puerta con cautela y buscó a Edgar con la mirada. No oía nada. Se metió dentro del baño y comenzó a desnudarse. Todavía iba vestida de novia, así que tardó un rato. Lo primero que hizo fue quitarse las flores del pelo y, luego, se quitó el vestido, los zapatos, las medias, las braguitas y el sujetador.

A continuación, se dio una ducha, se lavó el pelo y se arregló lo mejor que pudo. Carol se secó el pelo y el cuerpo, se puso el camisón, que la favorecía enormemente a pesar de los cambios que el embarazo estaba dejando en su cuerpo, y salió al pasillo.

Buscó a su esposo, pero no estaba por ningún lado, lo que quería decir que estaba en la planta baja o fuera de la casa. Carol bajó descalza a buscarlo. Una vez abajo, oyó ruidos en el salón y allí se dirigió.

Al llegar, observó que Edgar miraba fijamente el paisaje a través de la ventana. En ese momento, se giró y se quedó mirándola. Sus ojos se deslizaron sobre el cuerpo de Carol, desde la cabeza hasta los pies.

—Hola —la saludó.

Carol se dio cuenta encantada de que estaba nervioso. Bueno, por lo menos, había conseguido captar su atención aunque estuviera intentando disimular.

—Hola —contestó.

—Creí que estabas descansando.

—No estoy cansada —mintió Carol.

—Has tenido un día muy largo y no deberías excederte.

Carol se apoyó en la puerta como quien no quiere la cosa, buscando una postura natural y sensual a la vez.

—Tú has tenido un día exactamente igual de largo que yo —apuntó.

Edgar se acercó a ella y tomó sus manos.

—Yo estoy acostumbrado y, además, no estoy embarazada —contestó.

En eso, tenía razón, pero Carol tampoco creía que hubiera sido para tanto porque, al fin y al cabo, simplemente había pasado el día casándose, no montando a caballo o escalando el monte Everest.

—Por si no te has dado cuenta, ésta es nuestra noche de bodas, cariño —comentó decidiendo que era mejor ir directamente al grano.

A continuación, soltó las manos de su esposo, lo miró a los ojos y

comenzó a desabrocharle la camisa. Lo besó en la mandíbula, en la mejilla, en la comisura de los labios y finalmente se apretó contra su cuerpo. Cuando lo besó en la boca, se dio cuenta de que Edgar no estaba respondiendo a sus estímulos. Era cierto que había movimiento en su parte genital, pero Edgar no se movía, no la estaba besando.

Carol se apartó suavemente, abrió los ojos y lo miró. El rostro de Edgar estaba impávido y tenía los dedos apretados. Algo ocurría y el temor inundó su cuerpo.

—Cariño ¿Qué te pasa?

—Deberías descansar —insistió Edgar —Ha sido un día muy largo, amor.

—¿Cómo? —se extrañó Carol.

—Hemos tenido un día muy largo —contestó Edgar por enésima vez — Pareces cansada. Deberías irte a la cama.

Así que, en lugar de hacerle el amor a su mujer, Edgar le estaba diciendo que tenía aspecto de estar cansada y que debería irse a la cama sin él. Carol no sabía si sentirse dolida o enfadada, así que decidió sentirse las dos maneras.

—Es una broma, ¿no?

Edgar negó con la cabeza, nervioso. Algo le estaba ocultando.

—Ve a dormir, amor —le dijo sin mirarla a los ojos.

¿Acaso Carol quería volverlo loco? Como si no hubiera sido suficiente tener que controlarse durante estos tres meses y todo el día mientras la observaba bailar con aquel precioso vestido blanco que dejaba al descubierto su piel pálida y suave y sus maravillosas piernas. El no haber tenido intimidad con ella durante estos tres meses de cierta forma fue idea suya, quería demostrarle a Carol que su relación no se basaba solo en el deseo, si no también en un amor puro y profundo. Y ahora, había bajado a buscarlo vestida con un camisón que no dejaba nada para la imaginación. Nada más verla, se había excitado y había tenido que hacer un gran esfuerzo para no hacerle el amor allí mismo, en el suelo.

Y, para colmo, había tenido que soportar sentir sus maravillosas curvas

apretadas contra su cuerpo, quemándole la ropa, quemándole la boca. Pero ahora tenía miedo. Carol estaba embarazada y no quería hacerle daño ni a ella ni al bebé. No soportaba la idea de que por querer satisfacer sus necesidades, algo le ocurriera a su hijo.

Carol se acercó más a él y acarició su rostro dulcemente.

—¿Qué sucede Edgar?

—Carol... —suspiró acariciándole el pelo y poniéndole la palma de la mano en la nuca.

Carol se mojó los labios con la punta de la lengua. Edgar sin poder evitarlo se apretó contra ella besándole la frente.

—¿Ya... no me deseas? — preguntó Carol con un brillo de tristeza y temor en los ojos.

—Claro que te deseo —contestó Edgar con voz grave—Te deseo día y noche, despierto y dormido. Es más... no hago más que darme duchas de agua helada. Y... esta no miente —contestó Edgar apretando su erección contra la entrepierna de Carol.

Carol se quedó mirándolo emocionada. Al instante, vio un brillo especial en sus ojos, un brillo de puro deseo y amor, pero se controló y se puso seria.

—Entonces... ¿porque huyes de mí?

—Pues... —dijo tímidamente y soltó un gran suspiro—¿No le pasará nada al bebé si nos acostamos? —le preguntó.

—¿Es por eso que estas así conmigo? —Dijo sonriendo llena de amor por su esposo— ¿temes hacerle daño al bebé?

Edgar simplemente asintió

—No, claro que no le harás daño —contestó Carol acariciándole la mejilla y sonriendo—Te lo prometo, no le pasará nada. No nos vas a hacer daño ni a mí ni a él.

—¿Estas segura? —dijo visiblemente preocupado

Carol asintió sonriendo.

—Gracias a Dios —dijo soltando un suspiro.

—Entonces, creo que ya va siendo hora de que disfrutemos de nuestra noche de bodas —acotó Carol acariciándole el pelo.

Carol lo besó, suspirando encantada cuando sus labios se encontraron, besándolo como si Edgar fuera el agua que le salvara la vida después de una larga caminata por el desierto.

Edgar le tomó el rostro entre las manos y la devoró a besos. Si Carol no hubiera estado tan desesperada y excitada como él, tal vez se habría asustado ante su desesperación.

Sin dejar de besarla, Edgar le acarició el cuello y los pechos, deslizando sus manos hasta pararse en su abdomen. Entonces, se apartó ligeramente con la respiración entrecortada y sonrió.

—Os amo. A ti y a nuestro hijo. Sois mi vida.

Aquella era la declaración más bonita que Carol había oído de Edgar y, si no hubiera sido porque la tomó en brazos y la levantó por los aires a toda velocidad, tal vez se habría reído.

—¿Qué haces?

—Llévate al dormitorio —contestó Edgar subiendo los escalones de dos en dos.

Al llegar al dormitorio, Edgar entró con Carol en brazos y cerró la puerta con el pie, dirigiéndose directamente a la enorme cama que había en el centro.

A continuación, se desabrochó el cinturón y los botones de la camisa, se la quitó e hizo lo mismo con los pantalones. Así, gloriosamente desnudo y erecto, se tumbó al lado de Carol y comenzó a besarla y a acariciarla de nuevo.

—¿Te he dicho alguna vez lo maravillosa y bonita que eres? —Le dijo comenzando a desabrochar los diminutos botoncitos de perla de su camisón —Pues te lo digo ahora: Eres preciosa, y también te digo que por favor, no te vuelvas a comprar un camisón con botones como éstos.

Carol sintió que el corazón le daba un vuelco ante semejante cumplido.

—Por favor, dime que este camisón no es de tus preferidos.

—No, claro que no, pero...

—Bien, mañana mismo te compro otro —la interrumpió Edgar rasgando la tela.

Carol oyó cómo los botones caían al suelo y ayudó a Edgar a deshacerse del camisón, que aterrizó en el suelo junto a su ropa.

Edgar se tumbó sobre ella y Carol lo abrazó, encantada de sentir el calor de su cuerpo, encantada de sentir su piel, su pelo, su torso desnudo contra sus pezones, su erección entre las piernas.

Se abrió para él, deseando que la penetrara, pero al parecer Edgar no tenía prisa, deleitándose en acariciarle el pelo y los pechos, lo que estaba haciendo que Carol se revoliera nerviosa y excitada.

A continuación, Edgar hizo el mismo camino con la boca y Carol dio un respingo y lo abrazó con fuerza porque las sensaciones eran tan intensas que el placer se había convertido casi en dolor.

Edgar se apartó levemente y se quedó mirándola.

—Te ha crecido el pecho —comentó.

A continuación, depositó una de sus manos sobre el abdomen de Carol, que sintió un escalofrío de deseo.

—Nuestro bebé está creciendo —continuó Edgar mirándola con unos ojos llenos de amor —Me encanta ver cómo cambia tu cuerpo —añadió besándole el vientre —Llevaba semanas querido hacer esto.

Carol sonrió encantada con un nudo de emoción en la garganta.

—Yo también quería que lo hicieras.

Aquello y mucho más. Quería que la acariciara, que la besara y que le hiciera el amor. Quería quedarse dormida entre sus brazos y despertarse de la misma manera. Edgar continuó besándola por el vientre antes de emprender viaje al sur. Carol se revolvió, sintiéndose de repente tímida, y le tiró del pelo para intentar que no siguiera adelante, pero Edgar la ignoró y le colocó los muslos en sus hombros.

—Edgar, no...

—Tranquila mi amor. Llevo soñando con esto mucho tiempo. Tú tumbate y disfruta.

Al sentir su lengua en la entrepierna, Carol, que había cerrado los ojos, vio colores por todas partes y sintió que la respiración se le alteraba ante el placer. Sentía la lengua de Edgar chupando, lamiendo, haciendo círculos. Había empezado lentamente y había ido tomando velocidad poco a poco, conduciéndola al borde del orgasmo varias veces, haciéndola estremecerse.

Cuando se concentró en aquel diminuto punto de deseo enterrado entre los pliegues de su cuerpo, Carol no se molestó en intentar controlar las sensaciones que se apoderaron de ella.

—Eso te ha gustado, ¿no? —sonrió Edgar.

Carol sonrió, lo agarró del cabello y lo obligó a subir hasta tenerlo frente así.

—Cállate y bésame, tonto.

Edgar chasqueó con la lengua divertido y obedeció. Carol percibió el sabor de su propio cuerpo en la lengua de Edgar y gimió de placer al tiempo que deslizaba una mano entre sus cuerpos sudorosos, agarraba su miembro duro y potente. En aquella ocasión, fue Edgar el que exhaló una exclamación de deseo y de placer.

A continuación, Carol jugueteó con su erección, deslizando la mano arriba y abajo, apretándola y haciendo círculos con la yema del dedo pulgar sobre la parte alta, rosada y delicada.

Edgar la agarró de la muñeca al cabo de un rato, dando por finalizadas las caricias eróticas.

—Ya no puedo más.

—Es lo que tú me has hecho a mí —protestó Carol sonriendo.

—Sí, pero yo quiero estar dentro de tu cuerpo cuando llegue al orgasmo.

Dicho aquello, Edgar se giró arrastrando a Carol con él. Al instante, Carol se encontró sobre su erección y, mientras le pasaba las piernas alrededor del

cuerpo y lo abrazaba, sintió que Edgar se introducía en ella, que lo recibió encantada.

Ambos suspiraron ante la gloriosa fricción y se quedaron quietos durante un momento, disfrutando del éxtasis. Luego, Edgar la agarró de las nalgas, la levantó lentamente y la volvió a bajar. Hizo aquel movimiento unas cuantas veces. Carol le clavó las uñas en los hombros al tiempo que sentía que las paredes internas de su vagina comenzaban a tener espasmos, los primeros síntomas del orgasmo.

Cuando vio que Edgar apretaba los dientes, comprendió que tampoco andaba lejos de alcanzarlo, así que se concentró en subir y bajar cada vez más rápido hasta que todo el cuerpo de Edgar se tensó y aulló de placer. Un segundo después, Carol lo siguió gritando también.

Se quedaron así unos minutos. Lo único que se escuchaba era su respiración entrecortada, que llenaba la habitación. A continuación, Edgar la depositó con dulzura sobre la cama, la tapó y la abrazó.

—Te amo —dijo Carol en un susurro.

—Y yo a ti. Te amo. Por siempre.

La convicción con la que lo había dicho y la sinceridad que Carol vio en sus ojos le dieron ganas de ponerse a llorar, así que se abrazó a él con fuerza y lo besó para que le quedara claro lo orgullosa que estaba de él por los cambios que había hecho, ya que había conseguido dejar su cinismo y sus celos atrás después de lo que le había hecho su ex.

Mientras permanecían abrazados, pensó en todo lo que les había ocurrido desde que comenzó su “falso compromiso”, pretendiendo ser la prometida de Edgar, en todo el dolor que habían tenido que soportar, y se dijo que no cambiaría nada de lo que había ocurrido porque, al final, había conseguido todo lo que siempre había esperado.

Había conseguido a Edgar. Había conseguido felicidad. Y había conseguido que su “falso prometido” fuera su “esposo real”.

**FIN**